

S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A

AÑO

MADRID, 28 DE OCTUBRE DE 1940

NÚM. 43



## ITALIA XX

**C**ON motivo del XX aniversario de la Marcha sobre Roma, SI cubre sus páginas en homenaje a la Italia fascista, con arreglo al siguiente

### SUMARIO

Portada, de Tauler.  
Roma: Amor, por E. Giménez Caballero, y una cuartilla de S. E. el embajador de Italia en España.  
La formación de Italia, por J. M.ª García Escudero. Página 4.  
José Antonio ante Mussolini. Página 5.  
El camino del Capitolio, por Cesare A. Gullino. Página 6.  
Un capítulo del libro «Hablo con Bruno», de Benito Mussolini. Página 7.  
Veinte años de fascismo, por Mario Missiroli. Página 8.  
Obligaciones del mito de Roma, por Ismael Herráiz. Página 9.  
Italia en la guerra actual, por M. Vázquez Prada. Página 10.

Veinte años de periodismo italiano en régimen fascista, por S. B. Rizzatti. Página 11.

Recuento y recuerdo de la intervención italiana en la guerra de España, por Luis González Alonso. Página 12.

Política europea de Mussolini, por Giovanni Engely. Página 13.

Roma, 1942, por Luis de la Barga. Página 14.

Sindicatos y Corporaciones, base del Estado fascista, por Giorgio Spotti. Página 15.

La revolución fascista en el campo, por E. Morales Fraile. Página 16.

Comparación entre dos guerras, por Giovanni Ansaldo. Página 17.

La literatura italiana en el clima fascista, por Ettore de Zuani. Página 19.

Los españoles en Bolonia, por Juan Beneyto. Página 20.

El soldado italiano en Rusia, por Renato Caniglia. Página 21.

Pintores y escultores italianos contemporáneos, por José R. Escassi, y La Arquitectura en Italia, por Luis M. Feduchi. Página 22.

El príncipe sahariano, por Amadeo Testi. Página 24.

Ilustraciones de Tauler, Serny, Eguía y Gabriel.





## NECCHI

UNA GRAN FABRICA DE MAQUINAS PARA COSER  
PRODUCCION ANUAL DE 185.000 MAQUINAS  
100 MODELOS DIVERSOS PARA LA CASA  
50 TIPOS PARA USO INDUSTRIAL  
EXPORTACIONES a TODOS los PAISES del MUNDO

## RICSA

REPRESENTACIONES DE  
—INDUSTRIA Y—  
COMERCIO, S. A.

DOMICILIO SOCIAL EN  
— MADRID —  
CARMEN, 9  
— Teléfono 21252 —

# EXCLUSIVA PARA ESPAÑA, MARRUECOS Y COLONIAS

## L'ASSICURATRICE ITALIANA

SOCIEDAD ANONIMA DE SEGUROS Y DE REASEGUROS

COLECTIVO :: INDIVIDUALES :: RES-  
PONSABILIDAD CIVIL :: RIESGOS DI-  
VERSOS, AUTOMOVILES, CAMIONES, etc.

Dirección para España  
Barcelona: Layetana, 47  
Sucursal de Madrid  
Avenida José Antonio, 39

## BAVASTRO & RAIMONDI, S. A.

BARCELONA - MADRID

TRANSPORTES INTERNACIONALES



# ROMA: AMOR

Por GIMENEZ CABALLERO



OY entrar en Italia es prepararse para entrar en Roma. Quien no comprenda hoy esto debe renunciar a comprender el secreto de Italia.

Se ha terminado el tiempo en que visitar Italia era una pura empresa turística, pintoresca, de ciudad en ciudad y de reino en reino.

Hoy Italia no es el ver la libre ciudad de Génova. Ni la Lombardia por sí misma. Hoy Italia no es sólo el Reino de Nápoles. Hoy Italia no son únicamente los Estados Pontificios.

Hoy Italia es un haz lictorio. Toda Italia, en su conformación, es un brazo tendido, que arranca desde el mar y abre su mano en los Alpes, dirigiendo y conteniendo a Europa.

Y lo es también—un brazo—que arranca el cuerpo continental alpino y abre su mano en el mar frente al Africa, deteniendo y controlando al Oriente.

El que considere y visite y trate de entender a Italia románticamente, inorgánicamente, de ciudad en ciudad y de pintoresco en pintoresco, nada podrá saber de la nueva Italia, hacina, compacta, unitaria, llena de un único sentido.

No. No es hoy Italia la Italia «delle cento città» que decía Cervantes. Italia es hoy Roma. Y Roma, ¿qué es?

Así como en el decadente mundo demoliberal se había desvanecido la fiesta de la primavera romana—21 de abril—, también se había desfallecido y desvalorado la idea de resurrección.

Hoy es una idea—esta del renacer, del resucitamiento—que está cobrando un prestigio tan fabuloso como exacto. El hombre demoliberal, el llamado hombre moderno, no creía en la resurrección. Como en la canción de los Dinkas del Nilo, el «hombre moderno» creía que el sol volvía cada día sobre el horizonte. Y la luna. Y las hojas de árbol, en su sazón. Y la estrella. Pero que el hombre, al morir, no tornaba a aparecer sobre el mundo. «Vivo y no sé cuánto; muero y no sé cuándo; marchó y no sé dónde. ¿Cómo puedo estar alegre?» Así cantaba un escéptico hombre moderno del pasado siglo.

Ya Goethe, que concebía la resurrección, pero que no la sintió, dijo: «Aquellos que no esperan en otra vida, están muertos para ésta.»

La Gran Guerra fué el gran alumbrador de la idea de resurrección. El hombre no se perdía. Podía resucitar: en forma de hijo, de patria, de nación, de genio histórico. Y la Historia, al moverse con sangre como una rueda, no era un devenir fatal y ciego, sino un ciclo de resurrección de voluntades de renacer.

Esta idea de resurrección está ligada a la fábula mítica de lo que fué llamado «el nombre secreto de Roma».

El nombre de Roma—por antigua y saludable religión—debía permanecer oculto. Porque si las gentes lo hubiesen sabido—y hubiesen descubierto el numen tutelar—cabía el peligro de haber podido ser evocado. Y vencido.

Por la misma razón la diosa Angerona, diosa del silencio, era venerada en los templos de Jano y no podía—por razón de Estado—pronunciarse su nombre. Hoy todavía los pueblos salvajes y primitivos siguen este rito de las palabras «tabú».

No fueron Rómulo ni Remo los que dieron el nombre a Roma, sino ésta a aquéllos.

Macrobio en los «Saturnales» recuerda que este nombre estaba escrito en antiquísimos libros.

Sobre el cerro del Palatino—ocupado un tiempo por Pelasgos y Sabinos—se elevaba una ara llamada por los Pelasgos: Roma. Y por los Sabinos: Valencia.

Y sobre la falda de esta colina, cerca de la Roma Quadrata, se erigió después un altar con esta inscripción: «Sei Deo sei Deivae.» (O Dios o Diosa).

Y en un escudo sacro de Júpiter en el Capitolio se leía: «Genius urbis Romae sive feminae.» (Al genio de la ciudad de Roma, sea varón sea hembra.)

Por lo que se concluyó—gracias a esta y otras documentaciones (como el grafito de Pompeya)—que el verdadero nombre, el oculto, genuino, sacro, el que no podía ser conocido por el vulgo ni por el enemigo, era: AMOR.

Amor: nombre arcano, hierático, tutelar, de la diosa Venus, de la Virgen del Amor, de esa diosa que en los tiempos remotos fué venerada bajo el nombre de Voluptas, Angerona, Opi. Y era el símbolo de la Naturaleza creadora, de la vida que surge: de la Maternidad. Por lo que en la lengua arcaica, Roma fué también llamada: Flora. Símbolo de primavera, de Resurrección, de Resurgimiento. (Del mismo modo que Italia proviene de Vitalia, tierra de la Vida.)

Los templos de Roma y Venus eran de las mismas proporciones. Y según Prudencio se les incensaba contemporáneamente.

Urbis Venerisque pari culmine tollunt  
Templa: simul geminis adolentur Fura deabus...

AMOR: nombre mágico de Roma, dió lugar a este dístico que se leía y descifraba en el mismo modo, anagramáticamente, en los dos sentidos o vueltas:

Signa te, signa, temere me tangis et angis  
Roma; tibi subito motibus ibit amor.

Esta tradición legendaria de Roma—como AMOR, MATERNIDAD, PRIMAVERA, VIDA, RESURGIR—debía aún perdurar en el Renacimiento. Porque recuerdo que nuestro Francisco Delicado, autor de «La Lozana Andaluza», escribía hacia 1500: «Roma; que voltando las letras dice: Amor.»

Y ese nuevo sentimiento trágico y renaciente de la vida fué la voz que Roma, la Roma resurgida de la postguerra, lanzó al mundo. «Vivir pensando en los viejos muertos de la esfirpe para que nuestra muerte sea vida de nuestros hijos.» Apoyarse en el pasado para mejor ganar el porvenir. La muerte viva. Vivir la vida valientemente, sabiendo que morir es resucitar en el hijo, en el pueblo, en la Historia. Del modo como al morir la Roma Quadrata del Palatino renació en la Roma Imperial. Y al morir la Roma pagana renació en la Cristiana. Y el Renacimiento del siglo XV y del XVI ¿qué fué, sino querer resucitar la Roma de César? Y qué es hoy esta Roma de Mussolini, sino el ansia de proseguir la lucha contra el Oriente y el Occidente y armonizarlos? Eterna misión de Roma.

Ser como Roma quiso Constantino en el siglo VI. Y después lo quiso el Toledo de Alfonso X, el Sabio. Y después, lo quiso El Escorial. Y después, el Versalles de Luis XIV. Y después, Londres. Y después, Ginebra. Y ahora, Moscú. ¡Ser Roma! «Porque es Roma cabeza de todo ordenamiento», como dijo nuestro poeta del Alexandre.

«Patriam feciste diversibus gentibus unam». Lograr una universalidad, una patria común de gentes, una catolicidad. Sueño de Europa desde que nació Roma al mundo.

¡Volver a ser César del orbe! El otro gran sueño de toda la Historia de Europa. Teodosio, Constantino, Carlomagno, Otón III, Barbarroja, Federico Staufen, Carlos V, Luis XIV, Disraeli, Guillermo de Prusia... Y hoy...

Y hoy, cuando el Occidente con su genio individualista y suicida quiere hundir una vez más en la Historia a Roma. Y cuando el Oriente masivo y aplastante quiere hundir una vez más en la Historia a Roma es estremecedor pensar que Roma, venciendo a Oriente y Occidente, ha renacido una vez más para salvación universal del mundo.



## Una cuartilla de S. E. el Embajador de Italia en España

El mes de octubre marca en la historia contemporánea de Italia y de España el hito separador de dos concepciones diferentes del Estado. Hacen pensar estas dos fechas—28 de octubre de 1922, 29 de octubre de 1933—en un paralelismo histórico mediterráneo que tiene su origen en el mismo tronco romano. Marcha sobre Roma y Fundación de la Falange Española. Coincidencia de fechas que, en el devenir temporal del pensamiento político contemporáneo, viene a confirmar una coincidencia de visión del mundo ordenado que ha de salir del choque actual, en el que España hizo oír en 1936 su voz precursora, como la de aquel Rodrigo de Triana que, también en un día del mes de octubre, avistara primero la realidad de un nuevo mundo. Igual que entonces Italia y España llevaron a las tierras descubiertas de Occidente una misma fe y una misma civilización, hoy también los gloriosos soldados de Italia, junto con los heroicos voluntarios de la División Azul, luchan con los otros pueblos de Europa contra la barbarie bolchevique, llevando a las lejanas tierras de Oriente la luz eterna de aquella misma fe y de aquella misma civilización que les son comunes, y por el puesto que legítimamente les corresponde en el nuevo orden que se está forjando con la sangre de los mejores.

Francesco LEQUIO



# LA FORMACION DE ITALIA

Por JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO



Y en la nueva nación, empeñada en lucha en las altiplanicies de Etiopía, convergerá la atención del mundo, se hará protagonista de la Historia universal. ¿No interesará detenerse unos momentos para saber cómo nació, de qué manera se hizo la nación que encontró su actual Estado hace tan sólo setenta y un años, el 27 de noviembre de 1871?

## EL PRELUDIO ROMANO

«La historia de esta tierra... obedece a un ritmo que los historiadores ni podíamos hasta hace poco tiempo claramente advertir, porque no se había completado la repetición del ciclo.» Son palabras de Giovanni Papini en su «Italia mia». El ciclo, para él, arranca del 1025 al 1045 antes de Jesucristo, fechas aproximadas de la invasión etrusca. Y obedece a un alternar de sistole y diástole, cuyo primer tiempo corresponde a la formación lenta de la unidad de la península—tres siglos tardan en lograrla los latinos, vencedores de los etruscos—y a la expansión imperial, y cuyo diástole se inicia con la muerte del segoviano Teodosio, Emperador del Imperio Romano y su último valladar; sigue con la creciente atomización, no ya del Imperio, sino de la propia península, y termina en el año 1870, que inicia un nuevo movimiento de dilatación, señalado exactamente por los rasgos del primero—unidad peninsular, expansión imperial—. No nos detendremos en el primero: lo veda la extensión de este artículo; lo hace innecesario la misma grandiosidad de la Era histórica que señala. Con Roma, realmente, comienza nuestra historia. Chesterton ha definido la pugna de las guerras púnicas como la lucha de los dioses contra los demonios: de las divinidades amables del Lacio, humanas, contra las inhumanas, africanas, de Cartago. Fue la primera victoria de Europa sobre el Oriente. La segunda, arrancar a cuantos hoy nos sentimos hijos de Roma de la selva primitiva—superstición y tótem—con la calzada y la ley. Pues la primitiva Italia de la época de la República supo extenderse y confundir sus horizontes con los del mundo conocido, que era el Imperio Romano. Mas por ello mismo, sólo desde la caída de éste «la historia italiana se vuelve autónoma y con propio destino: la fatigosa conquista de una forma política por la unidad nacional del pueblo italiano» (Enciclopedia italiana). Veamos las etapas de esa conquista, que ha de durar casi quince siglos, y cuyo arranque situaremos en el año 568. Cuando, ante el empujón de los longobardos, cae el último jirón de unidad: el Reino de los Ostrogodos. El primer Imperio se ha deshecho. Pero la nostalgia de su gloria—de la Pax Romana—jamás morirá.

## LA ATOMIZACION MEDIEVAL

Casagrandi, en su «Storia e Cronologia Medioevale e Moderna», ciñe todo el medioevo con una rúbrica general: renovación del Imperio Romano. Paralelamente, y por lo que respecta a Italia, podríamos señalarlo como la atomización creciente de la península. Año 800. Carlomagno, señor de Francia, de la Marca hispánica, de parte de Italia y de Alemania, ha sido coronado Emperador de Roma. Por la Cristiandad saltan, claras y jubilosas, las palabras del Papa: «Vida y victoria a Carlos Augusto, grande y pacífico Emperador romano, coronado por la voluntad de Dios.» Es el intento franco de restaurar la Pax Romana; vendrá luego el de los Emperadores germánicos; después, en plena Edad Moderna, el de Carlos V, el de Felipe II, el de Luis XIV. Italia, en tanto, perpetuamente dividida y en lucha consigo misma. Son primero longobardos y bizantinos a repartirse su suelo; luego, los Reyes francos, fundando los Estados de la Iglesia, y que, ante la persistencia de los longobardos, especie de garibaldinos del siglo VIII, ante Roma, acaban por apoderarse de su reino; después, más invasiones... En el 846 los sarracenos saquean las basílicas de San Pedro y San Pablo, de Roma. En el 883 hay ya árabes en Sicilia, y aun quedan bizantinos, y están los Estados del Papa, y las ciudades libres de Nápoles, Gaeta y Amalfi, y está Venecia, y, en fin, el Reino Carolingio.

Año 1000: para Papini, año de la resurrección de Italia. Aparecen con fuerza propia las ciudades: junto a la tenaz porfía del Papado y el Imperio puede escribirse la de Italia contra el Emperador.

Es, en el 1167, la Liga Lombarda, contra Federico Barbarroja, «stupor mundi». Es el sentimiento de la italianidad que nace; pero por un momento; tras él, otra vez, la discordia. Güelfos y gibelinos. Se lucha entre las ciudades y dentro de cada ciudad; surgen las dinastías de Tiranos. Los Scaligeri de Verona, los Estensi de Ferrara, los Visconti de Milán... Al sur de la península han llegado los aragoneses. En «el reino»—el reino, por antonomasia, será siempre Nápoles—imperan los barones en sus provincias. Compañías blancas, listas para venderse en cualquier momento a quien mejor las pague, devastan el país. Los pórticos de Bolonia, los canales de Venecia, las plazas florentinas o sienesas sólo saben de conspiraciones. Y mientras amanece la aurora del Renacimiento, anuncio de una nueva Edad, y naves de Génova y de Pisa pasean sus colores por las factorías del Oriente, y banqueros de Toscana y de Lombardia dominan económicamente Europa, y el esplendor de vida sólo es aventajado por el cultural, y en Florencia se asiste a un resucitar de la

pro de una Italia federada, fracasan: no les acompaña un unánime sentir nacional. A Enrique de Luxemburgo se le deseaba en toda Italia: lo que importaba era la paz, con quien fuese. Por eso toda la península la aclama cuando, mediado el siglo XV, se impone el equilibrio. En torno a las «cuatro cuerdas de la lira»—Papa, Nápoles, Venecia y Milán—se hace una paz que perdurará medio siglo. Y mientras los otros Estados europeos forjan su unidad, los italianos se amedranan ante la voz de fuego de Savonarola, anunciando desde su púlpito de San Marcos de Florencia la invasión a sangre y fuego de la península en castigo de sus pecados.

Y la invasión llegó.

## LOS ESPAÑOLES EN ITALIA

En 1492 muere Lorenzo de Médici. Con él, el equilibrio italiano. ¿En qué momento! Es la Edad de Oro que vuela. En 1486 Bartolomé Díaz ha llegado al cabo de Buena Esperanza. En el 98 Vasco de Gama descubrirá las costas de la India. En ese

los principes italianos y los españoles de acuerdos.

En 1494 Ludovico «el Moro», duque de Milán, abría, por rivalidades internas, las puertas de Italia a Carlos VIII de Francia. En pos suya penetrarán los españoles, y ya toda la península será escenario, durante dos siglos, de guerras y marchas y contramarchas por la hegemonía europea. Escenario y no actor, porque faltará en la gran pugna de la Contrarreforma; faltará en las Indias orientales, empresa portuguesa; faltará en las Occidentales, empresa española.

La guerra contra el Imperio germánico pudo ser el yunque en que se forjara, como en la guerra contra los moros se hizo España, y en sus mutuas contiendas, Francia e Inglaterra; pero le faltó a Italia—a ella, que le sobraba italianidad y un legado cultural del que aún vivimos en parte—una monarquía capaz de vencer su disgregación, y le sobraba escepticismo. Cuando Carlos VIII penetra, en paseo triunfal, hasta Nápoles, por doquier se le abren las puertas y se implora su protección; es verdad que se invocó no poco la libertad de Italia, el honor de Italia; pero «más bien—como advierte la Enciclopedia italiana—en el sentido de libertad de los singulares Estados de toda hegemonía de otro Estado italiano: independencia de todos los Estados de todos los italianos del dominio de los extranjeros». Como unidad de Italia, no. El sueño de César Borja, esperanza de Maquiavelo, no se logra; ni el empeño de la Liga Clementina; la misma ambición unitaria de Lorenzo el Magnífico ni aun cuajó en una federación. Por ello logra Carlos V hacerse coronar en Bolonia como Rey de romanos el 24 de febrero de 1530. Es el predominio español. «Italia—escribe Pietro Orsi—no era una personalidad en la política europea, sino meramente una provincia española», y, salvo el paréntesis de Carlos Manuel de Saboya, a quien varios poetas proclaman salvador de Italia, así es. Venecia se desentiende, en general, del continente, aunque llegue a escribir en sus banderas, cuando la coalición contra ella, «Defensio Italiae». Génova está entregada a España. Esta domina, directa o indirectamente, en el resto. En general, los italianos, en pleno municipalismo individualista, sólo vieron en España el sueño medieval del Imperio que les garantizaba contra el turco, y a él se entregaron: como siglos antes los pisanos que en 1256 fueron a ofrecer a Alfonso X de Castilla el Imperio en representación de los «communi Pisani et totius Italiae et totius fere mundi». El pueblo se limitó a mascarullar entre dientes que «Dios se había hecho español». Y es que «el poderío de Fernando—reconoce Benedetto Croce—no hacía concebir el más pequeño temor ni la preocupación más elemental por la libertad italiana. En general, durante aquel siglo y medio no hubo en nuestra tierra un verdadero odio contra España y contra los españoles», y ello porque «desde la mitad del siglo XVI a los comienzos del XVIII... faltó en Italia toda vida política y todo sentimiento nacional». Sólo en el XVIII «comenzaba a despertarse, o, mejor dicho, a formarse... el sentimiento nacional y unitario que no fué oprimido durante la dominación española porque no existía en la realidad entonces», y tan fué así que «los momentos que parecían más propicios para libertar a Italia de los españoles y volverla a los italianos, como el memorable año 1526, pasaron sin consecuencias porque Italia carecía de fuerza moral para empresa semejante».

Al ponerse el sol de España es Austria quien la sucede. Ya Victor Alfieri clama por la libertad de la nueva Italia. Pero los Estados persisten en su aislamiento. Son ya viejas Francia o España, y en Italia aún coexisten, además de Malta, las Repúblicas de Lucca y San Marino, los Principados de Piombino y Mónaco, el Reino de Nápoles y Sicilia, el de Cerdeña, los Estados Pontificios y las Repúblicas de Venecia y Génova, el Gran Ducado de Toscana y los Ducados de Parma y Modena, Lombardía y Mantua, dependientes de Austria. Son—se dijo—las pesas medias y pequeñas que se echan en la balanza para alterar el equilibrio de la grandes potencias. Ha de ser el rayo napoleónico quien despierte a Italia, y a su sentimiento de unidad cultural una un anhelo de unidad política: el de la bandera blanca, verde y roja, que por primera vez ondea en la República Cispadana, por el primer cónsul fundada en el molde francés.

## EL «RISORGIMENTO»

Con el Congreso de Viena se vuelve a 1789. Pero el sueño de la que ya se llamaba República italiana perdura. «Período memorable de Italia» le denomina Orsi al de la dominación napoleónica. «No era aquello independencia verdadera, sino fragmentada y España unida: discordes

(Continúa en la página 19.)



Grecia, que parecía perdida, de Atenas; Italia se despena en una Babel política sólo equiparable a la Castilla de Enrique IV. No hay más patria para el italiano del XV que el municipio. «Siamo Venetiani, poi Christiani», dirán los venecianos, y recién plantada por Mahomed II, el «Maumeto Gran Turco» de Maquiavelo la media luna en el palacio imperial de Constantinopla, no vacilarán en comprometerse, a trueque de un tratado de amistad, a no suministrar viveres a los cruzados, que eran, sí, la religión, pero también la independencia de Italia. Un suave escepticismo lo invade todo. Pío II, próximo a la muerte, marcha a la Cruzada, y Cosme de Médici se contenta con aplicarle unos versos de la «Eneida». Importan Ovidio y Anacreonte, y que Marsilio Ficino encienda su lamparilla de devoción ante Platón, pero no una política. De ahí que Dante, épico del medioevo, pusiera sus esperanzas en un protector extraño: su Enrique VIII de Luxemburgo. Y que los intentos de Cola di Rienzi—siglo XIV—por una Roma capital de la confederación de Estados de la «sacra Italia», y del Conde Verde—Amadeo VI de Saboya—y de Juan Galeazzo Visconti, duque de Milán, muerto en 1402 ante Florencia, donde había de coronarse rey de Italia, y del mismo Sixto IV, luego, en

mismo año de 1492, ante Colón surgirá un mundo apenas presentado. El orbe limitado de los antiguos se ensancha, y sus confines, al alejarse, descubren tierras maravillosas y vírgenes. Todo parece despertar. Aun el mal. Lutero se acerca. Y con él o contra él, y ante la nueva Era que comienza, las naciones se preparan. Los Católicos Reyes de España acaban de lograr la unidad de una tierra que, plétorica de energías, mide sus destinos por las rutas de la rosa de los vientos. La Francia que Luis XI agrupara trabajosamente es ya una nación trabada y poderosa. En Alemania, Maximiliano será proclamado al año siguiente Emperador. Hasta Inglaterra ha salido de la guerra de las dos rosas, débil, pero con una corona independiente que le permitirá llegar a ser la soberbia nación de los tiempos de Isabel. Frente a ellas Italia es una península, en la que se agrupan la Casa de Saboya, Génova, la Mantua de los Gonzaga, Ferrara, con los Estensi, las repúblicas de Lucca y Siena, Venecia, la Florencia renaciente de los Médici, el ducado de Milán, y, más al Sur, los Estados del Papa y Nápoles. Once Estados diversos y, por añadidura, mal avenidos. Como en 1487, cuando Pedro Mártir escribía que «Italia está fragmentada y España unida: discordes



# JOSE ANTONIO

## ANTE MUSSOLINI

**E**

L hombre es el sistema; y esta es una de las profundas verdades humanas que ha vuelto a poner en valor el fascismo. Todo el siglo XIX se gastó en idear máquinas de buen gobierno. Tanto vale como proponerse dar con la máquina de pensar o de amar. Ninguna cosa auténtica, eterna y difícil, como es el gobernar, se ha podido hacer a máquina; siempre ha tenido que recurrirse a última hora de aquello que, desde el origen del mundo, es el único aparato capaz de dirigir hombres: el hombre. Es decir, el jefe. El héroe.

Los enemigos del fascismo perciben esa verdad por el revés y hacen de ella argumento de ataque. "Si—reconocen—; Italia ha ganado con el fascismo; pero ¿y cuándo muera Mussolini?" Creen dar con ello un golpe decisivo al sistema, como si hubiera sistema alguno que tuviese garantida la eternidad. Y, sin embargo, es lo más probable que —cuando muera Mussolini—sobrevenga para Italia un momento de inquietud; pero un momento solo; el sistema producirá—con alumbra-

miento más o menos laborioso—otro jefe. Y este jefe volverá a encarnar el sistema para muchos años. Mas él (duce, conductor) seguirá la fe de su pueblo, en comunicación de hombre a hombres, en esa forma de comunicación elemental, humana y eterna que ha dejado un rastro por todos los caminos de la Historia.

Yo he visto de cerca a Mussolini, una tarde de octubre de 1933, en el Palacio de Venecia, en Roma. Aquella entrevista me hizo entender mejor el fascismo de Italia que la lectura de muchos libros.

Eran las seis y media de la tarde. No había en el Palacio de Venecia el menor asomo de ajeteo. A la puerta, dos milicianos y un porte-



ro pacífico. Se dijera que el penetrar en el Palacio donde trabaja Mussolini es más fácil que tener acceso a cualquier Gobierno civil. Apenas enseñé al portero el oficio donde se me citaba, se me hizo llegar—por anchas escaleras silenciosas—a la antesala de Mussolini. Tres o cuatro minutos después se abrió la puerta. Mussolini trabaja en un salón inmenso, de mármol, sin muebles apenas. Allá, en una esquina, al otro extremo de la puerta de entrada, estaba tras de su mesa de trabajo. Se le veía de lejos, solo en una inmensidad de salón. Con un saludo romano y una sonrisa abierta me invitó a que me acercara. Avancé no sé durante cuánto rato. Y, sentados los dos, el Duce empezó su coloquio conmigo.

Yo le había visto en audiencia ritual, años antes, cuando fui recibido con varios alumnos de la Universidad de Madrid. Aparte, como todos los habitantes del mundo, le conocía por los retratos: casi siempre en actitud militar, de saludo o arenga. Pero el Duce del Palacio de Venecia era otro distinto: con plata en el pelo, con aire sutil de cansancio, con cierto pulcro descuido en su ropa civil. No era el jefe de las arengas, sino el de la maravillosa serenidad. Hablaba lentamente, articulando todas las sílabas. Tuvo que dar una orden por teléfono y la dió en tono más tranquilo, sin poner en la voz el menor asomo autoritario. A veces, cuando alguna de mis palabras le sorprendía echaba la cabeza atrás, abría los ojos desmesuradamente, y por un instante mostraba, rodeadas de blanco, sus pupilas oscuras. Otras veces sonreía con calma. Era notable su actitud para escuchar.

Hablamos cosa de media hora. Luego me acompañó hasta la puerta, al través del inmenso salón. No es de gran estatura; ya no tiene, si alguna vez la tuvo, la erguida figura de un jefe de milicias; antes bien su espalda empieza a encorvarse ligeramente. Al llegar los dos a la puerta me dijo con una calma paternal, sin sombra de énfasis:

—Le deseo las mejores cosas, para usted y para España.

Luego se volvió hacia su mesa, despacio, a reanudar la tarea en silencio. Eran las siete de la tarde. Roma, acabadas las faenas del día, se derramaba por las calles bajo la tibia noche. El Corso era todo movimiento y charla, como la calle de Alcalá hacia esas horas. La gente entraba en los cafés y en los cinematógrafos. Se dijera que sólo el Duce permanecía, laborioso, junto a su lámpara, en el rincón de una inmensa sala vacía, velando por su pueblo, por Italia, a la que escuchaba palpitante desde allí como una hija pequeña.

¿Qué aparato de gobernar, qué sistema de pesos y balanzas, consejos y asambleas puede reemplazar a esa imagen del Héroe hecho Padre, que vigila junto a una lucecita perenne el afán y el descanso de su pueblo?

José Antonio PRIMO DE RIVERA





# EL CAMINO DEL CAPITOLIO

Por CESARE A. GULLINO



OMO todo acontecimiento trascendental en la vida de los pueblos, la "Marcha sobre Roma", que termina el 28 de octubre de 1922 con el encargo, otorgado por el Rey Víctor

Manuel, en uso de sus facultades constitucionales, a Mussolini, Duce del Fascismo, de formar Gobierno, y que inicia la "era fascista", es la culminación de un proceso que arranca desde mucho antes: desde principio del siglo pasado, cuando Italia sintió llegado el momento de transformar su estructura social y política y, con frase consagrada, "reanudar su Historia" como nación unida, libre e independiente.

El proceso de transformación, iniciado en el clima romántico de la época con el "Risorgimento", había sido luego detenido y desviado por las corrientes democráticas y por la influencia deletérea de los falsos principios de la Revolución francesa, mareado por el frío constitucionalismo liberal, desgastado por el contacto con la vieja mentalidad antiunitaria y facciosa de grandes núcleos, y había acabado por paralizarse por falta de caudillos y por la apatía de los gregarios, deslumbrados por el materialismo triunfante, que en su ostentación insolente pretendía ahogar todos los valores ideales y morales.

El estallido de la guerra europea en 1914 proporcionó la oportunidad para que el alma nacional italiana sacudiera el pesado fardo de los prejuicios acumulados por la degeneración y las malas costumbres políticas imitadas del extranjero y se recobrara a sí misma, imponiendo una revisión de la política: el intervencionismo pidió la participación en la guerra como reconocimiento de la nación, selección de responsabilidades, abertura clamorosa de la crisis que desembocará en la instauración de un orden nuevo.

Caudillo del intervencionismo italiano en 1914 es el periodista Mussolini, ex socialista, el cual se ha dado cuenta de cómo el movimiento socialista se agota en estériles batallas sin eficacia y constituye una estafa para los afiliados que creen sinceramente en sus doctrinas materialistas, mientras que en las grandes conmociones de la Historia los sentimientos ancestrales de solidaridad nacional resurgen pujantes, a pesar de las deficiencias del estado y desencadenan fuerzas capaces de enderezar el destino de los pueblos hacia cauces nuevos.

El "Popolo d'Italia" constituye la trinchera desde la cual Mussolini aviva el fuego sagrado del patriotismo italiano y lanza diariamente su doctrina clara, contundente, irrefutable, que alienta a los combatientes y sostiene el frente interior: desde el primer artículo, titulado "Audacia", del 15 de noviembre de 1915, al que llevó por título "Unidad de ánimos", del 28 de octubre de 1917, cuando el horizonte se había obscurecido por las vicisitudes de la guerra, hasta el de "La gran hora", del 4 de noviembre de 1918, al comentar la victoria decisiva de Vittorio Veneto.

Mas el cansancio producido por la guerra y sus penalidades, y más todavía las desilusiones de la falsa paz democrática de Versalles favorecen la acción deletérea de las subdolas fuerzas antinacionales: Mussolini se enfrenta decididamente con ellas y a los "Fascios" para combatirlas.

Desde el 23 de marzo de 1919, fecha de la fundación de los "Fascios" en el histórico salón de la plaza del Santo Sepulcro en Milán, a la que acudieron poco más de cincuenta afiliados, mientras que otros tantos enviaban su adhesión, hasta el 28 de octubre de 1922, el Fascismo, acaudillado por Mussolini, recorrió las etapas, desde simple movimiento ideológico a agitación política, hasta cuajar en Partido y alcanzar la categoría de instrumento de Gobierno, pasando de las luchas de la calle al triunfo del Capitolio.

En un resonante artículo, titulado "Contra la bestia que vuelve", del 18 de febrero de 1919, había gallardamente asumido

la defensa de los seiscientos mil muertos de la guerra italiana contra la difamación y la deformación socialista de los ideales para los que habían dado generosamente su vida, y este artículo constituyó el llamamiento para la reunión del 23 de marzo algo así como la fe de bautismo del "Fascio".

La lucha fue dura y sangrienta: bajo la guía decidida de Mussolini, que con su genio personal logró unificar rápidamente todas las corrientes y eliminar todas las tendencias, los enemigos fueron constantemente acosados sin descanso, en base al axioma que las luchas violentas resultan tanto más eficaces y los sacrificios menos graves, cuanto más rápida la solución.

Los adversarios intentaron, por todos los medios, detener la marcha victoriosa del fascismo, sin conseguirlo: los intentos de huelga general organizados por los socialistas fueron sistemáticamente desbaratados por los fascistas, que a los Sindicatos socialistas contrapusieron los Sindicatos y las Corporaciones fascistas, que repudian la lucha de clases, sustituyéndola por la colaboración armónica, con beneficio recíproco, de la producción, del bienestar y del poderío de la nación.

A menos de dos años de su fundación, el 8 de enero de 1921, el Fascismo, por medio de su Comité Central, expresa su decidida voluntad de alcanzar el Poder: con motivo del segundo aniversario, el 23 de marzo de 1921, Mussolini, con profética anticipación, y mientras se enfurece la batalla en toda Italia, anuncia que dentro de poco Italia y el Fascismo se identificarán en un conjunto único.

A principio de 1921 tienen lugar unas elecciones políticas, y el Fascismo acude a las mismas con la vana esperanza de que los adversarios renuncien a las acostumbradas maniobras para mediatizar y falsear el

sufragio: a raíz de la entrada de un pequeño grupo de diputados fascistas en el Parlamento, se llega, entre socialistas y fascistas, a un acuerdo de paz que, sin embargo, no alcanza toda su eficacia.

El 7 de noviembre de 1921 el Fascismo celebra su III Congreso Nacional en Roma: los afiliados han alcanzado la cifra de más de 320.000, con 2.200 Fascios o Secciones. Una relación del secretario Passella constata que de 151.644 afiliados 13.878 son comerciantes e industriales, 4.269 fabricantes, 9.981 de profesiones libres, 7.209 funcionarios del Estado, 14.989 empleados de Empresas particulares, 1.680 maestros y profesores, 19.783 estudiantes, 1.506 marinos, 23.418 obreros de la industria, 36.847 obreros de la agricultura y 18.084 propietarios.

Estas cifras dan una idea de la composición del fascismo originario, que comprendía una representación de las diferentes categorías de ciudadanos: de ellos 111.853 eran electores, 87.186 antiguos combatientes, 21 poseían la Medalla de Oro al Valor Militar, 1.011 la de plata y 4.845 la de bronce 1.122 ocupaban cargos públicos y los 614 Sindicatos agrupaban a 64.000 obreros.

La exigüidad de estas cifras puede chocar a los que por un resabio de materialismo marxista atribuyen una importancia exagerada a la masa y la cantidad. Sin embargo, como decía justamente José Antonio, toda revolución es obra de una minoría inasequible al desaliento, y las primeras escuadras fascistas, sugestionadas por la personalidad excepcional de Mussolini, no solamente eran inasequibles al desaliento, sino que desarrollaron un arrojo y un valor que hubo pronto razón de sus adversarios, incomparablemente más numerosos, pero carentes de la fe que lleva hasta el martirio.



Nápoles, octubre de 1922. El Duce pasa revista a la concentración de «camise nere»

En una huelga que estalla en Roma pocos días después, los socialistas y comunistas fallan a las estipulaciones del acuerdo de paz, que es denunciado, y la lucha se reanuda con redoblado vigor, mientras ya se vislumbra la meta final, y Mussolini encuadra el Movimiento publicando el Estatuto - Reglamento del "Partido Nacional Fascista".

A su vez, el Gobierno liberaldemocrático, dominado por el miedo a los socialistas y a sus blandonadas, se propone atajar el auge del Fascismo persiguiendo a sus afiliados, y entonces, con rápida decisión, el Fascismo crea su milicia: desde el 15 de diciembre de 1921 todos los afiliados pertenecen a las "escuadras de acción". El Fascismo moviliza para la batalla definitiva.

La celebración del tercer aniversario de la fundación de los "Fascios" tiene el sabor de una ceremonia castrense: como un homenaje de los que pronto van a entrar en combate, la orden del día se reduce a una invocación a los caídos, mientras prosigue la labor de organización y de apresto: a principios de junio de 1922 los inscritos en los Sindicatos fascistas alcanzan la cifra de 458.284, que da la medida de la confianza que el Fascismo va ganando entre los productores, los más interesados en la paz interior, en el desarrollo de la economía, en el progreso de la nación.

Los adversarios, esta vez apretados en una coalición monstruosa, que abarca desde la plutocracia hasta los comunistas, acuden a la huelga con carácter netamente antifascista; pero la maniobra fracasa una vez más por la enérgica actitud del Fascismo, que desbarata y dispersa a sus adversarios.

El fruto de tantas fatigas y de tantos sacrificios está madurando rápidamente: mientras que en toda Italia las escuadras se entrenan en acciones siempre de mayor envergadura contra los desmanes social-comunistas, Mussolini pronuncia el 20 de septiembre de 1922 el famoso discurso de Udine, y a poca distancia otro discurso programático, dirigido a la nación entera, desde Milán, que son como preludio a la declaración revolucionaria de Nápoles del 25 de octubre, con la que se inicia la "Marcha sobre Roma", para concluir, tres días después, con el telegrama de Su Majestad el Rey, encargando a Mussolini formar Gobierno.

La contrarrevolución antimarxista del Fascismo había alcanzado su objetivo, derrotando al adversario y adueñándose del Poder. Para impedir todo retorno ofensivo de las fuerzas antinacionales y para realizar los destinos auténticos de Italia librándola de las insidias del parlamentarismo democrático, se iniciaba la Revolución fascista con la instauración de un orden nuevo.

Para los aficionados a la aritmética parlamentaria se recuerda que en las elecciones de 1919 Mussolini logró tan sólo 4.000 votos contra 70.000 su contrincante socialista, y que ningún candidato fascista logró entrar en el Parlamento: en las elecciones de 1921 los diputados fascistas fueron 35 contra 122 socialista y 16 comunistas, un centenar de populistas y el doble de liberales.

Los veinte años transcurridos con el pujante resurgimiento de Italia en todos los aspectos son la demostración más evidente de que el Fascismo ha logrado unificar y galvanizar las energías creadoras y descubrir en el fondo del alma popular italiana la esencia de sus aspiraciones: librándola de las trabas e impurezas con que los regímenes parlamentarios, influidos por las fuerzas antinacionales abiertas y ocultas, la aprisionaban y corrompían, ha permitido que desenvuelvan toda su poderosa vitalidad y alcancen todos los objetivos vislumbrados por el genio poderoso del Duce, ofreciendo el ejemplo de un orden nuevo, más justo y más humano, que, respetando los derechos sagrados de la personalidad humana y favoreciendo su ulterior elevación, permite superar la sima espantosa en que la degeneración política y los apetitos desenfrenados habían precipitado al mundo, poniendo a la civilización cristiana en trance de perecer.



# "HABLO CON BRUNO"

Por BENITO MUSSOLINI



**A** CABADA la guerra italogriega, el campo de aviación de Grottaglie se convirtió en un campo ordinario y un tanto melancólico. Muchos de tus camaradas habían caído gloriosamente en las terribles montañas de Albania. Yo mismo había visto caer a dos: uno en el Trebescine y otro en el frente del IV Cuerpo de Ejército. Habías cumplido con tu deber en aquella dura guerra y fué para mí una gran alegría ir a verte en los periodos transcurridos en Bisceglie antes o después de mi viaje a Albania. ¡Qué lejano me parece aquel tiempo! Tras un breve período de descanso—y lo necesitabas—solicitaste volver a ocupar tu puesto. Te planteaste la cuestión: ¿Pasar a la "caza" o seguir en el "bombardeo"? Ya habías pilotado casi todos los tipos de aparatos de caza, hasta los más modernos, y la nueva actividad te encontraba preparado. Preferiste quedarte en el "bombardeo", pero tenías grandes proyectos: el bombardeo a distancias máximas en pleno océano. Un día me dijiste: "El océano es mi campo de acción. Mandaré una escuadrilla a la que daré el nombre de "caballeros del océano". Apresura, papá, la construcción de los cuatrimotores Piaggio 108, de manera que se pueda empezar a operar este verano".

Naturalmente, nada hubé de objetar a tus propósitos. Muchas veces, desde Grottaglie y luego en Roma, te interesaste por la rápida puesta en servicio de estos aparatos; estabas decidido y querías volar de nuevo

sobre el océano. Todo retraso te acongojaba. Se te envió a Alemania para ver lo que habían hecho los alemanes en sus bases del Atlántico. Al volver me entregaste tus informes: uno de carácter estrictamente técnico y otro de carácter político, llenos de agudas observaciones sobre lo que habías visto en Alemania y en Francia. Por fin ya estaban dispuestos los primeros aparatos. Tú, Vittorio, y tus camaradas de Grottaglie os encontrasteis en Pisa. Se trataba de ultimar los detalles de estos potentes aeroplanos, cuyas características eran iguales, si no superiores, a las de las famosas "fortalezas volantes" americanas. Estabas sencillamente entusiasmado con estos aparatos. Ensalzabas sus cualidades. El viaje a Alemania tuvo lugar en la primera decena de julio. Te detuviste algunos días en Roma y luego volviste a Pisa. Hiciste una última escapada a Roma el 3 de agosto para asistir a una sesión de pugilato, y yo no pude verte. Ahora cuando vuelvo a pensar en los días de este verano que ya ha terminado, muchos episodios, detalles e impresiones vuelven a mi memoria. A veces, al mirarte, tenía la sensación de que alguna tristeza te angustiaba el alma. A veces te quedabas mucho tiempo silencioso y como absorto. Me parecía que estabas a punto de despedirte de tu hermosa juventud cumplida que florecía en fuerza y en valor, en paz y en guerra. ¿Es que acaso te ocurría la idea de que habías obrado y vivido mucho durante seis años y que en otro campo de acción hubieras podido revelar las inesperadas cualidades de tu espíritu? Cuando sucede lo irreparable hay en el aire algo que lo anuncia.

Los hombres atareados no se percatan, lo recuerdan después. ¿Es que hay un mundo de lo supersensible, que todavía no hemos explorado y que acaso no podamos explorar? Ahora te contaré. Nunca fueron mis noches tan largas como en el verano último. Me parecía que no acababan jamás. De día era, a veces, presa de una especie de angustia inexplicable. No era cuestión de política, sino de algo que no lograba explicar. Una noche, pocos días antes de tu último viaje, abrí la radio. Tú sabes que esto lo hacía raramente, a no ser para los programas musicales. Era, en cambio, la hora turística y la locutora hablaba de Pisa. Describía sus monumentos: la Torre inclinada, la Catedral, el Camposanto. La narración se apoderó de mí. Escuchaba con una emoción creciente. Entonces un coro se elevó de la catedral: un coro solemne, algo triste; era la acción de gracias del día. ¡Qué lejos estaba de imaginar que pocos días después, mirando por la ventana de la habitación adonde te habían llevado, habría de ver los monumentos que describiera la radio, más el prado quemado por el sol canicular, con algunas personas silenciosas que sabían y esperaban. La mañana del 7 de agosto ya no estaba tranquilo. Hacia las once, alguien, en el palacio Venecia, me dice:

—Bruno hace poco que ha caído en Pisa y está muy mal.

—¿Ha muerto?—pregunto yo.

—Sí—me respondieron.

(Del libro "Hablo con Bruno").



# Veinte años de fascismo

Por MARIO MISSIROLI



los veinte años de la Marcha sobre Roma podemos definir legítimamente, con un juicio que ya pertenece a la Historia, lo que el Fascismo ha representado y representa en la vida de la colectividad nacional italiana.

El movimiento ha tenido en él su conclusión orgánica y total: con el Fascismo y por el Fascismo se ha iniciado una nueva fase en nuestra Historia: la fase imperial.

El 10 de septiembre de 1870 marcó la realización de la unidad territorial italiana. Roma, según las aspiraciones más profundas del movimiento secular en pro de nuestra constitución unitaria, llegó a ser la capital del Reino unificado. Pero sólo con el Fascismo y por el Fascismo es como la unidad nacional italiana se ha convertido en una grandiosa realidad política, económica y moral, y como Roma se ha elevado a esa inigualable dignidad de metrópoli imperial a que el destino y la Historia la predestinaban infaliblemente.

Los tres pilares básicos sobre los que el Fascismo ha elevado el edificio de la nueva nación italiana son: la sólida reconstitución del Estado, la clarificante organización corporativa y la oportuna resolución de la cuestión romana, con la conciliación y los Pactos de Letrán correspondientes.

Ante todo, el Fascismo tuvo que reconstituir el Estado desde sus mismos cimientos. A la concepción del Estado puramente jurídico, Mussolini ha opuesto la noción del Estado ético. Para ello precisaba formar los organismos e instituciones adecuados. El Duce proveyó a esta exigencia con las leyes constitucionales de 1925-26, que fijaban las atribuciones y prerrogativas del jefe del Gobierno y sancionaban la facultad del Poder ejecutivo para dictar normas jurídicas. Posteriormente se elaboró la ley que reconocía al Gran Consejo su original posición especial entre los órganos fundamentales del Estado. La reforma elect. marcó en un segundo tiempo el ocaso del parlamentarismo y la creación de un régimen de amplia base popular que subordinaba los intereses de categorías y de clases a los fines permanentes de la comunidad nacional. "El Estado—son palabras del Duce—es el que garantiza la seguridad interna y externa; pero es también el guardador y transmisor del espíritu del pueblo, tal como lo elaboraron los siglos, en la lengua, en las costumbres y en la fe. El Estado no es solamente el presente, sino también el pasado y, sobre todo, el futuro. El Estado es el que más allá del breve límite de las vidas individuales representa la conciencia inmanente de la nación."

Para que a este Estado, reconstruido desde sus cimientos, no le faltase la capacidad de mantener íntegras sus propias fuerzas en la defensa y en el proceso de su expansión, Mussolini dispuso, ante todo, con la definición de sus órganos, la reorganización de las Fuerzas Armadas: Ejército, Marina, Aviación y Milicia. A estas Fuerzas Armadas el Duce no les dio solamente una nueva estructura y las dotó de armas modernas, de una técnica y de una sólida administración, sino que, sobre todo, les dio una nueva conciencia y un espíritu vivificador que debía hacer de ellas, además de la custodia, el orgullo de la nación y la escuela moral de las nuevas generaciones, con la memorable ley del "Ciudadano Soldado".

Si el Ejército, refundido en la nueva atmósfera moral, venía a representar así la armadura invulnerable de la seguridad nacional, la organización totalitaria y corporativa de las categorías productoras venía a dar una estructura sólida y eminentemente democrática, en el más sano y auténtico sentido de la palabra, a toda la masa del pueblo italiano.

Al mismo tiempo, la Carta del Trabajo venía a consagrar los derechos y deberes entre la nación y los ciudadanos en el campo económico y moral.

Esta Carta tendía, ante todo, a eliminar la lucha de clases y la auto-defensa de los grupos y de los particulares en el terreno social y económico.

Semejante finalidad presuponia un principio superior al trabajo y al capital, al que ambos deben obedecer en todo momento de su existencia.

Este principio se formulaba exactamente en la primera declaración de la Carta: "La Nación italiana es un órgano con fines, vida y medios de acción superiores por su potencia y duración a los de los



El Duce revisa la Milicia fascista en el XIX aniversario de su fundación

individuos que, divididos o agrupados, la componen. Es una unidad moral, política y económica, que se realiza íntegramente en el Estado fascista."

Habiendo dado al Estado un sólido armazón institucional y habiendo disciplinado las formas de la producción y del trabajo, el régimen mussoliniano, con una visión sagaz y previsor, se ha preocupado con verdadera pasión de dar al país esa independencia económica, sin la cual la independencia política está expuesta a graves e incesantes peligros.

De aquí se deriva el formidable programa autárquico que Mussolini ha confiado a las fuerzas del país en todos los campos que abarcan sus energías, sus posibilidades y sus ideales.

La batalla autárquica tuvo su primer campo de acción en el sector alimenticio, obteniendo resultados decisivos. La intervención del Duce durante muchos años consecutivos en la recolección de los campos de las viejas lagunas Pontinas, resultó como un símbolo de esta redención del Agro improductivo, donde el Fascismo ha ganado una de sus mejores victorias.

La ley de saneamiento de 24 de diciembre de 1928, que lleva precisamente el nombre de Mussolini, no fué una de las consabidas leyes de su género promulgadas por los Gobiernos liberales, que, por lo circunscrito de sus providencias, siempre habían estado destinadas a ser letra muerta, desde el primer momento.

Por el contrario, el régimen ha afrontado el problema de lleno en sus diversos aspectos, territorial, humano, asistencial y económico, llevando de un extremo a otro de Italia, desde la campiña romana hasta el latifundio siciliano, el germen renovador del trabajo y la decisión irrevocable de obtener en el más breve tiempo posible los prósperos efectos que otras veces quedaban tan larga y desesperadamente sin pasar de sueños.

Pero contando con la vigorosa plenitud demográfica del pueblo italiano, que constituye el alma de toda la resurrección fascista, Mussolini no sólo ha querido hacer que resurciesen florecientes las zonas incultas de Italia, sino que ha querido también que la colonización se llevara a cabo con un ritmo triunfal en la "Cuarta orilla".

La negligencia de los Gobiernos precedentes puede decirse que había dejado arruinar la conquista de Libia. El Fascismo volvió a afirmar de un modo soberano la potencia italiana sobre aquella ribera del Mediterráneo, y apenas reafirmó en aquellas regiones el poder militar, tomó las oportunas medidas administrativas y económicas tendientes a hacer efectivamente del territorio libio la colonia de población perfectamente delineada en el programa complejo y orgánico de la expansión italiana.

Varias disposiciones de 1938 daban a Libia una organización administrativa definitiva, y repartida en cuatro provincias, entraba a formar parte del territorio nacional.

Los problemas relativos a la valoración económica de su territorio encontraron una magnífica solución en el genial plano de colonización en masa que, por voluntad del Duce, tuvo su ferviente ejecutor en Italo Balbo.

La colonización demográfica intensiva se ha llevado a cabo mediante la rotura-

ción de las tierras incultas, que con la instalación de miles de familias rurales italianas, a las que se confían los terrenos repartidos mediante un contrato especial que, en el transcurso de un determinado número de años, asegura a los colonos la propiedad de sus fincas.

La transformación del colono en propietario es, pues, un hecho.

La nueva carretera litoral de Libia, una de las obras más grandiosas realizadas por el régimen, construida en un tiempo de verdadero récord, entre 1935 y 1936, con una longitud total de 1.822 kilómetros, de los cuales 800 atraviesan zonas desérticas y ultradesérticas, puede figurar perfectamente como símbolo de la nueva romanidad que, bajo la enseña del Fascio Littorio, ha resucitado en tierra africana las memorables huellas de Roma.

Pero desde la época de la primera guerra púnica, la política mediterránea de Italia está ligada indisolublemente a la política adriática, y es una antigua ley reguladora de la expansión de Roma en el Mediterráneo la de que toda afirmación italiana en el mar que los romanos llamaron "Mare Nostrum" sea celosamente salvaguardada y vaya acompañada de afirmaciones paralelas en el Adriático.

La ocupación de Albania en abril de 1939 ha de considerarse, por lo tanto, como un momento lógico e inevitable del desarrollo progresivo de la potencia imperial, a la que el Fascismo ha abierto cauce en Italia.

Fué una empresa preparada y llevada a cabo con una comprensión sagaz e inmediata de las necesidades albanesas.

La unión entre ambas naciones, unión que ya estaba latente en los espíritus, se llevó rápidamente a cabo en las instituciones y en las obras. A la unión de las fuerzas armadas italianas y albanesas siguieron formas de verdadera comunión nacional y manifestaciones de una colaboración estrecha y asidua en todas las actividades del Estado.

La presencia de Roma era verdaderamente una garantía de civilización y de bienestar.

La conquista del Imperio a fines de 1935 y primera mitad de 1936 contra todas las amenazas e insidias de Ginebra no había representado acaso una aurora de espléndida civilización en aquellas tierras de Etiopía que el Gobierno del Negus, escandalosamente sometido a la plutocracia británica, tenía en un estado de esclavitud y de miserable abandono?

Puede decirse que todavía no había terminado la primera fase de la ocupación italiana cuando ya se tomaban disposiciones para la organización de los servicios a lo que estaba confiada la obra colonizadora de los territorios conquistados.

Esta obra de colonización estuvo estrechamente ligada al problema de las comunicaciones en pro del cual el Gobierno fascista realizó en poco tiempo un esfuerzo considerable.

Las impenetrables tierras abisinias, con sus impresionantes desniveles, fueron pronto dotadas de una moderna red de carreteras. Y en menos de dos años, el Gobierno del Virrey pudo registrar en su activo cerca de tres mil kilómetros de carreteras construidas con arreglo a la técnica más moderna, asfaltadas y provistas de las necesarias obras de fábrica. La tierra y los hombres se rescataban por igual,

como no podía por menos de ocurrir. La Italia Fascista había realizado lo que el saneamiento del latifundio y, con todas sus obras culturales y de asistencia social, había alcanzado un alto nivel de vida civil. Sus nos de ser también conquistas de civilización y de bienestar.

Porque, en efecto, si bien es formidable la tarea realizada por el Fascismo en el terreno de la reconstrucción estatal, del aumento de la fuerza militar, de la justicia económica y de la técnica de la producción, no es menos formidable el programa que ha llevado a cabo en el campo de la cultura y de la política demográfica.

La Carta de la Escuela promulgada en 1938 ha querido aplicar íntegramente la consigna del Duce: "Deseo que la Escuela, toda la Escuela, sea, sobre todo, educativa, formativa y moral." Dicha Carta tiende a la constitución de un humanismo moderno basado en el principio de que "ser hombre significa servir a los hombres".

Este gran principio, que hace de la vida social un mutuo servicio, transformando a todos los miembros de la colectividad nacional en participantes de la misma obra de edificación colectiva, debe tener en la Escuela popular, colaboradora de la familia, un aprendizaje alerta y diligente.

De este modo la Escuela entra en un plan orgánico, mediante el cual el Fascismo se ha propuesto y ha llevado a cabo la formación del ciudadano nuevo y del italiano integral.

La Obra de la Maternidad e Infancia vigila, por decirlo así, las jóvenes vidas desde el mismo albor de su existencia.

¿Acaso hay en el mundo algo más sagrado que la nueva luz del niño que viene al mundo? Probablemente, desde el punto de vista moral, las obras de asistencia social realizadas por el Fascismo a favor de la infancia constituyen la afirmación más alta de la moralidad y espiritualidad del mundo contemporáneo.

Complemento y continuación de la acción protectora a la Maternidad y a la Infancia puede considerarse también la Juventud Italiana del Littorio, que es la gran escuela de las nuevas generaciones italianas. Esta Institución tiene como lema: "Creer, obedecer, combatir", y su misión es, sobre todo, la preparación espiritual deportiva y premilitar, la asistencia a los jóvenes, esencialmente mediante los "Campamentos", las colonias de verano, el patronato escolar, los viajes, etc.

Un régimen totalitario como el fascista no deja fuera de sus cuidados a ninguna clase social y a ninguna edad de la vida. Y de igual manera que con el saneamiento ha laborado en pro de la autarquía económica, así también puede decirse que lo ha hecho con la técnica escolar, con el amor a los deportes, con el "apolavoro", con la vigilancia escrupulosa e inteligente de todos los medios indirectos de formación del espíritu colectivo como el arte, el cine y las audiciones radiofónicas, en pro de la autarquía espiritual del pueblo italiano.

Y, por último, para que nada faltase a la resurrección del espíritu nacional, el régimen fascista, bajo la sabia guía del Duce, ha afrontado y resuelto la cuestión romana, que parecía la más espinosa e insoluble de todas las cuestiones, llevando, merced a la conciliación y a los Pactos de Letrán, a la conciliación y a las autoridades oficiales católicas y con la tradición religiosa del pueblo, que, indudablemente, ocupa uno de los principales lugares en el plano de las realizaciones fascistas.

Ninguna fuerza del mundo podría atraerse en el camino de este país, renovado desde sus raíces en su potencia y en sus ideales, hacia su completa libertad de movimientos en su propio mar y hacia la conquista de su legítimo espacio vital.

La entrada de Italia en esta guerra, que, con la victoria, marcará la toma de posesión del puesto que le corresponde en el mundo, era una consecuencia lógica de su resurgir impetuoso bajo la égida del Fascismo.

Esta es una guerra de liberación definitiva, de liberación integral de ingerencias extrañas, de controles inicuos, de envías y de obstáculos colocados en el camino de las conquistas cada vez más altas del pueblo italiano.

El vigésimo aniversario cumplido de la Marcha sobre Roma viene a coincidir providencialmente con el momento en que, con todas sus energías tendidas hacia su nueva historia, Italia libra su batalla en pro de la causa que iluminan la luz de la Justicia y el faro del Derecho.



# OBLIGACIONES DEL MITO DE ROMA

Por ISMAEL HERRAIZ



AY fases históricas irrenunciables que obligarán hasta la consumación de los siglos a los pueblos que las definieron. Nadie elude impunemente esos deberes ni renuncia con facilidad a la servidumbre de una historia. Y no se renuncia a Roma porque Roma se vengue. Si piensas, viajero que cruzas Roma acuciado por la exigencia y la angustia de tu tiempo, que esas piedras, indiferentes al rumor urbano que las ciñe, viven sólo para la melancolía del espectador, te equivocas. Porque corretean por ellas los lagartos, y el sol y la hiedra se repartan su dominio, no creas que todas esas columnas y pórticos se han modificado para encajarse insipidamente en el desván de la arqueología. Sólo ya porque pises Roma eres un hermano y debo ayudarte a sacudir el error. Verás: En Roma no hay agua muerta, y no debes esforzarte en buscarla. ¿No la sientes brotar como un latido más que humano de las piedras y desbordar los bronceos y alzar se con un cimbreo que escandaliza a la serenidad de la columna? No pienses, porque cruces Roma con aire de marcha y seas joven heroico y fuerte, que los capiteles y estatuas mutiladas no son más que las huellas de una Historia que pisó fuerte. Hay mucho más, infinitamente más.

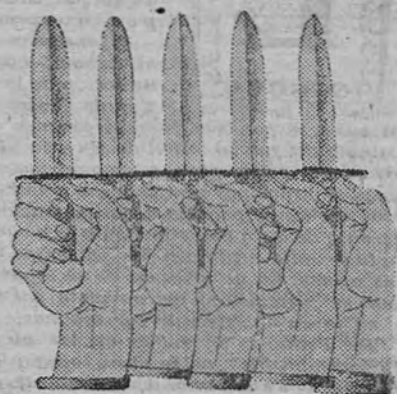
Tienes prisa, y todo te apremia en torno como un clarín pero busca siquiera un minuto para acercarte con reverencia a la columna de cualquier foro hundido bajo la ciudad que hoy recorres. Por Dios te ruego que no clasifiques la columna en el orden arquitectónico que se te dió como válido en la Universidad. Abandona todos los sistemas rígidos y pon la columna en su tiempo y sobre el capítulo exacto de la Historia, y ahora lee debajo «Magnus ab integro seclorum nascitur ordo». Figúrate que cuando se alzó esa columna ya había resonado el verbo de Virgilio y todo estaba escrito.

No son huellas muertas, sino trazado de la más permanente Historia, y aún tienen voz en este tiempo y deben de imponer su voto en tu corazón. No las reproches su fracaso para la continui-

dad en el mando del Imperio y estudia su lección. El sol dora todavía los dormidos capiteles, porque no ha podido encontrar en largos siglos de palpar cálidamente la tierra nada más grande ni permanente. «Nihil visere majus», le había anunciado el verso horaciano, y así ha sido. Piensa que sólo el olvido de que había que buscar una paz romana y no una guerra romana fué desmembrando tierras y razas de la ensanbladura ancha del Imperio. Se mantuvieron intactas las columnas, como si sólo ellas sostuvieran el espíritu por el que fueron creadas.



Todo permanece haciendo cara a los días, sin dejarse vencer ni doblegar. No olvides que el tiempo puede con la piedra, cuando es esto tan sólo: piedra; pero es muy débil cuando quiere borrar el impulso sobrenatural y glorioso del alma humana. Los siglos vencen; un Imperio babilónico de jardines y de adobes — hedonismo e incapacidad creadora — conserva entre los sucios vendajes despojos mortales de reyes, cuando no les es posible conservar otra cosa: pero, ¿qué más da saber dónde está enterrado Augusto si todavía vive y agita su mentalidad romana sobre todos los



casi no le pertenecen, porque son patrimonio entero del mundo que cree y piensa como Roma. Cada movimiento sobre Roma tiene un reflejo inmediato en el alma universal del «orbis romanus», y una equivocación en interpretar el derecho y la civilización podría ser fatal. Medita ahora por qué el Duce hace marchar paralelamente la audacia con la serenidad: el acueducto y la columna. Roma tenía necesariamente que ser fuerte para mantener con el gesto y la energía de la espada el equilibrio y el derecho; contener en las márgenes del «jus gentium» el desbordamiento de la Humanidad hacia formas caóticas y rencorosas. Conducir a los hombres al agua, al comercio, a la raíz y al árbol. Que nada se salga de madre y que todo converja en una meta única: la paz romana. Dada que responda más a la idea y al concepto de Roma que a su aparición en la lucha actual: «Debelle superbos». Ten en cuenta, sin embargo, que ni las contingencias de las batallas podrán mudar esta promesa que se hizo hace muchos siglos, cuando pude alzar la voz y decir «Cives romanus sum», y en defensa de cuyos derechos se levantó este foro donde hemos meditado, y se tendió ciclópeamente ese acueducto que me trajo el agua de Roma. Ya ves qué obligaciones. Lee:

Tu regere imperio populos romane memento  
huc tibi erunt artes pacisque imponere morem  
parcere subiectis et debellare superbos.

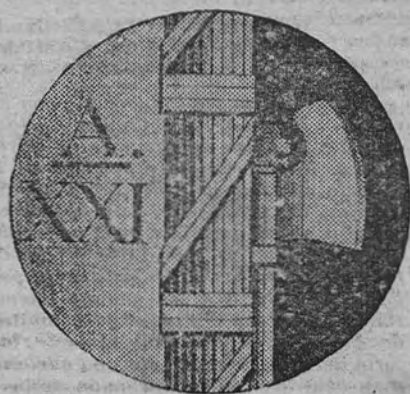
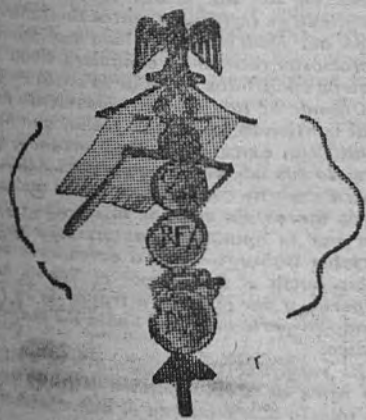
Ahora, viajero amigo, sigue briosamente tu tarea, y que el Dios de Roma te guarde.



Pero perdóname, que también yo me he ido replegando a la evocación y me he apartado de la calzada romana que aún ata continentes a Roma. Porque hay columnas y pórticos como éstos infinitamente más allá. Rodemos, pues, sobre la rueda romana, naveguemos sobre la quilla romana y acerquémonos a los acueductos y a los foros lejanísimos. «Quid hic videtur». Te contestarán siempre en romano: «Roma». Y te digo que te hablan en romano, porque el río tumultuoso de tantos siglos, si apenas ha conseguido desgastar la columna, tampoco ha logrado ocultar la lengua.

meridianos de la Tierra? Roma no construye sepulcros para su espíritu, sino que extiende radiantemente los símbolos más permanentes de la vida: el foro, la calzada, el acueducto y el arado.

Hoy conoces sobre Roma un hecho universal y heroico del que te sientes hermano. Pues bien; el Fascismo, para ser universal, tuvo que evocar en el alma de millones y millones de romanos extendidos por toda la faz de la Tierra el mito y la gloria de Roma. ¡Figúrate, viajero amigo, a cuántas cosas le obliga este mito singular! Es una gigante serie de irrenunciables seguridades que





# Italia en la guerra actual

Por A. SALBADORES



A Italia, defraudada por sus antiguos aliados en los Acuerdos posteriores a la guerra del 14-18, ha sabido y podido encontrar al encontrarse a sí misma, bajo la dirección de la política de Mussolini y

al situarse con sus fuerzas jóvenes en el camino del nuevo orden de Europa—la dirección precisa para conseguir sus antiguas aspiraciones y el cauce acertado que, tras un largo período de organización interna y de dura contribución a la lucha que actualmente sostienen los países de ideales afines, ha de situarla en el lugar que, por su historia, su permanente sacrificio y su joven doctrina, le corresponde.

En Francia, en Libia, en las alejadas tierras abisinias, en la dura topografía de Grecia y Yugoslavia, en las duras batallas de Rusia, en el cercano Mediterráneo y en las más alejadas costas del Atlántico; en la tierra, en el mar y en el aire, las legiones de Italia han sabido contribuir su esfuerzo a las grandes victorias del Eje. Con ello Italia ha aumentado su dominio y su influencia sobre terrenos de Francia; la Slovenia, desgajada del antiguo reino de serbios y yugoslavos; sobre Dalmacia y la zona de Pec y el Océano, en el nordeste de Albania; la extensa zona del Egipto conquistado y las rutas marítimas que con sus aliados controla, para desgracia de sus enemigos, mientras aparece sobre el tapete de futuras concesiones la posibilidad italiana de encontrar fácil salida a los océanos Índico y Atlántico a través de Libia y Nigeria, y Libia y el África Occidental italiana.

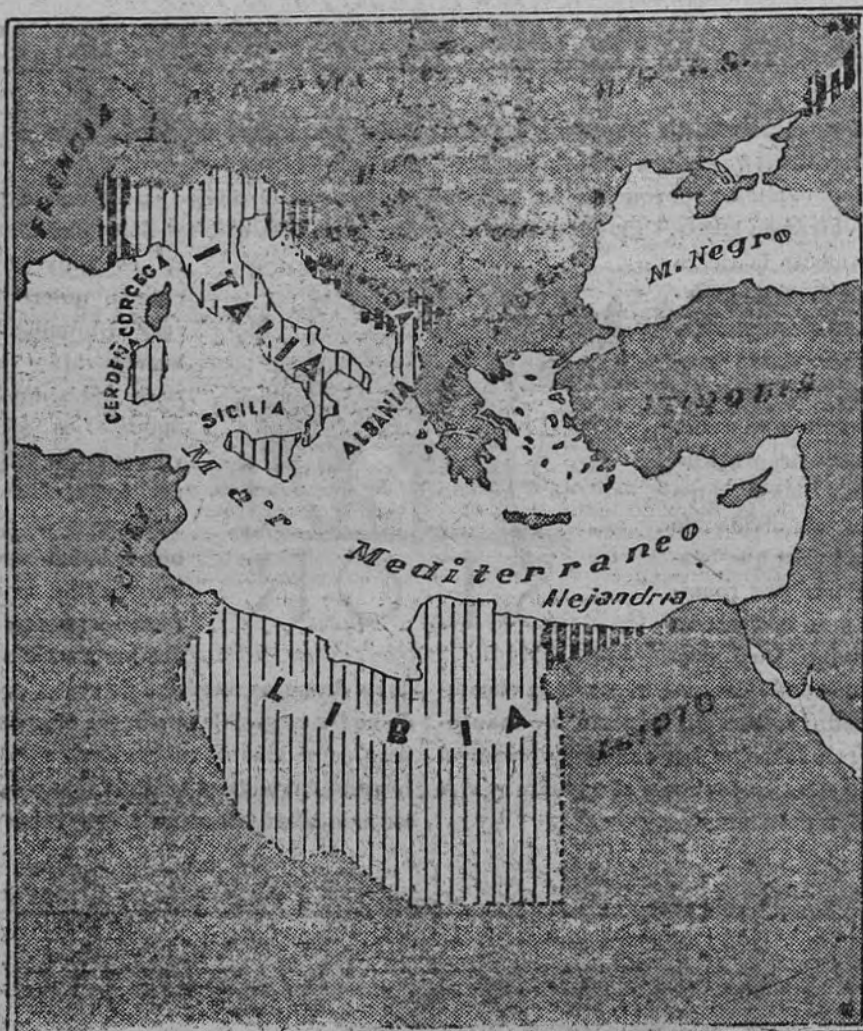
## CAMPANA DE FRANCIA

Vesallies, Fiume, Rapallo y la solución incompleta del problema del Adriático; la Marcha sobre Roma, el triunfo del Fascio, Abisinia y el cerco establecido por las democracias; la rara alianza de viejas doctrinas con revoluciones demoleadoras de un lado, y de otro el afianzamiento y difusión de nuevos ideales sustentados por jóvenes generaciones, son jalones que fueron marcando la divisoria de dos campos cada día más opuestos. Para nadie pudo constituir sorpresa la determinación italiana de unirse en la contienda a las unidades del Reich.

Si Roma impuso quietud a las armas desde la iniciación de la lucha en el Pasillo de Duntzig hasta las horas de agonía del Ejército francés, realizó, en cambio, en el interregno, una colaboración eficaz y decidida en beneficio de Alemania. Obligó a Francia a mantener un Ejército a la expectativa en la frontera francoitaliana, reafirmó su amistad con Turquía, dirigió la mirada vigilante hacia el avispero de los Balcanes, puso tope a desmedidas ambiciones rusas de expansión hacia el Sur, cedió el paso por su territorio a las ayudas que Alemania recibía por esta ruta y fue defraudando las esperanzas que las democracias abrigaron en ciertos momentos y fueron perdiendo, con el duro choque de la realidad de cada día. Hasta que llegó el 10 de junio de 1940. En ese día, y a sus seis horas de la tarde, Mussolini anunciaba la entrada de Italia en la guerra. «La hora marcada por el destino había sonado para su Patria». Aquel mismo día los alemanes llegaban al Marne. Diez jornadas más tarde, Petáin pedía el armisticio. Italia no tuvo, en esta campaña, tiempo suficiente para grandes acciones. Y, sin embargo, cubrió con gloria los objetivos de aquella hora. Las tropas italianas controlan desde entonces una zona al oeste de su frontera con Francia. Mientras duró el armisticio, quedan desmilitarizadas las zonas paralelas a la frontera de Túnez, Argelia y África francesa, con Libia; los puertos de Tolón, Biscaya, Alacaz y Orán, y obtiene Italia ciertas ventajas que afectan a transportes, control y uso de determinados servicios.

## HEROICA ACTUACION ITALIANA EN LAS CAMPAÑAS DE AFRICA

Después de la tregua lograda con la derrota de Francia, los Ejércitos de Italia se aprestaron a las operaciones militares de África. En las cuatro provincias de Libia y en la extensa zona del Imperio abisinio habrían de producirse, forzosamente, los inevitables choques contra el enemigo que aún quedaba en pie. Libia lindaba con fuerzas británicas, y Abisinia tenía por vecinos fronterizos a los mismos enemigos. Sin frentes bien definidos en estas tierras de África se decide, generalmente, la victoria del lado de quien consiga adelantarse a su contrario en la iniciación de los ataques. Y, fiel a esta táctica, Italia desencadenó las primeras batallas. La llegada a



Sidi el Barrani desbarató, sin duda, los planes ingleses de adentrarse en los dominios italianos de África del Norte. La Somalia británica sucumbió ante el empuje de unas brillantes operaciones de admirable realización, mientras se iniciaba la penetración en el norte de Kenia y el este del Sudán.

Pero Abisinia se hallaba fatalmente alzada de la metrópoli. Sin fáciles accesos; cercada por enormes distancias a los puertos de posibles abastecimientos, la duración de la campaña fue empleada ventajosamente por Inglaterra, poseedora de mejores líneas de abastecimiento marítimo, de cercanas bases, de Aviación abundante y de incomparables posibilidades para acumular sin tregua hombres y material que decidieron finalmente la partida.

La terrible resistencia de los defensores del Imperio italiano dio lugar a las mejores páginas del más bello heroísmo italiano. Keren, Gimma, Gondar, Quatiquibert (?), Amba Alaghi... El jefe supremo de la heroica resistencia combatió a límites insuperables. Acosados, cercados y sin posibilidad alguna de auxilio, sus fuerzas mantienen, en lo más abrupto de las montañas, una inconcebible resistencia, sin municiones, sin víveres, utilizando el cuchillo para ahorrar la pólvora, sin esperanza de salvación posible. Y al final de cuarenta días de hambre, cuando el gesto heroico de los bravos defensores asombra hasta a sus mismos enemigos, el duque de Aosta, símbolo de una estirpe, marcha camino del cautiverio. En el encuentro la muerte, que no pudo vencerle en el campo de batalla.

En el Norte, la costa libico-egipcia ha de presenciar el paso frecuente de las columnas que avanzan en victoria o retroceden más tarde, empujadas por el enemigo. De Sidi el Barrani retrocedió el frente de guerra hasta el meridiano del Gran Sirte, cuando ya los ingleses soñaban con la esperanza de un fácil contacto con las fuerzas de Túnez. Un empuje de las fuerzas del Eje restableció las primitivas posiciones, y otra nueva embestida británica, apoyada por ingentes cantidades de rejuer-

zos, dejó sentir el fuego de los cañones hasta la zona de Agheila. Las operaciones, que hasta entonces se habían caracterizado por rápidas alternativas de avance y retroceso, cobraron, a partir de este momento, un ritmo de seguridad incommovible. Las fuerzas del Eje, sabiamente combinadas, desalojaron a las unidades enemigas de sus posiciones avanzadas sobre el camino de la Tripolitania; vencieron más tarde la resistencia en la zona de Bir Hakeim; cercaron Tobruk y deshicieron el mito de su épica defensa; llevaron las líneas a la frontera, y, adentrándose en tierras de Egipto, ganaron Sidi el Barrani, Marsa Matruh y El Alamein, a la vista de Alejandria, coronando así un recorrido de mil quinientos kilómetros de resonantes victorias.

La fulminante ofensiva italo-alemana, en la última fase, del 26 de mayo al 27 de julio, ha producido la casi total destrucción del octavo Ejército británico, y la pérdida de 63.824 prisioneros, 1.322 cañones de combate, 21 autos blindados, vehículos motorizados, 1.177 y 319 cañones. En el mismo tiempo fueron derribados 674 aviones. Como consecuencia de estas operaciones, desde el 10 de junio del 40 al 10 de octubre de 1942, han sido derribados o destruidos en el suelo, en África del Norte, en el Mediterráneo y en la península italiana, por la Aviación del Eje y la C. D. C. A., 4.064 aparatos enemigos.

## ITALIA EN LA PACIFICACION DE LOS BALCANES

Después de la terrible expulsión de Duntzig, Inglaterra sólo poseía en los Balcanes una posibilidad de ataque a Europa. Acaso no fuera descabellada la idea de repetir el ensayo de 1915, aprovechando sus lecciones y adoptando mejores y más reposados preparativos. Italia, desde sus puestos avanzados de Albania presintió el peligro, y se adelantó a los planes con la declaración de guerra a Grecia, en octubre del 40. Las operaciones tropezaron desde los primeros momentos con la crudeza del tiempo, más sensible en las escarpadas alturas fronterizas. Inglaterra apro-

vechó la coyuntura y continuó sus preparativos en los Balcanes, pensando en la utilización de Yugoslavia. Sólo faltaba la adhesión de este país para completar en el Sureste el grupo de afectos al T. P. y el 25 de marzo, en el Palacio de Belvedere, de Viena, el Presidente yugoslavo y su ministro de Asuntos Exteriores suscribieron con los representantes de Alemania, Italia y el Japón, su fidelidad al Pacto.

Parecía resuelto el problema del Sureste, cuando dos días más tarde, aún antes de regresar los firmantes de la adhesión al Pacto, se produjo el golpe de Estado de Yugoslavia. Las seguridades dadas por el Gobierno de Simovich de respetar el acuerdo firmado no lograron desvirtuar el sentido de las manifestaciones antialemánas registradas en todo el país, y, vista la clara hostilidad a las potencias del Eje, fue inevitable la guerra. La prometedora ayuda angloyanqui resultó insuficiente para contener los Ejércitos atacantes. Mientras Alemania avanzaba por el Norte y el Sureste, cortaba en dos el Ejército yugoslavo y hacía imposible toda resistencia, los italianos eliminaron todas las posibilidades de desembarque, merced a los decisivos avances por la costa de Dalmacia, donde se unieron las columnas que simultáneamente partieron del Norte y del Sur. Otras unidades griegas y determinaron la caída de importantes unidades enemigas. Venida Grecia, los italianos hubieron de operar aún sobre las islas del Egeo y del Jónico, en precisas operaciones que tuvieron brillante resultado en la colaboración prestada en la campaña de Creta.

## ITALIA EN LOS FRENTES DE RUSIA

Unidas en la doctrina y en las armas, Alemania e Italia luchan unidas en todos los frentes posibles. Militares acaudalados, actúan junto a sus aliados en los desiertos africanos; marinos italianos prestan su valiosa cooperación en la toma de Creta; sumergibles de los dos países hermanos persiguen los convoyes enemigos en alejadas costas y en cercanos mares; aviones italianos participan en los ataques a la isla británica, y soldados de Roma y del Reich combaten en los amplios frentes de Rusia.

En las operaciones que se desarrollan en el gran sector del Don y del Cáucaso ha correspondido a los italianos un destacado lugar en la lucha, apoyando con sus posiciones sobre el Don los movimientos de las fuerzas germanas que llegaron al Volga, dominando Stalingrado y avanzando por la gran cordillera hacia las zonas petrolíferas de Grosny y de Baku.

De la eficaz actuación de las unidades italianas que combaten en Rusia dan clara idea las siguientes cifras, correspondientes al Cuerpo Expedicionario y al octavo Ejército, en las etapas agos. 1941-julio 1942, y julio-septiembre 1942, respectivamente:

Prisioneros capturados, más de 26.000.  
Material de guerra capturado: Carros de combate, 47; cañones, 110; morteros, 33; ametralladoras, 61; fusiles ametralladoras, 417; fusiles, 11.410; camiones, 251; cuadripedales, 3.415; aviones derribados, 152.

## DEBERES Y DERECHOS DE ITALIA

La cruenta contribución italiana a los triunfos del Eje concede a Roma la obligación y el derecho de intervenir en la nueva ordenación, ya iniciada, y que habrá de ser terminada cuando la guerra acabe.

Italia, desde su entrada en la lucha, ha aumentado el dominio o la influencia sobre los 300 kilómetros cuadrados que controla en el límite alpino con Francia; 800.000 kilómetros cuadrados con 350.000 habitantes en las zonas de Pec y el Océano, anexionadas a Albania la provincia de Lubiana, de 4.595 kilómetros cuadrados y 305.000 habitantes, y las tres provincias de Dalmacia, de 5.240 kilómetros cuadrados, procedentes de la desaparecida Yugoslavia. Domina en las aguas del Egeo, donde ha ampliado su influencia, antes limitada a las islas del Dodecaneso, y con sus unidades victoriosas retiene en conquista 4.500 kilómetros cuadrados cerca de la costa egipcia.

Cuando se liquide victoriosamente la actual contienda universal, Italia, que ha luchado con éxito en el Mediterráneo, y ha llevado sus naves a las rutas del Atlántico, podrá esperar confiada en libres accesos a otros mares. Su zona de influencia—a juzgar por la opinión de autorizados comentaristas italianos—podrá extenderse desde Italia hacia el Sur, y por el Tchad, hasta Nigeria, y por el Este, a través de su recordado Imperio oriental, hasta los mares del Índico.

El sacrificio, el heroísmo y el éxito de los hijos de Roma ganará para su patria un puesto destacado en el nuevo orden por el que luchan los pueblos jóvenes.

Apartado de Correos núm. 274  
TELEFONO 11510

Dirección telegráfica  
ANACCIDENTES-BARCELONA

LA ANONIMA DE ACCIDENTES

FUNDADA EN 1896

SOCIEDAD DE SEGUROS ITALIANA CONTRA LOS ACCIDENTES Y LA RESPONSABILIDAD CIVIL EN TODA CLASE DE COMBINACIONES

Capital suscrito y desembolsado: Liras 32.000.000

Fondos de garantía: Liras 253.368.555

BARCELONA

Rambla de Cataluña, 19 y 21



# Veinte años de periodismo italiano en régimen fascista

Por SERGIO BRUNO RIZZATTI



Se ha observado justamente que no puede concebirse al Fascismo sin Mussolini ni a Mussolini sin el «Popolo d'Italia».

Este periódico, fundado por el Duce en Milán a los cuatro meses de estallar la guerra, exactamente el 15 de noviembre de 1914, llevaba ya en la portada dos frases proféticas: «La Revolución es una idea que ha encontrado bayonetas» (Napoleón), y «El que tiene hierro tiene pan» (Blanqui). Se trata del primer periódico de la Revolución italiana y fascista que, a su vez, se inicia con el mismo. La historia de la grandeza y potencia de Italia, la del Imperio resurgido, empuja precisamente con el «Popolo d'Italia», que inicia su publicación cuando los límites de Italia estaban en Ala y en el Judio, cuando se había apagado la llama que encendiera el «Resurgimiento», cuando el Gobierno había proclamado la neutralidad y el pueblo se veía traicionado por una mezquina oligarquía parlamentaria, a la que servía un periodismo negociante y municipalista, el del sagrado egoísmo, del materialismo y del pacifismo. Estado en el Estado, dueño de un poder sin límites, abandonado al arbitrio y a la irresponsabilidad de quienes lo consideraban como una empresa industrial o, sencillamente, como un medio para solicitar los más bajos instintos de la masa, el periodismo italiano constituía el mayor peligro para la vida social y hasta para la misma existencia del pueblo. Era el tan traído y llevado (cuarto Poder), sagrado para los «inmortales principios» de la llamada libertad de Prensa. Ya hacía tiempo que muriera aquel periodismo italiano de Cavour, de Mazzini o de Crispi, aquel glorioso periodismo nacido con el «Resurgimiento», al que Cavour proclamaba el 23 de marzo de 1848 haber llegado «la hora suprema de la Monarquía de Saboya».

Sólo en seis meses Mussolini y su «Popolo d'Italia» ganaron la primera gran batalla de aquella lucha: la entrada en guerra de Italia para la realización de la unidad nacional. La situación había cambiado radicalmente. Al cabo de cuarenta meses llegaba la victoria de las armas italianas; al cabo de cuatro años el Duce marchaba sobre Roma al frente de sus «camisas negras». Era el 28 de octubre de 1922.

Dos días después el Duce del Fascismo llevaba al Rey Víctor Manuel III la Italia de Vittorio Veneto consagrada nuevamente por la Revolución, y Mussolini y el «Popolo d'Italia» ganaban otra batalla triunfando de una situación política y social que a cualquier otro hubiera parecido desesperada e insuperable. Desde aquel día la nueva Italia está en marcha guiada por la bandera de ese periódico, que desde su primitivo «covo» di Via Paolo di Cannobio ha visto pasar ante él, como ha dicho el Duce, «la visión plástica de una Italia que marchaba a su oca» y la de una Italia que surgía. Mussolini ha demostrado—dice un gran periodista italiano, Ermanno Amicucci—que sólo un tipo de periódico tiene derecho a ser en la historia de la civilización: el periódico de la fe. En régimen fascista el periodismo no puede ser más que éste.

\*\*\*

Una vez conquistado el Poder, el Fascismo hubiera podido hacer «tabula rasa» de la Prensa del antiguo régimen. Las escuadras de acción, por su parte, ya habían ocupado en los primeros días de la insurrección los inmuebles de los diarios de oposición, desde los de inspiración bolchevique hasta los vendidos a la masonería, al liberalismo y a la plutocracia. El Duce hubiera podido resolver el problema de la Prensa procediendo inmediatamente al cierre de tantas cloacas como envenenaban la atmósfera nacional. Pero no quiso: una vez más quiso ser, como siempre, generoso e indulgente. Era demasiado periodista para recurrir a un acto de fuerza inmediata, aunque fuera dentro de la mayor legalidad. Ya el Duce, al presentarse al frente de su Gobierno a la Cámara de los Diputados, había dicho: «Podría hacer de este salón sordo y gris un vivac de soldados...» Lo mismo hubiera podido hacer de los grandes edificios de los periódicos de oposición. En cambio, dejó a la Prensa su tan preciada libertad, y quedó en espera, observando...

Mientras tanto se organizaba la Prensa fascista: ciertos periódicos se transformaban, se renovaban, se hacían «sostenido-

res» o se inscribían en las filas del Fascismo. Mas la oposición, tanto la periodística como la de los partidos, como el mismo Parlamento, no creía en la Revolución. Juzgaban al Gobierno de Mussolini como a un Ministerio cualquiera, que caería a la primera ocasión por un voto contrario del omnipotente Parlamento, que todavía constituía un dogma para el viejo mundo político italiano. Inútilmente advertía Mussolini en el Senado el 8 de junio de 1923: «El parlamentarismo ha sido herido, no de muerte, pero sí gravemente, por dos fenómenos típicos de nuestro tiempo: por una parte, el sindicalismo, y por otra, el periodismo. El sindicalismo, que acoge en determinadas Asociaciones a todos los que tienen intereses especiales y particulares que tutelar, y que quieren sustraerlos a la manifiesta incompetencia de la asamblea política; y el periodismo, que es el Parlamento cotidiano, la tribuna diaria donde hombres procedentes de la Universidad, de las ciencias, de la industria y de la vida real estudian detenidamente los problemas con una com-

en Campidoglio el 27 de enero de 1924, Mussolini dijo otra gran verdad: «Conviene repetir que la llamada libertad de Prensa no es solamente un derecho; es un deber. Conviene repetir que hoy una simple noticia del periódico puede ser portadora de daños incalculables a la Nación, ya sea verdadera o tendenciosa. Si se quiere, como se quiere, que el periodismo sea una misión, hay que tener presente que toda misión va acompañada indefectiblemente de un enorme sentido de la responsabilidad. Fuera de esto, el periodismo no es una misión, sino un oficio.»

El «delito Matteotti» del 10 de junio de 1924 revelaba «los caracteres e intenciones de este periodismo improvisado, entregado a un verdadero bandolerismo en perjuicio del orden público y de los soberanos intereses de la nación», como escribía Paolo Orano en un estudio sobre el periodismo. «El cadáver echado a los pies del Fascismo, al perdurar sobre la impresión serena de uno de los discursos de Mussolini, el victorioso incruento, el dictador humano y respetuoso de todo de-

el momento; recordará únicamente sus puntos principales:

Todo periódico debe tener un director responsable. Se instituye una Asociación de periodistas, que tiene su sede en las ciudades donde existe Tribunal de Casación. La Asociación formará sus listas profesionales, que quedarán depositadas en la Cancillería del Tribunal de Casación. El ejercicio de la profesión se permite únicamente a quienes están inscritos en tales listas.

Se trata de la gran conquista de la clase periodística, a la que se exigen requisitos morales, políticos y culturales. Es el fin del periodismo «refugium peccatorum», refugio de desplazados o fracasados, asilo de prófugos de todas las profesiones, título que encubría otras actividades menos nobles pero mucho más lucrativas, máscara bajo la cual el rostro se escondía tarado por las laceras de las más innobles actividades sociales y hasta morales.

Todos los documentos han de estar en regla en Italia a partir del 31 de diciembre de 1925: ciudadanía italiana, certificado de Pensales sin mácula, certificado de buena conducta moral y política, título de estudio...

«La reforma fascista» declaró el ministro Alfredo Rocco al inaugurar el 1 de mayo de 1929 las tareas de la Comisión Superior de Prensa, asamblea suprema de los inscritos en las Listas del periodismo—puede servir de ejemplo a todos los países que se preocupan por el grave problema de la disciplina jurídica de la Prensa. En la organización fascista del periodismo no hay lugar para los indignos o para los incapaces. Y no se diga que tal Régimen mata la libertad de la Prensa.»

Recordemos a este propósito que John Celli, fundador de la Unión Británica «Amigos de Italia», dijo en 1923 que «el sesenta por ciento de la Prensa inglesa está controlado por elementos no ingleses». La Ley fascista exige que cada periódico declare el nombre de sus propietarios, realizando así un deseo que ya en Italia después de la guerra (1919) y luego en Francia en diversas ocasiones comunistas y socialistas intentaron realizar en vano.

Recordemos que la Ley fascista ha aumentado las penas para la difamación por medio de la Prensa, para los delitos contra la Patria, el Rey, la Familia Real, el Sumo Pontífice, la religión del Estado, las instituciones y las potencias amigas, así como para las noticias falsas o tendenciosas; que ha moralizado la «crónica negra» castigando severamente las ofensas a la moralidad y a las buenas costumbres; ha prohibido la publicación de dibujos o escritos que ofendan la decencia, los retratos de personas que hayan cometido delitos de sangre, suicidios, etcétera.

Recordemos, por último, que el «Contrato de trabajo» y el «Instituto de Previsión» para los periodistas constituyen disposiciones tan orgánicamente perfectas, que hicieron decir a Stéphane Valot, periodista francés de izquierdas y secretario de la Federación Internacional de Periodistas, adherida a la Sociedad de las Naciones, en diciembre de 1929, y al embajador de Italia en París: «He podido darme cuenta de que los periodistas italianos van a la vanguardia de nuestra profesión; y a un diputado socialista, también francés, redactor de un proyecto de organización y tutela de la Prensa y de los periodistas, que el contrato de trabajo de los periodistas italianos era lo más perfecto que se puede imaginar, constituyendo una auténtica conquista del trabajo».

Desde entonces la misión del periódico y del periodista dentro del régimen se ha hecho tan alta, que el Duce ha dicho: «Podemos también afirmar que todos aquellos que han llegado al Gobierno desde el periodismo han sido siempre de los mejores, y no hablo de mí mismo».

No podía hacer un mayor elogio de la madurez de pensamiento y de acción, que hacen hoy del periodista italiano lo que en los primeros días del Poder deseó el mismo que fuera: «un completo como difícilmente se encontraba en los bancos del Parlamento».

**S. A. E. M. A. R.**

Sociedad Anónima Española  
— Empresas Marítimas —

Agentes generales para España de las  
Líneas Marítimas Italianas: «Italia»,  
«Orrius», «Adriática», «Tirrenia»

Plaza Cataluña, 6 — BARCELONA



La «cueva» de «Il Popolo d'Italia»

potencia que muy difícilmente se encuentra en los bancos del Parlamento.» Estas palabras, verdaderamente proféticas, del Duce encerraban ya la condena del parlamentarismo, y eran la síntesis más clara, precisa y lapidaria de la nueva misión que habían de cumplir en el nuevo Régimen el sindicalismo y el periodismo.

El 23 de agosto de 1923, en una reunión de los directores de los periódicos fascistas, el Duce afirmaba que «los periódicos debían ser el auxilio inmediato, seguro y fiel, de defensa y de ofensa, del Gobierno Fascista y de la Nación». El 23 de octubre del mismo año el Duce volvía a decir en Milán a los representantes de las antiguas organizaciones de Prensa una palabra de advertencia: «Vosotros sabéis que yo respeto el periodismo, y lo he demostrado. Sólo quiero que el periodismo se dé cuenta de las necesidades históricas, de ciertas cuestiones históricas inevitables; deseo que el periodismo colabore con la Nación.» Pero una vez más la amistosa advertencia del Duce fué en vano.

En el Congreso del Sindicato Nacional Fascista de la Prensa, que se reunió en

recho—incluso, entonces, del de la excesiva libertad de Prensa—, aquel cadáver autorizo a cientos de periodistas, en docenas de periódicos, a abandonar todo freno, todo respeto, todo sentimiento de transigencia, de seriedad, de calma y de dignidad. Estos sucesos decidieron, finalmente, al Gobierno fascista a poner fin a las contemplaciones y a resolver legalmente la situación que la vergonzosa conducta de los periódicos opositores habían hecho insostenible.

Después de un primer decreto sobre los requisitos del gerente responsable del periódico, la ley de Prensa de 31 de diciembre de 1925 venía no sólo en defensa de la Revolución, sino que transformaba profundamente todo el edificio del periodismo italiano, resolviendo a la vez uno de los más graves problemas de la sociedad contemporánea, de tal manera que pudo servir de ejemplo a todos los demás países que habían intentado, en vano hasta entonces, disciplinar una materia tan intimaamente ligada a la existencia del Estado y a la vida de los pueblos. Resumir esta ley sería tarea demasiado larga para



# Recuento y recuerdo de la intervención italiana en la guerra española

Por **LUIS GONZALEZ ALONSO**



En uno de los inolvidables actos de afirmación hispano-italiana en Roma con motivo de la repatriación de los legionarios italianos que combatieron en nuestra guerra de Liberación, el Duce afirmó que la Italia fascista «sintió desde el principio de vuestro Movimiento que la Italia en la cual España habíase empeñado constituía una prueba decisiva, tanto para su porvenir y grandeza cuanto para la suerte de Europa y su civilización. Por eso nosotros no dudamos en daros toda nuestra ayuda desde los primeros días hasta la victoria final».

Veinticinco aeroplanos franceses salían de Marsella el 25 de julio destinados a la España roja. Inmediatamente autorizábase por parte del Gobierno fascista la salida para Marruecos de la primera escuadrilla de aeroplanos que los representantes de España solicitaban. La tarea de aquellos nueve primeros aeroplanos italianos que aseguraron las comunicaciones entre el Protectorado marroquí y la Península multiplicóse por ciento y prolongóse a través de la guerra, nutriendo de episodios magníficos, servicios trascendentales, sacrificio y gloria la historia de la Aviación legionaria.

De su copiosa actividad dan idea estas cifras: 135.265 horas de vuelo de guerra, con 5.318 bombardeos y 266 combates aéreos. Su eficiencia combativa reitrala la desproporción entre los 88 aparatos italianos perdidos y el número de los enemigos derribados o destruidos en el suelo, que subieron a 948, y cuya variedad de marcas, tipos y procedencia constituían un auténtico muestrario de construcciones aeronáuticas de Francia, Inglaterra, Rusia, América, Holanda, Checoslovaquia, etc. El sacrificio humano documentarlo los ochenta y cinco aviadores caídos, y el tono heroico y abnegado de su comportamiento refrendarlo las Medallas de Oro al Valor Militar concedidas por Italia a la memoria de treinta y dos pilotos muertos en el cielo de España bajo los luceros precursores de nuestro amanecer. Entre las otras dos más que decoran el pecho del capitán Ernesto Botto, el famoso Camisa Negra y del coronel Ettore Muti, que posteriormente había de ser secretario del Partido Nacional Fascista, y que ahora, en África y en las fronteras orientales de Europa, ha vuelto a conquistar máximas condecoraciones italianas y alemanas.

También el actual ministro secretario del Partido es legionario de España, mutilado en España y por España e Italia, honrando con sus proezas, al frente de una formación mixta italo-española, la bandera ardida. Figura Aldo Vidusso entre los diez oficiales y milites de la Milicia fascista condecorados con Medalla de Oro, que como se sabe, es la máxima condecoración italiana al valor militar. Los otros nueve son otros tantos caídos, y entre ellos figuran el general Alberto Luzzi y el centurión Luciano Giuseppe Mele, dos figuras típicamente ejemplares del estilo revolucionario y guerrero de la Milicia. Voluntario a los dieciséis años en la guerra europea, durante la cual ganó dos altas condecoraciones; organizador del fascismo en el Friuli; comandante de las escuadras de acción en los años heroicos y subversivos de la antimarcha; terror justificado de antifascistas, y padre de los humildes, no fue Luzzi un voluntario cualquiera. Muchos de los milites del grupo «Legiones» que mandaba en agosto de 1936 enroláronse en masa al saber que su general iba a España, y al frente de los Camisas Negras del once grupo «Banderas» cayó en la jornada de Guadalajara este comandante con temple excepcional de soldado y de fascista, como se lee en los motivos alegados para su condecoración.

Preclaro ejemplo de combatiente legionario, animador y arrastrador de voluntarios y digno del apelativo de héroe, dice así asimismo, en la motivación de la Medalla de Oro concedida a la memoria de Mele, periodista en armas, como amaba definirse en las presentaciones. Habíale puesto dificultades para mandarlo a España como enviado especial de un diario romano, y las resolvió pidiendo ir voluntario como centurión de la Milicia. Sus artículos fueron escaseando a medida que mendeaban las acciones bélicas de la compañía que mandaba, y la última de sus crónicas la dejó truncada la muerte, en la sierra de Javalambre, el 22 de septiembre de 1938.

Otro periodista italiano, caído combatiendo en España, y a quien como a Mele ondulábase bien la expresión clásica a propósito del legionario romano: «Una manu cecidit opus et altera tenebat gladium», fue Renzo Bertoni, teniente carrista muer-

to en combate en Calaceite, el 31 de marzo de 1938. Y junto a estos nombres que la muerte gloriosa hizo inmortales, otros podemos añadir al número de periodistas italianos que trabajaron con la pluma y con las armas en tierras de España y por la causa de España y de Europa y de la civilización cristiana; como ejemplo, el batallador Astero Gravelli, oficial de carros, heridos, y condecorado por España con una Medalla Militar, y por Italia, con dos Medallas de Plata. Con Bertoni se inicia la lista alfabética de las trece Medallas de Oro concedidas por Italia a la memoria de

Bergonzoli, que hizo célebre en España su apelativo de «Barba eléctrica», que fue condecorado por la victoria de Santander, donde mandó la división de Flechas Azules, y que actualmente sufre cautiverio de guerra en África, en donde ya había combatido antes tres veces, en la guerra italo-turca, en reocupación del desierto libico, y en la conquista del Imperio. Y Renato Zanardo se llama el soldado que, aun habiéndole troncado la mano derecha una bomba, siguió adelante con su tanque, y rematada la acción, volvió a la base agitando la bandera italiana en señal de triunfo.



Al periódico «Aurora»  
Muy cordialmente  
Aldo Vidusso

El camarada A. Vidusso, actual ministro secretario del Partido Fascista, dedica a nuestro periódico una fotografía con el uniforme de teniente del Ejército español.

los oficiales, clases y soldados de su Ejército regular caídos en tierras españolas, y en las respectivas exposiciones de motivos hay elementos sobrealabundantes para compilar una antología de anécdotas hazañosas y de pruebas de cómo los oficiales más empujados y los soldaditos humildes saben morir de igual forma heroica cuando, como en nuestra guerra, combaten por una causa tanto más grandiosa y fascinadora cuanto más desinteresada e idealista.

Otras dos medallas de Oro honran hoy el pecho de un general y de un soldado raso del Ejército italiano, respectivamente, por hechos de armas acaecidos en tierra nuestra. El general Eslo Annibale

lo por la victoria conseguida. Bajado del carro, se hizo amputar la mano con frío estoicismo, estándose de pie y replicando a quienes lo elogiaban que cualquier carrista habría hecho lo mismo que él, y acto seguido, aun no concluida la operación, al oír que se le daría una gran recompensa, exclamó: «Me conformo con una cigarrillo».

Treinta y dos meses duró la actividad silenciosa y práctica de la Marina italiana al servicio de la guerra de España, desde el 24 de julio de 1936. Su primer acto de presencia se lo impuso el derecho tutelar, la vida e intereses de los italianos residentes en Barcelona y otros puertos del Me-

diterráneo y el Luminario deber de arrancarle víctimas a los horrores del terrorismo rojo y la anarquía republicana. En los primeros meses de ese servicio las varias naves de guerra, los tres barcos mercantes y los dos buques-hospitales dedicados por el Gobierno de Roma al salvamento, transportaron 9.210 personas, de las cuales solamente unas mil setecientas eran italianas.

Idea de la importancia excepcional del papel de la Marina italiana durante nuestra guerra de liberación la dan los siguientes datos, que entresacamos de una publicación oficial: Solamente en cuatro meses (o sea desde el 22 de diciembre de 1936, en que desembarcaron en Cádiz los primeros tres mil voluntarios, a distancia de tres meses de la aparición de las brigadas internacionales en el Ejército rojo, hasta abril de 1937) fueron transportados a España cerca de 100.000 hombres, 4.730 automóviles y camiones, 40.000 toneladas de material bélico y 750 cañones, con 52 barcos, que hicieron 142 viajes, y para cuya protección hubo que emplear 30 unidades de guerra, que efectuaron 134 servicios. Hasta el final de la guerra, la alimentación del Cuerpo expedicionario y sus relevos, etcétera, requirieron: el empleo de ochenta y nueve barcos de todas clases y cuarenta buques de guerra, y el total de estos últimos, directamente empleados en las 870 misiones militares que representaban su actividad, fué de 149 unidades, incluidos los Más y los submarinos que ejercían el control, cooperaban al bloqueo e intervenían en episodios varios de la guerra marítima en el Mediterráneo.

Uno de ellos malogró el desembarque catalán en Puerto Cristo, y no sólo galvanizó la resistencia de la escasa guarnición y paisanos fieles de Mallorca, sino que hizo posible la ocupación de Ibiza por las fuerzas nacionales isleñas. Y aquí surge la figura realísima y la vez de leyenda del general de la Milicia, Arconovaldo Bonaccorsi, es decir, del celeberrimo conde Rossi, cuyas aventuras, proezas y triunfos, y cuyos gestos y gestas son como la copiosa y exacta biografía de un soldado y un líder.

Por su papel en la liberación de Mallorca, el Caudillo concedió la Medalla Militar de primera clase. Y el arzobispo del archipiélago balear le escribía en 1937: «En este gozoso aniversario de la liberación de la isla, el recuerdo de cuanto le debe Mallorca al respetabilísimo conde Rossi y el sentimiento por la falta de su presencia entre nosotros, son motivos más que suficientes para anhelar la vuelta de quien tiene un trono y un áureo altar en el corazón de los mallorquines.» Y en efecto, no hay ni un balear que se haya olvidado de aquel hombre de bien, de barba cuidadísima y cabellera canchadísima, alegre e impaciente, audazísimo y calculador, odiador feroz de los antifascistas hasta llegar a la muerte física, y piadoso y tierno como todo buen cristiano, y fascinador de gentes hostiles con el talismán de su actitud.

Desembarcó el conde Rossi en una playa mallorquina, solo y desconocido, vestido con un mono negro en el cual resaltaban sobre el corazón los relieves bordados de un haz litorio y de una cruz, y trayendo en la mano un maletín cargado con un revólver y unos cargadores, un casco y unas bombas estuvo a punto de ser fusilado, aun sin juicio sumarísimo. Pocas horas después ya acaudalaba una partida de falangistas armados, y hasta la completa eliminación de los rojos fué siempre el primero en todas partes, seguido como una sombra por un capellán, porque era hombre temerosísimo de Dios y no quería que la muerte le sorprendiera sin los auxilios postreros de la religión. Honrado por todos y lleno de vitalidad y humildad, pocos meses después de su triunfo el conde Rossi volvía a Italia, despojándose de su nombre de guerra y reanudaba su vida. Y años después reapareció en Adlis Abeba con su nombre noble de Arconovaldo Bonaccorsi, y como comandante de las fuerzas de la Milicia en el Imperio.

La muerte le respetó en España, pero la suerte le traicionó en Etiopía, y hoy está prisionero de los ingleses. Y quién sabe si entre sus guardianes habrá quien haya leído el perfil que del conde Rossi trazara el escritor inglés Norman Bray en Mallorca salvado, y al que pertenecen estas frases, con las que quiero concluir este recuento y recuerdo de la intervención italiana en la guerra civil nuestra: «Su vestido singularmente llama en seguida la atención, y por la mirada diríasele un fanático. Lo es, en el buen sentido, fanático de Dios, de la Patria y de la lucha contra el comunismo. Pero siempre reconoceréis en él a un hombre de honor, porque su alma reviste una armadura de fe y lleva el escudo del patriotismo y la espada del paladín.»

Compra y venta de los productos  
A. C. N. A.  
Aziende Colori Nazionali Affini  
MILANO

Representantes de  
"MONTECATINI"  
Soc. Gen. per l'Industria Mineraria e Chimica  
Farmaceutici Italia, S. A.—MILANO

ANILINAS, S. A.

Compañía Industrial y Comercial de Colorantes y Productos Químicos

AUSIAS MARCH, 16 y 18

Teléfono 17652

BARCELONA



# Política europea de Mussolini

Por GIOVANNI ENGELY



**L**a guerra arde en Europa y en las demás partes del mundo: a un lado, los pueblos del Tripartito; al otro, una híbrida coalición plutocrático bolchevique. Una gran guerra no es nunca consecuencia de hechos o episodios aislados, sino que supone el choque entre dos sistemas, entre dos tipos de civilización; es la afirmación en el plano internacional de una revolución a la que se oponen la mentalidad y las fuerzas reaccionarias. El Fascismo, cuya fecha de nacimiento se remonta a veinte años atrás, fué una afirmación de fe en los milenarios principios de la civilización de Occidente, con la consiguiente e implacable hostilidad contra el bolchevismo, pero al mismo tiempo fué también la sacudida de un pueblo joven contra la tiranía francoanglosajona.

No es que el Fascismo sea el responsable de la guerra actual; pero ya desde la histórica reunión de la plaza S. Sepulcro, en Milán, el 23 de marzo de 1919, proclamó el Duce la necesidad de la revisión de los Tratados, del reconocimiento concreto de los derechos de Italia y de una política de colaboración entre las potencias europeas. Todo esto hubiera podido y debido obtenerse por medios pacíficos, mediante acuerdos concluidos libremente entre los diferentes Estados interesados. Pero es evidente—y lo demuestra la historia de todos los pueblos—que sin un revisionismo radical, el choque entre lo nuevo y lo viejo sería inevitable. En el plano secular de la Historia poco importa quien lo haya iniciado, si bien en el caso concreto, es decir, con referencia a la guerra actual, la responsabilidad recae sobre Francia y sobre Inglaterra, que el 3 de septiembre de 1939 declararon la guerra a Alemania, extendiendo un conflicto que, en otro caso, hubiera quedado localizado.

Nadie podrá negar jamás el tenaz esfuerzo del Duce a favor de una colaboración entre los pueblos europeos, mediante la aplicación del revisionismo. La ya histórica frase "el Mediterráneo para los mediterráneos", pronunciada por el Duce en su discurso del 24 de octubre de 1922 en Nápoles, y en vísperas de la Marcha sobre Roma, cuyo vigésimo aniversario celebra actualmente Italia, significaba una revisión profunda de la situación existente; y si con esto y en el mismo momento de su ascensión al Poder el Fascismo se oponía a la hegemonía británica en el Mediterráneo, por otra parte, consciente de sus responsabilidades, tendía la mano a los pueblos naturalmente mediterráneos y concluía Acuerdos incluso con aquellos Estados que, como la ex Yugoslavia, eran una creación artificial de Versalles. No se olvide que durante más de diez años la Italia fascista persiguió una política constructiva mediterránea, de la que fueron

elocuente demostración los Tratados concluidos con diversos países, desde la ex Yugoslavia hasta Grecia, España e incluso los países árabes. Pero esta política revisionista mediterránea no era más que una parte de la visión del Duce. Hijo de un pueblo que en su historia milenaria ha tenido siempre una función europea, y que, es más, ha creado la civilización de Occidente, Mussolini pensó siempre en función europea también. ¿Será preciso recordar el discurso de Trieste del 6 de febrero de 1921, tan lejano cronológicamente y, sin embargo, tan actual? ¿Será preciso recordar el gran discurso que el Duce pronunciara en Nápoles al cabo de diez años? El tema, la política del Fascismo, giran siempre alrededor del mismo punto: revisionismo, justicia para los pueblos, abolir las reparaciones, reducir los armamentos dentro de los límites de lo posible y una colaboración entre las gran-

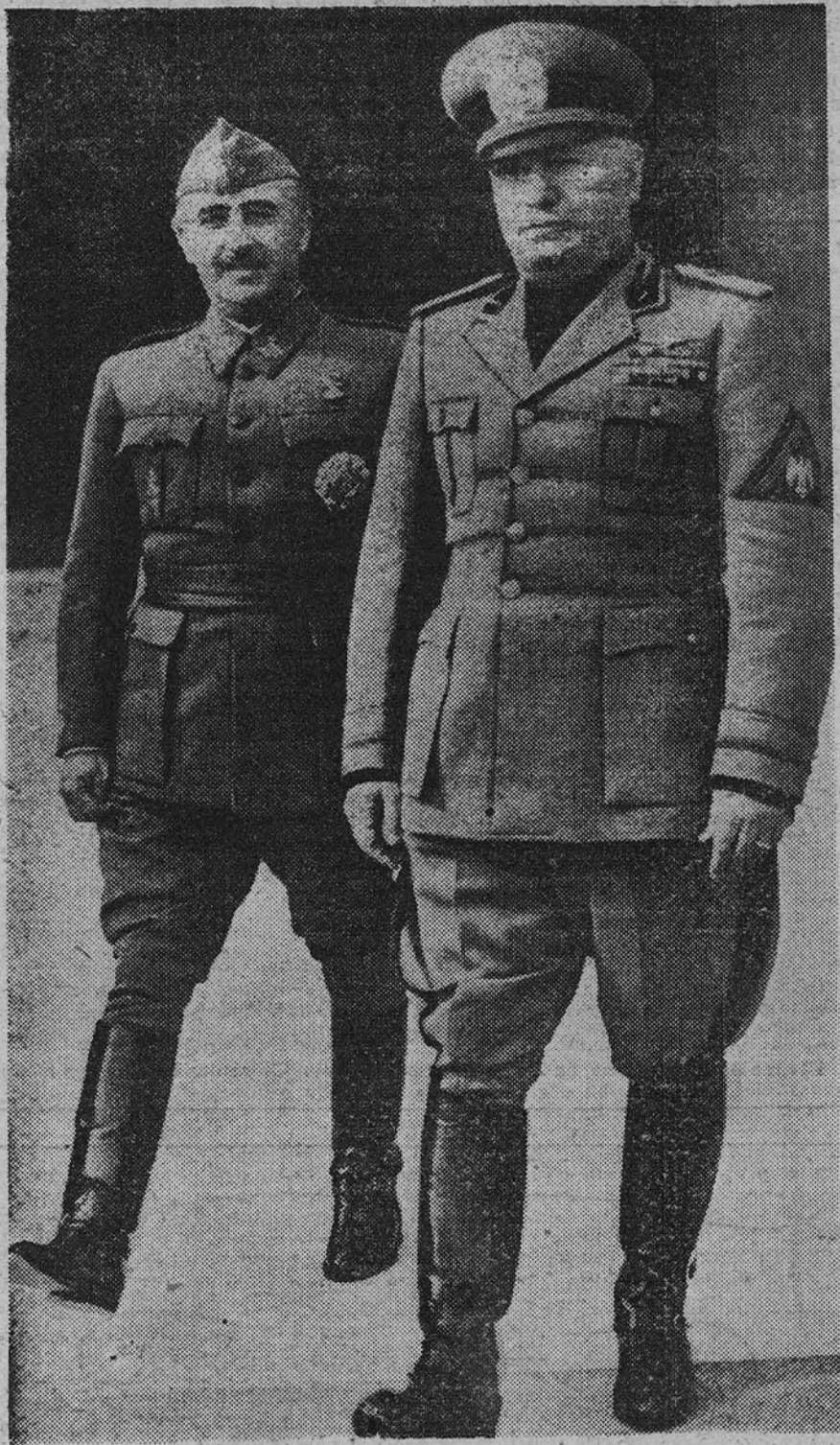
des potencias de la Europa occidental, colaboración que, por sí misma, hubiera sido una garantía para las demás potencias. Pero las reparaciones fueron abandonadas no por un gesto voluntario de Francia e Inglaterra, sino por la imposibilidad física de poder continuar pagándolas por parte de Alemania; todas las tentativas para reducir los armamentos fracasaron por la oposición de Francia e Inglaterra, a las que se unió también Moscú; el Pacto de Roma, aceptado por la Alemania nazi, quedó sin efecto por culpa de Francia y de Inglaterra. Estos son los hechos.

El conflicto italoetíope marca la línea divisoria de la Historia contemporánea europea. Hubiera podido ser, como indicó el Duce en el discurso de movilización del pueblo italiano el 2 de octubre de 1935, un hecho revisionista limitado al campo colonial, una vez evidente la mala fe de

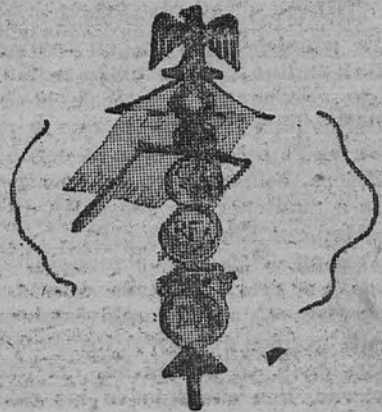
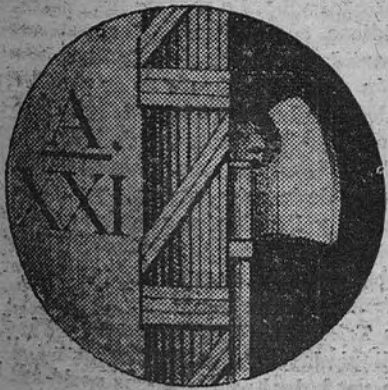
los gobernantes de Addis Abeba. En cambio, Inglaterra, para mantener el "statu quo", con una ceguera increíble al desarrollo natural de los pueblos, no dudó en hacer que pasara al campo de la política general, y Moscú se aprovechó de ello con su tentativa de bolchevisar el Mediterráneo; tentativa que evitaron las fuerzas sanas del pueblo español.

Desde aquel momento se delinearon ya claramente las fuerzas de los dos campos opuestos. El Fascismo y el Nazismo, dos expresiones nacionales de una misma Revolución, se aproximan cada vez más, pero la puerta de la colaboración está abierta para los demás pueblos que deseen colaborar con el Eje. Sólo después que Inglaterra y Francia refuerzan su viejo sistema de coalición, de "pistolas apuntadas" contra Alemania y contra Italia, mediante acuerdos de una pretendida seguridad y concesiones de garantías a Estados que ni siquiera las habían pedido, es cuando el pueblo italiano y el alemán concluirían el Pacto de Amistad y Alianza de mayo de 1939.

Lo demás es de sobra conocido. La noble tentativa del Duce—consecuencia natural y lógica de una política proclamada ya antes de asumir las responsabilidades del Gobierno y constantemente aplicadas hasta la referencia de Munich—, que realizado el 31 de agosto de 1939, para revisar las cláusulas del Tratado de Versalles, causa de las diferencias entre Berlín y Varsovia y de la inquietud de la vida europea, fracasó por culpa de Inglaterra. Después de estallar la guerra europea, el pueblo italiano, tras un breve período de no beligerancia, indispensable para reparar las pérdidas de material bélico sufridas durante la guerra de Etiopía, se alineaba junto con el pueblo alemán y los demás pueblos amigos. El Pacto Tripartito de septiembre de 1940 consagraba los principios revolucionarios de los pueblos jóvenes y los extendía hasta la gran Asia Oriental, y la posterior intervención de los Estados Unidos en la guerra revelaba ya claramente que la lucha entre lo viejo y lo nuevo no se refería únicamente a determinadas cuestiones territoriales, políticas o económicas, sino que abarcaba al tipo mismo de civilización en que vivía el mundo. ¡Cuánto camino recorrido desde la Marcha sobre Roma, premisa indispensable de la guerra actual y de los pueblos europeos que sienten el valor de la civilización de Occidente contra la Rusia bolchevique, y de la lucha contra las potencias anglosajonas, que ya no pueden hacerse ilusiones acerca de los últimos resultados del actual y gigantesco conflicto! "Nosotros no podemos vivir si no es de vida europea", escribía Mazzini en 1861. El Fascismo, que surgió movimiento típicamente italiano, y que también ha vivido y vive de vida europea, ha determinado el nuevo destino de una Europa que estará unida y que vivirá en la civilización del orden nuevo por los siglos de los siglos.



El día 12 de febrero de 1941, en Bordighera, se celebró la entrevista entre el Caudillo de España y Generalísimo de sus Ejércitos, Francisco Franco, y el Duce y Jefe del Gobierno fascista, Benito Mussolini. Los conductores de dos Movimientos políticos coincidentes en el servicio apasionado a las necesidades que el tiempo nuevo imponen; estrechan por vez primera sus manos ante la Europa en guerra. En momento tan delicado, los dos Jefes, en representación entera de sus pueblos, sellan la amistad nacida en coincidencias que van de la pura doctrina a la sangre generosa de sus muertos comunes, y comprueban, según refiere el comunicado oficial, la identidad de puntos de vista de los Gobiernos español e italiano sobre los problemas de carácter europeo y sobre aquellos que en el actual momento histórico interesan a los dos países.







O un deseo premeditado, sino una completa ignorancia de épocas anteriores nos impide, a la hora de describir esta Roma de 1942, establecer la menor comparación entre la ciudad que fué en tal o cual tiempo y esta otra que hoy se nos ofrece como capital de un país en guerra.

De ahí arranca la justificación del título de este trabajo. Pie literario de una postal, la breve prosa inicial que reclamaba el texto no podía azucararse con un adjetivo ni aumentar su pequeño volumen con el pegote de una metáfora. Tenía que ser también, forzosamente, desapasionada y fría. Por eso, como explicativo renglón de cualquier cartulina satinada, hemos escrito en la cabecera, sin reparo y sin sonrojo: «Roma, 1942».

Siento un miedo invencible por las «palabras síntesis». Modestamente creo que nada hay más fácil de implicar un rotundo desacierto y una marcada injusticia que la definición condensada en un recurso literario de índole efectista, pero sujeto a un volumen de error considerable. Es muy sencillo resumir en una palabra los vicios y las virtudes de tal o cual ciclo histórico, de ésta o de la otra ciudad, de aquél o del otro personaje. Es muy sencillo. Es sencillo mal. Por esta propensión de la Humanidad a las síntesis definitorias, han alcanzado categoría de axiomas verdaderos dislates rayanos en la columbia o en el insulto. Víctimas de estos bautizos sintéticos aparecen en la conciencia popular infinidad de ciudades, épocas y personajes de la Historia, depreciados hasta lo hondo o exaltados hasta la cumbre. De aquí proviene nuestro santo horror a caer en la ramba resbaladiza de las definiciones comprimidas, aunque imaginemos acertar. Por esta razón, conscientes del peligro que ello representa, no nos atrevemos a estampar, a modo de alambicado y definitorio resumen del perfil que presenta la urbe en este año de gracia, la síntesis que se nos viene a los puntos de la pluma. Es decir, «Roma, o la normalidad».

Hay, en efecto, no uno, sino muchos aspectos de la vida de Roma que denuncian el más perfecto equilibrio ciudadano. Esta partida puede concretarse en el simple perfil callejero que la ciudad ofrece. Por ejemplo, aunque sean pocos los artículos de uso y consumo que no están sujetos a «tessaramentos», los escaparates de las tiendas—nutridos muestrarios de toda clase de productos—dan la sensación de constituir el mejor reclamo comercial de una ciudad al margen de la guerra. Aunque no podáis comprar todo lo que se os ocurra, porque los ciento veinte puntos de la cartilla de racionamiento limitan vuestras exigencias y caprichos, la realidad es que en Roma, al igual que en el resto de Italia, se encuentra todo o casi todo de lo que un ser humano pueda apetecer. Es muy posible que más de un italiano necesite en estos momentos un par de zapatos y que no pueda satisfacer esta necesidad. Sin embargo, este hombre sabe a ciencia cierta—porque diariamente lo contempla desde la calle—en qué vitrina de zapatería se exhibe el modelo que inmediatamente compraría. Le sobran razones perentorias y dinero para adquirirlos; pero, en cambio, le faltan puntos de racionamiento. Sin embargo, ese par de zapatos, unido a los infinitos pares de zapatos que se pavonean entre cristales ante la curiosidad callejera, colaboran en no escasa medida a mantener esa sensación de normalidad que Roma hoy ofrece.

País privilegiado en el manejo de motivos estéticos, la moda femenina y masculina sigue dictando implacablemente normas nuevas. A los sombreros «Saratoga», de ala ancha, del pasado invierno, han sucedido en las cabezas de las mujeres unas capotitas román-

# ROMA 1942

Por LUIS DE LA BARGA

ticas a lo Mimi Pinson. Tonalidades desconocidas y nuevos dibujos descubren los últimos modelos de trajes, abrigos, bufandas y corbatas. Con telas «ministeriales» o sin telas «ministeriales», la gente sigue sumisa las consignas de la moda en maravilloso alarde de refinada normalidad ciudadana.

La guerra habrá disipado las inquietudes intelectuales de las minorías. Puede ser cierto. Pero la realidad es que diariamente, bien en la Farnesina o en los diferentes y numerosos Institutos culturales de Roma, eruditos y especialistas disertan ante un público abundante sobre temas de pura especulación artística, literaria o científica.

La pasta de papel será una materia prima difícil de importar en una coyuntura bélica. No lo negamos. Pero una simple ojeada a cualquier quiosco callejero nos descubrirá la normal y abundantísima publicación de diarios, revistas y folletos. La enésima narración de la desventurada niñez de Isa Miranda; la última pose, por ahora, de Clara Calamai, encuentran columnas de plomo y

sonrientes portadas en seis, siete y ocho revistas cinematográficas. La doctrina política, la controversia de guerra, la exaltación de las fuerzas combatientes tienen su eco tipográfico en un incalculable número de publicaciones de índole diversa. Faltará papel. No lo negamos; pero si entráis en una librería os sorprenderán ediciones recientísimas de tomos, con público limitado; por ejemplo, desde «El arte de la prestidigitación» o «Perros de caza», hasta «Filología comparada grecolatina».

Es muy posible que el sistema alimenticio de un país en guerra se vea reducido a un mero recuerdo. Puede ser. Ahora bien; a quien le gusten las pastas en sus diferentes modalidades culinarias italianas, las setas, el conejo y las verduras sabe a ciencia cierta que en Roma no se muere de hambre.

En fin, y si estos son los rasgos de índole afirmativa más característicos y que prestan una sensación de normalidad a la ciudad, presentemos ahora—cara y cruz de la misma moneda—aquellas otras facetas que claramente

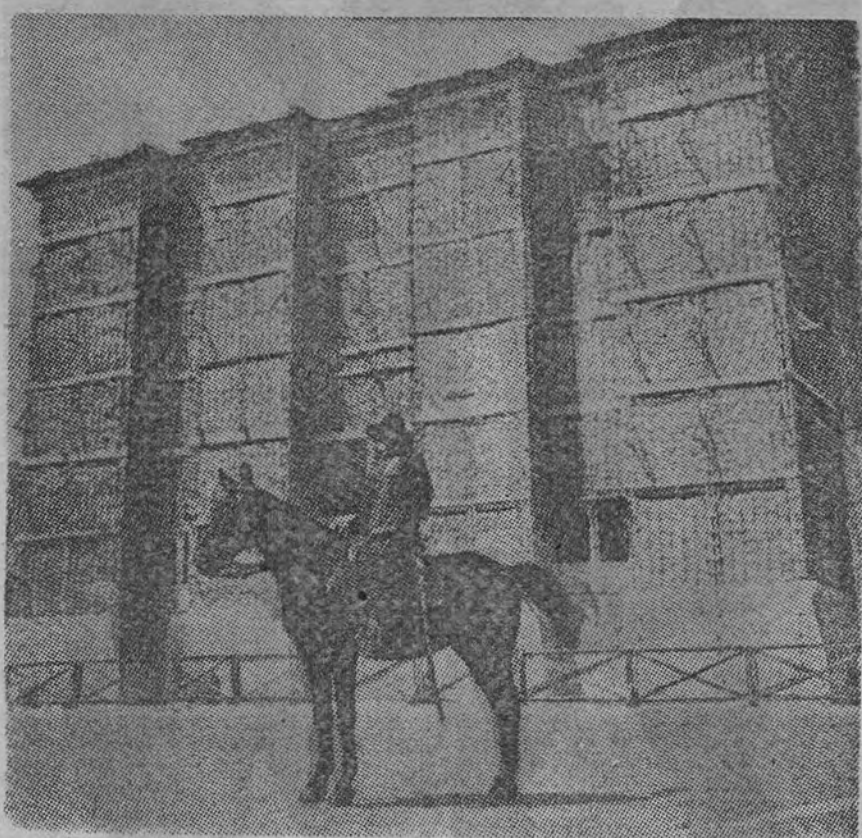
denuncian el lógico período anormal por que atraviesa Roma.

Por diferentes razones de guerra, alguna de las cuales está íntimamente ligada con la colina vaticana, la ciudad de los Césares y los Papas presenta una enorme superpoblación. Más de un millón y medio de personas tienen su residencia estable en la urbe. Esta densidad de población salta fácilmente a la vista al intentar, por ejemplo, encontrar un alojamiento, sea de la clase que fuere. Por reciente y personal experiencia sé la dificultad que entraña el salir airoso en empresa de este género, a pesar de la capacitación turística que tiene Roma. Todos los hoteles están llenos, y encontrar un piso amueblado es tanto como poner una pica en Flandes. Roma tiene, pues, un aire permanente de ciudad en feria, y esta superpoblación estable da, como es natural, una especialísima fisonomía a la vida callejera. Los uniformes—estos uniformes tan pulcros de la oficialidad italiana, del Ejército y de la Milicia del Partido—motean con abundantes notas de color gris-perla la masa multicolor de la muchedumbre no sujeta al servicio de las armas. Comparten el predominio del atuendo bélico—a través de un dril de color kaki—los soldados alemanes del «Afrika Korps», de paso por Roma, y aquellos otros que hacen patente y explícita la colaboración militar de los dos países del Eje.

Dadas las actuales circunstancias, y como medida previsora, gran parte de la riqueza artística de Roma permanece oculta en no sabemos qué recónditos refugios. Salvo los Museos vaticanos, todas las demás pinacotecas de la ciudad están cerradas desde el comienzo de la guerra. Revestidos por concienzudas defensas de mampostería y sacos terreros se esconden igualmente a la curiosidad pública bastantes monumentos célebres, como por ejemplo la columna de Marco Aurelio, en la plaza Colonna.

La falta de gasolina ha determinado simultáneamente el empleo de metano en los coches—instalación más bella que los gasógenos—y decidido incremento del deporte del pedal. Mientras no se demuestre lo contrario, todo romano sabe montar en bicicleta. Aunque la topografía de la ciudad no es la más adecuada para la tracción velocipedística, la realidad es que en bicicleta va el jefe de Negociado a su oficina, el oficial a su cuartel, el obrero a su fábrica. Roma es hoy una sucursal de Holanda. Este aspecto curiosísimo, que por sí solo merecería un artículo, tiene el especial relieve de ser único en su género, si no por el número de bicicletas que ruedan, si por la temeridad suicida de los romanos en el manejo del manillar. Con una nota sostenida en la garganta, un pie al aire y las manos en los bolillos, a velocidades que dejan ráfagas silbantes, el ochenta por ciento de los repartidores de las tiendas vuelan montados en furgones-triciclos, sorteando paquidémicos filobuses por calles y plazas de la Ciudad Eterna. Sostener el transeúnte una permanente atención para evitar el atropello es, sin duda alguna, la forma urbana del heroísmo más meritosa que hemos conocido.

Finalmente, Roma descubre su anomalía en la previsora oscuridad nocturna contra posibles ataques aéreos. Con las últimas luces del ocaso, la ciudad se sumerge en las tinieblas y Roma desaparece entonces en un mundo de azabache. La medida previsora—fastidiosa casi siempre—tiene su contrapartida en las noches de luna. Con razón decía Goethe: «No se puede tener idea, sin haberla visto, de la belleza que presenta Roma a la luz de la luna llena. Todos los detalles se pierden en la gran masa de luces y sombras, y sólo el conjunto y los objetos grandes se ofrecen a la vista.» La apreciación goethiana es absolutamente exacta. Un pasec por el Transtevere o un golpe de vista desde la Trinidad dei Monti, en esas horas privilegiadas, es algo impresionante. Pero la verdad, ¡hay tan pocas noches de luna llena al cabo del año!...



El arco de Constantino, en Roma, totalmente protegido contra los ataques aéreos



*El programa del mundo entero  
recibido con excepcional precisión*

CON LOS NUEVOS RECEPTORES

## Invieta Radio

DISTRIBUIDOR PARA ESPAÑA  
RADIO LUCARDA  
Rambla de Cataluña, 8 — Barcelona



# Sindicatos y Corporaciones, base del Estado fascista

Por GIORGIO SPOTTI



**N**ACIDO como movimiento popular, ya que del pueblo surgió su creador y jefe, Benito Mussolini, el Fascismo conquistado el Poder, desarrolló naturalmente una política social dirigida a la realización del verdadero bien del pueblo, de las masas trabajadoras que constituyen el núcleo vital, la más grande fuerza de Italia. Para realizar esta política social, política de realidades y no de palabras, el Fascismo tuvo su principal instrumento en el sindicalismo mussoliniano, cuya concepción, opuesta a la del sindicalismo marxista, persigue la colaboración de clase, justamente considerándola necesaria para conseguir, con la unidad del pueblo en lo social, el potenciamiento de todas las actividades nacionales en el superior interés de la producción y del Estado.

Considerado el trabajo, en todas sus formas, como un deber social ineludible, y la organización privada de la producción como una función de interés nacional, colocados el capital y el trabajo sobre un mismo plano en perfecta reciprocidad de deberes y de derechos obtuvo que estas dos fuerzas, lejos de enfrentarse en la estéril lucha de clase predicada por el marxismo, se acercasen cada día más estrechamente en leal colaboración, cumpliendo con igual empeño sus deberes y llevando a la reconstrucción económica y social del país con enorme beneficio de la colectividad, del bienestar general. Sobre las viejas concepciones sindicalistas del marxismo, por las que el obrero y el empresario tenían que ser dos enemigos irreconciliables, y el capital y el trabajo dos fuerzas adversas en sempiterna lucha; sobre esta funesta concepción por la que las aspiraciones sociales y económicas de los trabajadores sólo se tenían que conseguir por medio de la lucha de clase y con la supresión de una clase a favor del dominio absoluto de la otra, con las huelgas y las violencias, ha triunfado plenamente la concepción y la práctica fascista que, quitando al obrero el arma de la huelga sustituyéndola con leyes de trabajo y seguras garantías; quitando al capital el arma del cierre y mandándole actuar una continua y orgánica obra de asistencia al trabajador, ha logrado la magnífica unión existente en el pueblo italiano, la magnífica unitaria actuación del trabajo y del capital en el interés de los individuos, de la colectividad nacional y del Estado.

Italia posee en la actualidad, después de solos veinte años de régimen fascista, una organización social y económica verdaderamente formidables que le garantizan su solidez, su prosperidad y su potencia interior—conjunto de los factores sociales, económicos, industriales, agrícolas, militares—y le permiten proyectarla hacia el exterior en la actual gran contienda mundial, de la que surgirá el nuevo orden de los pueblos y una nueva Era de la Historia que tendrán sus firmísimas bases en los principios de justicia y de colaboración propugnados y actualizados por vez primera en Italia y en el mundo por el Fascismo. Juzgamos, por lo tanto, interesante, en este aniversario de la Marcha sobre Roma, trazar aquí unas notas—aunque sean breves, así como lo requiere el espacio a disposición—para dar una idea de la organización y del funcionamiento de las que son las bases del Estado fascista, de su orden social y económico; vale decir de los Sindicatos y las Corporaciones.

El Sindicato es una institución que reúne funciones políticas, económicas, profesionales, asistenciales, jurídicas y morales, cuidando por esto de una manera completa de la vida y de la actuación del trabajador bajo todos los aspectos: a esta institución pertenecen todos los trabajadores, empresarios, profesionales, artistas, formando, naturalmente, cada categoría de productores un organismo dis-

tinto. Los Sindicatos de cada categoría, enclavados en cada comuna constituyen en el ámbito de cada provincia una Unión Provincial de Sindicatos de su categoría y, en el país, se agrupan en el Sindicato Nacional o en la Federación Nacional. Las Federaciones están, a su vez, agrupadas en la Confederación Nacional, que viene a ser el órgano máximo y más completo de categoría.

A cada Sindicato de trabajadores corresponde un Sindicato de empresarios de la misma categoría, y estos Sindicatos de empresarios tienen la misma estructura central y periférica que los de los trabajadores hasta llegar al órgano máximo de la Confederación. Las asociaciones sindicales de los trabajadores y de los empresarios, si bien diferenciadas como organizaciones de categoría, persiguen un mismo fin y, por lo tanto, reúnen en sí mismas las condiciones más adecuadas para tratar de los intereses recíprocos y resolver las divergencias que nunca pueden faltar en las relaciones de trabajo; las funciones principales de los Sindicatos de trabajadores y empresarios consisten en reglamentar por medio de contratos colectivos, y de conformidad con las normas generales de la Carta del Lavoro, las condiciones del trabajo, y en conocer y discutir las divergencias o los conflictos individuales que puedan surgir en lo que se refiere a la aplicación de los contratos colectivos, cuya interpretación compete a las Federaciones o a los Sindicatos Nacionales y que, una vez estipulados regularmente y después de ser publicados en la "Gaceta Oficial del Estado", tienen fuerza de ley y obligan a todos los trabajadores y a todos los empresarios de la categoría a la que se refieren. Hablando de los contratos colectivos será oportuno añadir que siempre sus esquemas son sometidos al examen, totalmente libre, de los trabajadores interesados, los cuales, además, nombran

delegaciones que discuten con los representantes de los empresarios los términos de los mismos contratos; y, además de esto, hay que tener presente que los Sindicatos periféricos gozan de la más grande autonomía en su actuación y de manera particular en lo que se refiere a la defensa de los intereses de categoría: de esto se desprende fácilmente cómo los contratos colectivos sean el resultado de un libre examen de las necesidades del trabajo, de los intereses de los trabajadores y de los empresarios contemplados con los superiores de la producción general y del Estado, de manera que no se puede en absoluto hablar, como quieren hacer algunos, de contratos que imponen al trabajador la voluntad del empresario, ni es cierto, como dicen otros, que imponen a este último la voluntad del trabajador. Las dos voluntades colaboran, por lo contrario, a crear una situación en la que el trabajo se desarrolle en las mejores condiciones materiales y morales salvaguardando, como hemos dicho, los intereses del uno y el otro y, sobre todo, los intereses del país.

La aplicación y el respeto de los contratos colectivos son garantizados por el control rígido ejercitado por los Sindicatos.

Para dirimir las divergencias o los conflictos que pueden surgir en la aplicación de las normas de trabajo o en su interpretación entre trabajadores y empresarios y que no logren ser dirimidas por la intervención conciliadora de los Sindicatos y tampoco por la de los medios extremos de conciliación, cual lo son el partido fascista y el ministerio de Corporaciones, el Fascismo ha creado la original institución de la Magistratura del Trabajo, operante en todas las Cortes de Apelación y formada por altos magistrados y ciudadanos expertos en los problemas del trabajo, y el magistrado del trabajo—representado por el pretor o

el tribunal según la competencia—, asistidos por dos ciudadanos expertos. La Magistratura del Trabajo conoce de los conflictos colectivos y el magistrado del Trabajo de los individuales, siendo las decisiones de la una y la del otro obligatorias para las partes.

Así reglamentado y encuadrado el trabajo en el sistema sindical fascista y garantizado, real y eficazmente sus derechos, la Revolución fascista ha creado sucesivamente, con las Corporaciones, la base firme del nuevo Estado corporativo. Las Corporaciones, aun siendo antiquísimas y gloriosas tradiciones en la historia de Italia a cuyos comunes y repúblicas de la Edad Media dieron prosperidad y potencia, constituyen una original creación del Fascismo, quien les confió la función fundamental de dirigir la producción del país.

En el Estado corporativo la "empresa" deja de ser un asunto exclusivo del propietario para constituir un hecho de carácter y de interés público; y, por lo tanto, la organización corporativa viene a asegurar la constante coincidencia de la utilidad individual con la utilidad colectiva, a hacer que resulten igualmente interesados en la vida de la empresa todos aquellos que en ella colaboran y, en fin, a asegurar la posibilidad de una equitativa distribución del esfuerzo y de los beneficios de la producción en el interés general.

Las Corporaciones, órganos del Estado compuestos por los representantes del partido fascista, de las administraciones públicas y de todos los elementos que participan a la formación de las diferentes ramas de la producción (trabajadores, empresarios, técnicos, etc.)—por lo que trabajadores y empresarios participan en plano de absoluta igualdad en la vida de las Corporaciones—, abarcan todas las ramas de la actividad económica y están divididas por ciclos de producción, habiendo Corporaciones de ciclo productivo agrícola, industrial y comercial; Corporaciones de ciclo productivo industrial y comercial; Corporaciones de actividades que producen servicios (prevención y crédito, profesiones y artes, mar y aire, comunicaciones internas, espectáculo, hospedaje), todas las cuales tienen funciones económicas, normativas, conciliatorias y consultivas. Siendo, como son, órganos del Estado, las Corporaciones son autónomas en su funcionamiento y representan el autogobierno de las categorías productoras en el sentido de que éstas tienen la facultad de decidir acerca de los propios intereses, teniendo siempre en cuenta los intereses de la nación.

Preeminente entre las funciones de las Corporaciones es la función económica en cuanto, como todos trabajan en el Estado fascista con mira a un único fin, tienen que disciplinar de manera unitaria toda la producción y todas las relaciones económicas; por este motivo son las Corporaciones las que deciden de la oportunidad de implantar nuevas industrias, otorgando o negando los necesarios permisos, porque el surgir de nuevas instalaciones industriales muy a menudo puede representar una competencia ruinosa y una dispersión de energías, mientras que otras veces es necesario favorecerlas por diversas razones; son las Corporaciones las que, conociendo todo el ciclo de producción tienen que determinar los costes y los precios de los diferentes productos y manufacturas haciendo así que los costes, los precios, y, en consecuencia, los salarios dependan de una única autodisciplina y se aproximen a una ideal justicia distributiva. Además de la función económica, de vital importancia, las Corporaciones pueden dictar normas para disciplinar las relaciones del trabajo cuando lo soliciten las Asociaciones sindicales o fulten contratos colectivos; tratar de dirimir las divergencias que pueden ocasionarse entre las categorías representadas, antes de que las mismas recurran a la Magistratura del Trabajo,

(Continúa en la página 17.)

**Agotado y enfermo...**

...han de compensar el extraordinario desgaste de energías producido por su dolencia, con el aporte constante y suficiente de los elementos necesarios a su organismo debilitado.

Fósforo Ferrero, suma del fósforo y vitaminas contenidos en las semillas vegetales, es el más poderoso reconstituyente que proporciona mayor resistencia a las infecciones y recaídas.

Consulte a su médico.

**Fostoro Ferrero**

Reconstituye y alimenta



# LA REVOLUCION FASCISTA EN EL CAMPO

Por E. MORALES Y FRAILE

## ANTECEDENTES



CUANDO por vez primera, en 1924, llegamos a Italia, todavía el Fascismo estaba en su iniciación. Las luchas contra los enemigos del nuevo régimen, de vez en cuando, se manifestaban violentas, y con frecuencia presenciábamos los encuentros con los restos del socialismo, que se había enseñoreado de Italia después de la gran guerra.

Pero si el desorden o alboroto se manifestaba en las poblaciones, todavía en el campo no se había encastrado sindicalmente a los trabajadores y obreros varios. El Fascismo llevaba sólo dos años, y eran muchos más los años que el agro italiano estaba esperando su organización.

Al final de la guerra, en 1918, la agricultura se encontraba en grave estado de parálisis, y su situación, especialmente en el mediodía del país, era preocupante, ya que la reforma social, prometida desde hacía más de treinta años, no llegaba. Al lado de tierras con grandes rendimientos existían los latifundios; en zonas extensas dominaba el paludismo; faltaban las viviendas sanas; no había un indicio de vida fecunda.

En las zonas septentrionales, donde el cultivo agrícola ya había alcanzado un gran desarrollo después de la guerra, las sucesivas huelgas y actos de sabotaje deliberado ocasionaron un retroceso debido a la acción inconsciente de las masas desbarriadas por la propaganda demagógica subversiva.

Aumentaban las necesidades de consumo del país, y, sin embargo, el ritmo productivo no se recuperaba: había un interés deliberado de provocar un colapso productivo. Si bien antes de la guerra Italia necesitaba completar sus necesidades de trigo con importaciones, éstas crecieron de modo alarmante. La ganadería, reducida considerablemente por las requisas, resultó insuficiente para la población italiana. Además, para ciertas exportaciones que se habían perdido durante la guerra, la producción era insuficiente. El déficit de la balanza comercial era totalmente ruinoso.

Por otro lado, el movimiento migratorio hacia América se había roto, y no volvería a restablecerse, por deseo de Italia.

Las voces de los agricultores italianos no eran traducidas en medidas que resolviesen sus problemas. Los Gobiernos se sucedían, y, de otro lado, la falta de organización en los labradores, sin medios económicos suficientes, los colocaban a merced de los partidos políticos en lucha; así que con facilidad cayeron en brazos de la utopía, fantasía y confusión a que les lanzaron esos partidos, los mismos que los utilizaban para la rebelión y el atropello de las producciones agrícolas nacionales.

Los movimientos sindicales anteriores al Fascismo no tenían originalidad: obedecían a las consignas de los movimientos internacionales socialistas, en gran parte.

El estado de inquietud y malestar del campo nos lo muestran, mejor que las frases, estas cifras: En 1919 hubo 209 huelgas en agricultura; en 1920, 189; en 1921, 89; en 1922 y 23, sólo una. Las huelgas de 1919 alcanzaron a más de dos millones y medio de individuos, perdiéndose unos 30,5 millones de jornadas de trabajo.

## LA SINDICACION EN EL CAMPO

El Fascismo comprendió y abordó, desde el primer ins-

tante, la enorme tarea de organizar y sindicalizar el agro. Era preciso puntualizar los fines, ya que el labrador había sido engañado y lisonjeado muchas veces por la antigua política. El campo vive de realidades en todas partes. Fué necesario crear una vasta red de Sindicatos por todo el país, a base de una intensa propaganda que difundiese las ideas, lo cual exigió muchos años de paciente trabajo.

Desde la Marcha sobre Roma, en 1922, hasta que se promulgó la ley del 3 de abril de 1926—ley sindical por antonomasia—habían transcurrido cuatro largos y laboriosos años de formación y creación del movimiento sindical básico. Luego la idea sindical se incorpora definitivamente al Estado en 1926, aunque ella nació con el Fascismo.

Esta nueva experiencia, original, y aun más nueva para los obreros rurales italianos, hubo que hacérsela conocer a éstos mediante una reiterada instrucción de la vida sindical.

Y esta dura prueba sindical no se superó hasta el año 1934, al cabo de doce años de régimen fascista; sin ella el edificio corporativo no hubiera tenido una base firme. Sin sindicalismo, el corporativismo hubiera sido una vana quimera.

## ORGANOS DEL SINDICALISMO AGRICOLA ITALIANO

La ley Sindical italiana organiza sindical y corporativamente a los patronos (Confederación Fascista de Agricultores), los trabajadores (en su Confederación) y a los técnicos del campo (en su Sindicato Nacional). La organización va del centro a la periferia y de ésta a la central: el «hombre de confianza» («fiduciario») es el último y primer engranaje de la máquina, quien transmite a la central los latidos del agro.

Los patronos y obreros se colocan por vez primera frente a frente para discutir con serenidad y conscientemente, subordinando sus propios intereses al de la nación. Desde que se estipularon los primeros pactos agrícolas la organización sindical se fué perfeccionando y se adaptó a las eventualidades que la experiencia presentaba. Sin choques, sin conflictos, sin actos de sabotaje, se estableció un sistema de relaciones mutuas con colaboración leal y sincera.

Al cabo de unos años de práctica fascista aparecen organizados casi 1,5 millones de patronos rurales, más de 4,5 millones de obreros y unos 7.000 técnicos del campo. Cifras bien expresivas de lo que supone el movimiento sindical.

## VENTAJAS DE LA SINDICACION RURAL

Los patronos, si bien tienen un particular interés en la defensa económica de la producción, sin embargo, están obligados, y participan, en todos los actos de auxilio social y protección de los intereses individuales de los trabajadores del campo.

En la confederación que une a los trabajadores del campo interesan, predominantemente, las cuestiones económicas, técnicas y jurídicas, y, en especial, las de previsión y auxilio social para tales categorías. Esto, a la vez que afirma en ellos su responsabilidad de deber hacia la nación, como colaboradores inmediatos en la mejora de la producción rural. Una enorme divulgación e instrucción rurales han servido para conseguir lanzar la semilla del Fascismo y su doctrina sindical-corporativa en el campo. Y al lado de la doctrina, las ventajas positivas.

## LA CASA RURAL

Bajo el lema: «Todos los rurales italianos deben tener una casa amplia y sana» (MUSOLINI), se emprendió una obra de colaboración para resolver este arduo y urgente problema. Se estableció un plan económico; numerosos Bancos y entidades particulares contribuyeron, y en pocos años miles y miles de casas fueron construidas, transformadas o derruidas, según un plan preconcebido y único para todo el país. Y el Fascismo sigue inexorablemente inaugurando casas para obreros rurales en la metrópoli y las provincias coloniales.

## LA PROTECCION A LOS CULTIVADORES ARROZEROS

El obrero del arroz, que trabaja en condiciones especialísimas, donde su salud fácilmente se perturba, y dado que domina la mujer, laborando con los pies en agua, ha sido objeto de atención especial por el Fascismo. Trenes especiales para las escardadoras, lugares donde guarecerse y protegerse en los obligados descansos, comedores higiénicos y comida sana; recogida de los hijos durante el tiempo que las madres trabajan; protección a este trabajo; en fin, todo lo que moral y materialmente era posible se ha aplicado en Italia.

Atenciones semejantes, gracias a la organización sindical de los trabajadores, han recibido los obreros de la recolección de la aceituna, segadores varios, etcétera.

## INSTRUCCION DEL CAMPESINO

La Carta del Trabajo, documento que regula las relaciones entre obrero y patrono, obliga también a instruir al campesino, co-

mo deber primordial de las Asociaciones profesionales.

Sin una buena instrucción del campesino, las grandiosas sumas invertidas en bonificar la tierra italiana hubieran sido gasto inútil. Para conseguir, como el Duce dijo en Bolonia en 1931, «que todos los trabajos se integren adecuadamente», con comunión «entre espíritu y materia, entre cerebro y brazo», era necesario elevar el nivel intelectual del más bajo y no descuidar tampoco la formación profesional del patrono; así pudo realizarse esa comunión, esa solidaridad de la raza.

Los 911 cursillos a campesinos del año 1934-35 pasaron a ser 2.025 en el siguiente, y en 1938-39 fueron 4.112 cursillos, organizados por la Confederación de los trabajadores del campo, a los que se agregaron otros 3.086, organizados por los inspectores provinciales de Agricultura (algo como los Servicios Agronómicos provinciales españoles). Con una vulgarización agraria tan grande, los resultados no dejan lugar a dudas. El cine, la radio y la Prensa rurales han sido, y siguen siendo, los auxiliares preciosos utilizados, sin regateo, para hacer llegar al campesino las ideas políticas, sociales y técnicas de cada momento.

## LA PREVISION Y ASISTENCIA SOCIAL EN EL CAMPO

El origen proletario y exquisitismo rural de Mussolini, que con tanto orgullo lo ha repetido en diversas veces y que en algún congreso internacional se le escuchamos de sus labios, se ha reflejado en su amor hacia esas clases, hoy categorías, tan olvidadas y menospreciadas en otros tiempos. Era el obrero del campo el último en recibir las ventajas del progreso social, porque antes no contaba con una organización que le protegiera. La Confederación montó, gracias al dinamismo de su presidente, el profesor Angelini, que hace pocos días estuvo en España, un perfecto servicio de previsión y asistencia social. De este modo se protegen los accidentes en agricultura, se trata a los lesionados en las mejores clínicas, reciben su subsidio y después vuelven al trabajo en debidas condiciones. El seguro de accidentes ha exigido montar una Federación nacional de cajas mutuas extendiendo sus beneficios también a los seguros de invalidez, vejez y tuberculosis. Las cuotas que a partir del año 1932, por los tres últimos seguros, deberán percibir los beneficiarios superarán los 125 millones de liras.

El seguro de maternidad se extendió a la mujer rural alcanzando sus beneficios anualmente a unas 140.000 caseras.

El seguro de paro es motivo de estudio para resolverlo también en agricultura, como en la industria y comercio.

Se creó la Federación de Cajas Mutuas de Enfermedad, en colaboración las dos Confederaciones de patronos y trabajadores del campo, con el fin de resolver, conjuntamente, tan arduo problema.

Lo más interesante en el auxilio o asistencia social es la rapidez en atender al necesitado, para ir al encuentro del que requiere ayuda. La ley de accidentes obliga a prestar con celeridad los medios que el obrero necesita para su cura y tratamiento.

Hemos visto en Italia las «Casas del Campesino», donde existen, a más de las oficinas técnicas provinciales o locales, todos los servicios asistenciales y sanitarios; así el campesino recibe las curas de urgencia y tratamientos médicos necesarios y cuando requiere intervenciones especiales, curas prolongadas o estancias en clínicas de altura determinada, entonces

(Continúa en la página 23.)



El Duce engavilla los primeros haces del trigo procedente de los terrenos de Littoria, recuperados por el genio colonizador del Fascismo



# Comparación entre dos guerras

Por GIOVANNI ANSALDO



En los años de paz Italia había proyectado celebrar esta fecha del XX aniversario de la Marcha sobre Roma con una gran manifestación de civilización triunfante. La «Exposición de 1942» que ideara el Duce hubiera debido ser el lugar designado para un gran encuentro de los pueblos, e Italia la hubiera mostrado a los extranjeros visitantes como síntesis de las grandes obras realizadas durante estos veinte años. Allí se hubiera mostrado en todo su esplendor la majestad de la nueva Roma de Mussolini; pero el destino lo ha querido de otro modo y hoy la Italia fascista celebra y recuerda el vigésimo aniversario

de la Marcha sobre Roma en plena guerra.

Hemos de dar, por lo tanto, a nosotros mismos y al mundo entero una prueba mucho más importante y decisiva que la que estaba proyectada. Nada de «Exposición 1942». La Exposición en que ahora estamos empeñados—la guerra—es de un alcance muy distinto. «Las guerras—se ha dicho—son los exámenes que sufren los pueblos.» Con esta frase se quería expresar el concepto de que las guerras revelan siempre si un pueblo, en tiempo de paz, ha trabajado en serio o no y se ha preparado o no en serio. Ahora bien; esta guerra que sostiene Italia es precisamente una prueba que resume el trabajo y la preparación realizados por el Régimen Fascista durante sus veinte años de vida.

Pues bien; este examen demuestra ya que el Régimen ha llevado a cabo una obra formidable y que estos veinte años se cierran con un activo importantísimo.

Para convencerse de ello no vemos medio mejor que hacer una rápida comparación entre el modo con que Italia sostuvo la guerra de 1915-18 y el modo en que ahora lleva victoriosamente adelante ésta. Es una comparación muy instructiva, que acaba con muchos lugares comunes y que puede enorgullecernos justamente.

Empecemos la comparación desde el punto de vista material.

La guerra sostenida por Italia en 1915-18 fué una guerra de enorme desgaste de vidas humanas, pero mucho menos grave que el actual como esfuerzo económico y productivo. En otras palabras: fué una guerra que exigía menor cantidad de bienes de consumo y menor calidad de productos con que alimentar la hoguera de las exigencias bélicas.

Y, sin embargo, Italia, que había sabido de cincuenta años de régimen parlamentario, la llevó adelante con grandísimas dificultades, tales que más de una vez hicieron temer una quiebra colosal. Mientras tanto aquella Italia de 1915-18 empeñada en la guerra, y que tenía cerca de diez millones de habitantes menos que ahora, no conseguía producir el elemento base de la propia existencia, o sea el trigo necesario para la población. Además, no daba abasto ni con mucho a la producción de material bélico y de la dotación necesaria para sus ejércitos; no conseguía construir en sus propios astilleros y en sus propias fábricas la cantidad de buques y cañones suficientes para poder enfrentarse con el enemigo; hubo de combatir siempre bajo la amenaza del fantasma de una crisis de sus aprovisionamientos y de sus suministros de guerra. El gran «número» de la Italia de 1915-18, el recurso supremo de sus hombres de gobierno, era el de recurrir a la ayuda económica aliada. Italia pedía a crédito a sus aliados, ante todo, el tri

pero cada panecillo que comían, cada cañonazo que disparaban, aumentaba la ya enorme mole de la deuda italiana hacia la nación.

Por el contrario, en la guerra actual Italia logra proveer por sí misma a las necesidades de sus propios ejércitos y de su población civil. Hay racionamiento, y severo; hay escasez de ciertas materias primas que obliga a los productores a muchas restricciones y a un esfuerzo más intenso de la mano de obra; pero hay un hecho cierto, y es que cada panecillo que se come en Italia y cada proyectil que dispara nuestra artillería, o es el resultado directo de los recursos y del trabajo italianos, o es resultado de un cambio con las naciones aliadas, a las que nosotros, contra ciertas materias primas, hemos dado otras necesarias a aquéllas. En otros términos: Italia sostiene su propia guerra sin incurrir en lo más mínimo en aquella ruinosa forma de deudas al extranjero, que fué la plaga y hasta la vergüenza, por decirlo así, de la guerra de 1915-18. Por primera vez en la Historia moderna, Italia se basta a sí misma incluso en el campo económico y de producción; y si necesita de la colaboración de otros es en la misma, en idéntica medida en que los otros necesitan de ella.

Esto por lo que se refiere al aspecto económico del conflicto; pero la superioridad de la preparación de la Italia de hoy en comparación con la de 1915-18 es incuestionable también desde el punto de vista moral.

Entonces, en la guerra de 1914-18, había, sí, una minoría heroica que arrastraba a todos los demás con la fuerza de su propia voluntad y con el ejemplo de su propio sacrificio. Pero es inútil disimular que la gran masa de la población era mucho más sorda que ahora a las necesidades de la Patria mucho más intolerable a toda disciplina, y estaba mucho más lejos de toda participación en el riesgo mortal del combate. Para comprender esta diferencia basta haber asistido a una salida de «complemanti» para el frente en la guerra an-



Los terrenos de Sabaudia antes de su colonización

## Sindicatos y Corporaciones...

(Viene de la página 15.)

reduciendo al mínimo las divergencias que se resuelvan judicialmente, por medio de un Colegio especial de conciliación compuesto por los representantes de las partes interesadas y presidido por un elemento ajeno a éstas y experto; expresar sus pareceres en problemas que interesen a uno de los ciclos de producción de los que dijimos, por medio de comités corporativos o intercorporativos, según el problema interese a un ciclo de producción o a dos o más ciclos al mismo tiempo.

La estructura central y periférica de las Corporaciones está constituida por órganos que representan las instituciones fundamentales del Régimen y son: el Ministerio de Corporaciones, que constituye la zona de acción del Gobierno en el campo corporativo; la Cámara de los Fascios y de las Corporaciones, en la que están los representantes de todas las actividades nacionales; el Comité Corporativo Central, superior órgano central, coordinador y directivo de las Corporaciones, formado por los vicepresidentes de cada una de las Corporaciones y por los representantes del partido fascista en las personas; del secretario de los vicesecretarios y del secretario administrativo; por los ministros del Interior, de Agricultura y Bosques, de Comunicaciones, de Corporaciones y por el comisario de las fabricaciones de guerra; los Consejos provinciales de Corporaciones, por medio de los que la actividad corporativa se descentraliza, llamando a participar en ella a los órganos locales y penetrando en todo el territorio nacional: tales Consejos están presididos por el prefecto de la provincia y constan de diversas secciones, a cuyo frente se hallan los dirigentes de las Uniones provinciales de los empresarios y de los trabajadores que constituyen el anillo de conjunción entre la actividad del Consejo y la actividad sindical al mismo tiempo que garantizan la colaboración entre las asociaciones profesionales.

Como órganos periféricos de las Corporaciones los Consejos instituyen Comisiones corporativas e intercorporativas locales para el estudio de los diversos problemas que se refieren a la producción, y, además, tienen las funciones de

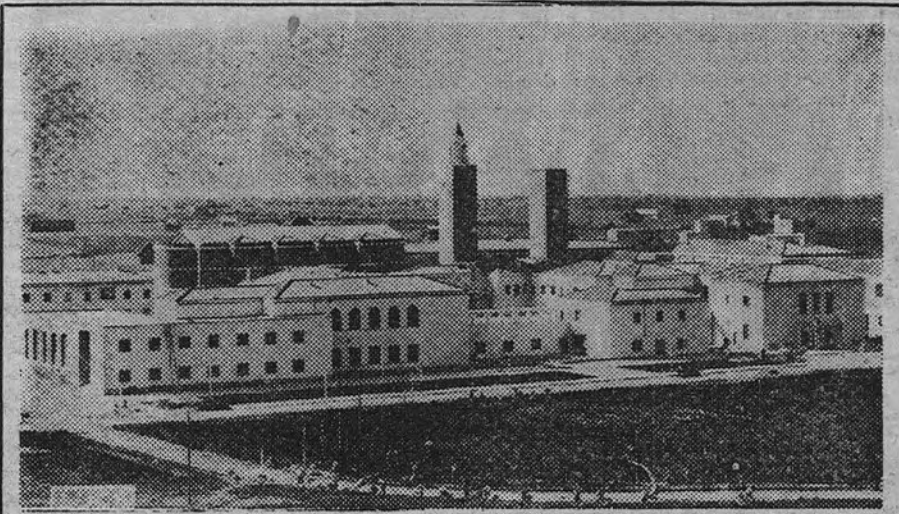
verificar y determinar los precios y controlarlos en el ámbito de la provincia, colaborar con los Sindicatos en la estipulación de contratos colectivos que tengan eficacia en el ámbito de la provincia, pronunciarse en las divergencias eventuales, etc.

Como se desprende de cuanto hemos venido diciendo, la revolución fascista ha transformado radicalmente en lo social y en lo económico la vida del país y ha logrado constituir la sobre firmísimas bases de orden y de justicia absolutamente desconocidas en los regímenes liberales y democráticos; la organización sindical corporativa mientras garantiza la unión de todas las fuerzas productivas de la nación y la reglamentación de toda la producción nacional en el supremo interés del Estado ha realizado en favor de los trabajadores conquistas sociales y económicas que ningún régimen democrático, liberal y comunista realizó jamás, y ha puesto al trabajador italiano al primer grado de la escala social, restituyendo al trabajo su sagrada dignidad y su sagrada misión.

Garantizado en sus derechos, asistido material y moralmente en todas las manifestaciones de su vida de hombre y ciudadano, el trabajador italiano—sea obrero, campesino, profesional o artista—constituye en la actualidad una fuerza de primer orden al servicio de la prosperidad y la potencia del país, mientras constituía en el pasado, bajo el yugo de las organizaciones marxistas y el menosprecio de los desentendidos gobiernos, una fuerza de disolución y de desorden social y económico que debilitaba al país frente a sí mismo y frente al extranjero. Abolida la lucha de clases, inútil y funesta; realizada la colaboración entre el capital y el trabajo; dirigida la producción al único y supremo fin del bienestar general y del Estado, el Fascismo ha cumplido algo tan grande que por sí solo bastaría para consignarlo en la Historia.

Recordar esto, recordar esta obra de redención nacional y de humana justicia realizada por el Fascismo es también una manera—acaso la mejor—de conmemorar el XX aniversario de la Marcha sobre Roma que, si ha salvado a Italia, también ha despertado en el mundo la luz de una esperanza nueva de justicia.

Giorgio SPOTTI



Tierras de la Aprilia rescatadas por el Fascismo en su lucha por la autarquía agrícola

go para comer, y después, todo lo de más; es decir, el carbón para hacer funcionar sus industrias y las sustancias químicas para preparar las municiones, las piezas de artillería necesarias para afrontar las ofensivas enemigas anunciadas e incluso las grandes redes metálicas para impedir la entrada de los submarinos en sus puertos. Y los aliados, naturalmente, le daban lo que necesitaba, pero haciéndose rogar y en las peores condiciones que podían; de esta suerte, la guerra que se iniciara para liberar al país de la amenaza militar del Imperio de los Habsburgos acababa siendo un instrumento de servidumbre económica de los países anglosajones. Nuestros soldados luchaban como valientes en el Carso o en el Piave;

terior, con todas aquellas mujeres que se agolpaban llorando al paso de los soldados, y compararla con una salida análoga de hoy hacia Rusia o hacia Libia, confrontando ambas escenas en la memoria. Y quien recuerda todo el malhumor, toda la impaciencia y todas las desdichas provocadas por el racionamiento de algunos géneros alimenticios en 1917-18 y lo compara con la disciplina ejemplar de que hoy dan pruebas, en la casi absoluta totalidad, todas las clases de la población italiana, sometida hoy a un racionamiento mucho más estricto, llega a la conclusión de que la guerra actual la sostiene la gran masa del pueblo italiano con un espíritu mucho más animoso y mucho más fuerte que en 1915-18.





## Banca Nazionale del Lavoro

Instituto de Crédito de Derecho Público

Capital: Liras 500.000.000

Casa central: ROMA

150 Sucursales en Italia - Sucursales en el Imperio, en Albania y en las Islas Jónicas

Toda Clase de Operaciones y Servicios Bancarios  
Crédito agrario - Crédito de pesca

Secciones Autónomas

Crédito inmobiliario

Crédito cinematográfico

Crédito hotelero y turístico

Casas en España

Sucursal en MADRID: Dotación Pesetas 50.000.000

Calle de Alcalá, 62 - Teléfonos 24650, 24658 y 24653

Oficinas de Representación en:

BARCELONA, Plaza de Cataluña, 21 - Teléfono 14427

MÁLAGA, calle de Córdoba, 3 - Teléfono 2327

particularmente a disposición para el desarrollo de toda clase de operaciones a fin de facilitar el comercio Hispano-Italiano

Otras Oficinas en el Extranjero:

Berlín, Buenos Aires, Lausanne, Lisboa, Zagreb

## I. N. A.

ISTITUTO NAZIONALE DELLE ASSICURAZIONI  
SEGUROS SOBRE LA VIDA

El seguro de vida es la forma más elevada y completa de la previsión y el ahorro

Asegurarse significa garantizar contra cualquier acontecimiento su propio porvenir y el de su familia

## I. N. A.

ISTITUTO NAZIONALE DELLE ASSICURAZIONI  
SEGUROS SOBRE LA VIDA

LE ASSICURAZIONI D'ITALIA  
SEGUROS DE TODOS LOS RAMOS

DIRECCION GENERAL

MADRID: Av. de José Antonio, núm. 26

SUBDIRECCION

BARCELONA: Paseo de Gracia, núm. 18

DELEGACIONES Y AGENCIAS  
en todos los principales centros

## Sociedad Nacional Industrias Aplicaciones Celulosa Española (Sniace)



La íntima colaboración industrial de Italia y España, iniciada tan brillantemente con la constitución de la SOCIEDAD NACIONAL INDUSTRIAS APLICACIONES CELULOSA ESPAÑOLA, S. A., se pone cada día más de manifiesto al ritmo de la magna obra que SNIACE realiza en Torrelavega.

En estos momentos recibimos una nueva prueba de esta interesantísima colaboración con la visita a nuestro país del Excmo. Sr. D. Franco Marinotti, Presidente del Consejo de Administración y Director General de la SNIA-VISCOSA de Milán, a quien nuestro Gobierno ha galardonado con la Gran Cruz de Isabel la Católica.

El Sr. Marinotti, cerebro y guía de la entidad colaboradora de SNIACE y Consejero Nacional de Italia, está pasando varios días entre nosotros, y después de ser recibido en audiencia por nuestro Caudillo, de quien ha escuchado frases muy halagüeñas respecto a esta indus-

tria, visitó las obras de Torrelavega, mostrando especial complacencia por la marcha de aquellos trabajos, en los que se patentiza el gran esfuerzo realizado, venciendo todos los obstáculos que las circunstancias actuales presentan.

Corroborado por el Excmo. Sr. Marinotti el apoyo necesario por parte de la SNIA-VISCOSA, de la industria y de los Poderes públicos del país hermano, y contando también con la ayuda eficaz de nuestro Gobierno para resolver las dificultades materiales de la situación, cabe sentar que las fábricas de SNIACE, en Torrelavega, estarán en marcha antes de un año.

Como españoles hacemos presente nuestra íntima satisfacción por la feliz realización del programa de la SNIACE, y dirigimos un cordial saludo a nuestro ilustre huésped, al que deseamos sea muy grata su estancia en España.

Madrid, 28 de octubre de 1942.





# La literatura italiana en el clima FASCISTA

Por ETTORE DE ZUANI



AY quien se extraña que la literatura italiana sea tan viva y activa aun en estos duros tiempos de guerra. Efectivamente, desde el principio del conflicto mundial, en el cual Italia toma tanta parte y en tantos frentes, no sólo la producción literaria no ha disminuido, sino que ha tenido nuevos desarrollos; en todos se nota un interés y una curiosidad que tal vez antes no había, una mayor comprensión entre autores y lectores. Se han publicado tantos libros en estos últimos tres años, novelas, cuentos, poesías, libros de viajes, nuevas ediciones de clásicos, comentarios sobre nuestro tiempo y nuestros problemas, que también los que no tienen la costumbre de seguir los movimientos literarios no pueden ignorar cuál es el clima nuevo en que viven los escritores y los artistas de la generación fascista.

Ninguna maravilla, de todos modos, si pensamos que ya son más de veinte años que los italianos se han venido acostumbrando a una vida difícil y heroica; la guerra no ha llegado como una sorpresa; los espíritus estaban maduros y preparados a todos los riesgos y a todas las aventuras, y la revolución fascista, que uno de nuestros jóvenes escritores, Marcello Galliani, ha definido «un golpe de arte irremediable», ha sido verdaderamente el principio de un nuevo humanismo; no tan sólo como culto de la romanidad, sino también como vuelta al buen gusto, al orden y a la armonía, que son los elementos esenciales del clasicismo de todas las épocas y de todos los países.

Nuestros adversarios, que hablaban a menudo de «fueros del espíritu bárbaramente anulados», creían que nosotros estábamos empeñados sólo en «hacer política», y han llegado, al fin, a persuadirse de que pocas veces ha habido en Italia un clima tan propicio a las libres expresiones del espíritu y del pensamiento.

En pocos años nos hemos purificado de muchos vicios y de muchas miserias; hemos devuelto dignidad y nobleza también a los aspectos exteriores de nuestra cultura. Para decir sólo de los libros, bastaría confrontar una edición de hoy con una edición de hace unos veinte años; entre las dos épocas hay verdaderamente un abismo. Y no se trata sólo de modo o de estilo; es propio todo de una mentalidad que ha cambiado profundamente. Antes el libro, o tenía que servir al erudito, y entonces era material de estudio, tesoro para bibliotecas, o tenía que servir de entretenimiento y deleite para una burguesía perezosa, que leía para pasar el rato, y entonces se presentaba con todos los ornamentos, los rasgos y los colores de las «buenas cosas de mal gusto» de que nos hablaba el malogrado poeta Guido Gozzano. Las ediciones populares, en cambio, eran verdaderamente feas; todo gris, páginas con caracteres tan diminutos que casi no se podían leer; es verdad que cuantos los intelectuales se proponían ir hacia el pueblo lo trataban muy mal; en el estudio había siempre algo de pobreza, de tristeza, casi de rencor; leer, para el pueblo, quería siempre decir prepararse a la lucha de clase; todo papel impreso trasdaba odio, livor, pesimismo.

Con este mundo hemos ya definitivamente acabado; se ha hecho una gran limpieza, vida nueva en todo; otros criterios ahora guían también la literatura y el arte editorial; y el libro italiano lleva hasta, en el aspecto exterior los signos de la seriedad con que se trabaja en clima fascista, de los nobles propósitos que hoy mueven todas las actividades nacionales.

Dentro del espíritu de este renovamiento, Papini es seguramente el escritor al cual debemos más, sobre todo por la fe que siempre ha sabido infundirnos; aun cuando parecía un destructor, en los años en que escribía las palabras amargas y tempestuosas del «Hombre acabado» sentíamos que toda su inquietud era tormento y anhelo de vida, deseo de elevación, y que él buscaba luz no tan sólo para sí, sino para todos nosotros. Pocos escritores han tenido, como Papini, tanta fuerza de comunicación; y no tanto por su hábil dialéctica cuanto por el calor de vida que hay en todos sus libros, literatura, filosofía y poesía.

Fué el primero en nuestros tiempos en hablar del escritor como maestro, cuando

todavía los estetas refinados, falsos profetas de un mal entendido dannunzianismo, continuaban hablando del «arte por el arte». Después de la «Historia de Cristo», aclaradas las dudas, borrados los errores de la juventud, la suya es continua elevación y conquista: verdad y be-



Giovanni Papini

lleza; y todo lo que es noble y honesto ilumina de su verdadera luz, fuera de las zonas grises en que cierta estética enfermiza y decadente había creído poder desenterrarlo y mortificarlo degradándolo a la categoría de «moral burguesa». Moral burguesa también la religión y la patria, que para los calígrafos de la estética (pero sabemos que el esteta es siempre el que considera el arte más importante de la vida) se confundían con la retórica. Uno de los últimos libros de Papini, «Italia mía», contiene tal vez sus mejores páginas; él, que ha llegado a tanta altura, que ha sido siempre fieramente antirretórico, ha encontrado también para hablar de la patria el verdadero tono, lírico, apasionado, que no tiene nada de ampuloso ni de declamatorio.

Uno de los movimientos literarios más importantes creado por Papini en los últimos años que precedieron a la primera guerra europea fué el de la «Voce»: una revista de revolución y de batalla que despertó y renovó nuestra vida literaria más profundamente tal vez que el futurismo de Marinetti. De la generación de la «Voce» han salido algunos de nuestros mejores escritores: Giuseppe Prezzolini, Ardengo Soffici, Corrado Govoni, Emilio Cecchi, Aldo Palazzeschi, que aunque han llegado hoy a su plena madurez, conservan todo el espíritu vibrante de su juventud.

Ardengo Soffici, artista y hombre, pintor y poeta, crítico y novelista, que ha entrado en 1939 en la Real Academia, es una de las glorias más seguras del genio italiano de nuestro siglo. Representa además el caso interesante de un artista que desde la más audaz experiencia vanguardista y futurista pasó después al clasicismo más riguroso y disciplinado; así que

hoy podemos recordarle entre los escritores más ligados a la tradición. También es cierto que él participó en todas las manifestaciones intelectuales europeas por una instintiva curiosidad de hombre vivo e inteligente («Yo soy uno que quiere siempre abrir de par en par las ventanas, y como las ventanas, también los sentidos», escribió una vez en su «Diario de a bordo»); pero en el fondo su temperamento de artista puro y aldeano no cambió nunca y quedó siempre fiel a aquellas leyes de equilibrio y de armonía que son las normas fundamentales del arte. Se puede decir que él siguió la misma ruta de Papini; de sus «Quimismos líricos» a las clásicas estrofas de la «Elegía de Ambra» (que Mussolini juzgó «poesía de la buena, vieja, sana línea italiana»), de la novela «Lemmonio Boreo», de inspiración quijotesca, al libro de guerra «Koblek» y al «Diario de Arno Borghia», publicado en estos últimos tiempos.

Emilio Cecchi, que pertenece también a la Real Academia, sigue en cierto modo la tradición narrativa de Carducci; ni novelas ni cuentos, más bien ensayos, interpretaciones poéticas de la vida considerada siempre con deleite literario, a la manera de los humanistas de nuestro Renacimiento. Su prosa, y recordamos sobre todo las mejores páginas de los «Peces rojos», de «La posada del mal tiempo», de «América amarga» y de «Et in Arcadia ego», es siempre perfecta, modelo de estilo por su elegancia y por la riqueza y variedad del lenguaje. El hombre, el artista y el erudito están siempre juntos y de acuerdo; cada uno cuida que el otro no le tome la mano; y todo con mesura y buen gusto. Fué Pirandello quien le propuso en 1936 para el «Premio Mussolini», que es el mayor de la literatura italiana.

Aldo Palazzeschi, en cambio, que empezó poeta en los tiempos de la «Voce»



Massimo Bontempelli

(y no hay quien no recuerde los suspiros y los sollozos de la «Fontana malata»), es ahora todo un novelista; su fantasía lírica ha llegado a ser en la prosa narrativa su fuerza y su ganancia: un estilo inconfundible, con posibilidades de crear atmósferas

de una clara y viva intensidad, que ha encontrado su expresión más perfecta en la novela «Las hermanas Materassi», una de las más leídas en Italia en estos últimos años, traducida ya a casi todos los idiomas europeos: un mundo de farsa y de poesía, como lo ha sido siempre el mundo artístico de Palazzeschi, desde su primera experiencia futurista hasta la última manera de su exquisito romanticismo.

Otro movimiento que por ciertos aspectos recuerda la «Voce» es el «Novecento», de Massimo Bontempelli, en el cual se han formado muchos de los escritores de la generación de la postguerra: Corrado Alvaro y Curzio Malaparte, Orio Vergani y Alberto Moravia, Antonio Aniante y Marcello Galliani.

Massimo Bontempelli, cuyas obras se están traduciendo al español (ya hemos visto en los escaparates «El hijo de dos madres», y Antonio Zunzunegui ha publicado hace unos meses en «Escorial» un interesante ensayo sobre el espíritu y la genialidad del arte bontempelliano), representa el fenómeno más notable de nuestra literatura no solamente como escritor, sino también como animador. «Pertenecer a un determinado siglo—ha dicho Bontempelli—importa adhesiones y deberes de la misma naturaleza de aquellos creados por el hecho de pertenecer a un determinado país; mucho debemos al país, mucho al tiempo en que hemos nacido; traicionar al propio tiempo se me ocurre un poco como traicionar al propio país.»

Por esto el movimiento literario que él ha creado lleva el nombre de nuestro siglo; su preocupación es de dar al arte un contenido fantástico, pero de comprender al mismo tiempo los motivos de su inspiración en los aspectos vivos del mundo contemporáneo; aún la crónica puede llegar a ser poesía cuando se transporta a una atmósfera ideal donde realidad de sueño, convirtiéndose en mito puro, en pura fantasía, se transforman en verdad poética superior. Su último libro, «Vuelta del sol», que comprende el «Viaje de Europa», «La ruta de Colón y Las alas del Ipo-grifo», es una nueva revelación de cuanto sea profunda y sincera su imaginación metafísica, que mueve siempre al descubrimiento de un ultramundo fantástico también en los hechos cotidianos de la vida normal.

También de Corrado Alvaro, uno de los escritores más leídos y admirados en Italia y en Europa, se ha traducido recientemente una novela al español. «El hombre es fuerte»: la novela del infierno bolchevique, del miedo y del terror. Si en España se comienza a conocer a Corrado Alvaro, creo que no le faltarán lectores; hay otras novelas suyas, «Veinte años», «El hombre en el laberinto» y muchos libros de cuentos, y él representa hoy uno de los valores más firmes de nuestra literatura.

Este artículo no puede ser ni una reseña ni un muestrario completo; quiere ser más bien un breve ensayo de orientación; España e Italia, en la viva atmósfera de franca cordialidad que se ha creado entre las dos naciones, tienen ahora deseo e interés en conocerse, y espero, por lo tanto, que no me faltarán ocasiones de ilustrar aspectos y de presentar autores de nuestra literatura contemporánea. He hablado de movimientos y de tendencias; pero todos los programas, todas las escuelas y las polémicas tienen siempre un valor relativo; valen en todo caso como búsqueda del carácter y de la fisonomía de una época; y la nuestra, también desde el punto de vista artístico y literario, es singularmente rica de fermentos, de energías y de voluntades creadoras. La guerra no puede interrumpir la vida espiritual de una nación; se puede decir, por el contrario, que en los tiempos de duras batallas es cuando los espíritus se robustecen.

«La revolución y la guerra pueden ser tragedias y pueden ser epopeyas—ha dicho Giuseppe Bottai, nuestro ministro de Educación Nacional—, pero no son y no serán nunca una invitación al optimismo. Como epopeya o como tragedia, la una y la otra juntas, podrán reflejar los artistas de hoy en sus obras de mañana; si vida meditativa y austera, nos asegura; su empeño a crear palabras humanas, ricas de sentimiento y de pathos, nos confirma sus propósitos. La repulsa de toda retórica es ya un empeño sobre los hechos, un acto moral, una alta afirmación humana.»

## LA FORMACION DE ITALIA

(Viene de la página 4.)

pero eran, cuando menos, sus formas en un gran centro italiano», escribirá el historiador Balbo, uno de los cuatro evangelistas de la nueva Italia, al decir de Papini (con Alfieri, Mazzini y Gioberti). Y tras la ilusión de una Italia unida, nacen las sociedades de carbonarios y flamea por la península el grito de «Patria y Libertad» en alas del mismo romanticismo político que hace a lord Byron morir en Misolunghi por la libertad griega. 1820 es la revolución. Los años siguientes, Mazzini, con «La Joven Italia». 1848, la guerra contra Austria. 1849, la República romana; pero también Novara, y los franceses en Roma, y Venecia capitulando. El sueño

de una Italia unida desvanecido. Resurgirá. Cavour, contra Austria, se apoya en Francia: pasan a ésta Niza y Saboya, y lógrese en Solferino, con los franceses, toda la Italia central. El 17 de marzo de 1861 Víctor Manuel II es proclamado Rey de Italia. Quedan Venecia y Roma. Por la primera va Italia en 1866. Es vencida en Lissa por mar y en Custoza por tierra, pero su aliada Prusia triunfa, y a Italia va el Véneto. ¿Roma? Está el veto francés. Víctor Manuel ha de proclamar que «Italia è fatta». Pero en 1870 cae Napoleón III. Es el 2 de septiembre. Libre las manos, el 20, el Ejército italiano, tras breve lucha, se apodera de los Estados Pontificios. Italia está hecha.

José María GARCÍA ESCUDERO



# Los españoles en Bolonia

Por JUAN BENEYTO



## UNA CITA DE ESPAÑA

BOLONIA es viva, alegre y hermosa. Están aquí los hombres más doctos; hay un aura nueva, se respira un aire que vivifica... "Escribía así a sus padres, con las maneras propias de un encuentro amoroso, según un texto que recoge Sorbelli, un estudiante español del siglo XII.

No podríamos aducir más auténticas y exactas palabras para expresar lo que era la seducción de la Bolonia medieval. Como ésta son muchas las cartas familiares que testimonian el fervor que inspiraba la ciudad de los Glosadores y la atracción que ejerció sobre las multitudes universitarias en el siglo en que nace la Universidad. Fué preciso preparar albergues, dotar a profesores y alumnos de fueros típicos... Las crónicas hablan de doce mil oyentes, cuando hubo que hacer aula de la plaza pública.

En aquel movimiento no se rezagó España. Fué como a una cita de mujer hermosa. Y a la cabeza, entre los que acudían a oír a los doctos. Desde que el Estudio surge, de Galicia y de Cataluña, de Aragón y de Andalucía, de Mallorca y de Valencia, de las dos Castillas, corren a Bolonia gentes de España. Al principio, clérigos pensionados por los cabildos; luego, los que van a ser juristas con ayuda de Grandes o por propio esfuerzo—cuando no haciendo el esfuerzo máximo—. Ahí está esa *Almoneda* de Juan del Encina como descripción preciosa y realista de la decisión de un estudiante que recoge sus trebejos y los malbarata, porque

*se quiere ir a studiar  
l Estudio de Bolonia.*

Con fervor análogo al de la carta exhumada por Sorbelli y con vocación tan viva como la del que hace almoneda de sus cosas, muchos millares de españoles acuden a Bolonia desde que llega noticia de su Escuela. Cuando el cardenal Albornoza funda, en 1364, el Colegio de San Clemente, si la corriente se encauza, sobrepasa y supera en mucho lo que un colegio da y lo que dar puede, poco después, otro colegio español—el de Andrés Vives—. Por caminos de colegios y de escuelas van a Bolonia los que pueden ir. Por andurriales y por los campos libres, los demás. Muchos, muchos... Que Bolonia es desde entonces y durante siglos el punto en que se citan Italia y España, la ciudad que ofrece, con 200 iglesias y 300 torres, sugerentes lugares para conversión internacional.

## A APRENDER Y A ENSEÑAR

Allí van, en efecto, nuestras mejores gentes. Los cartularios y los rótulos del viejo estudio señalan de continuo la presencia española. Sin afán de inventariar el peregrinaje y la estancia—grata, y a menudo, por grata, larga—, recordemos, como de entre los más celebrados, a los juristas catalanes Pedro Albert y Ferrer de Llor; al gran obispo de Huesca, máxima figura de la obra legislativa de Jaime I, Vidal de Canellas; al canonista insigne San Raimundo de Peñafor; a Antonio de Burgos, también canonista—exaltado por Sepúlveda como el primero y el mejor de todos—; a Antonio Agustín, que realmente crea, entre tantas otras obras dignísimas, la ciencia del Derecho Canónico; a fray Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente, artífice interior del Compromiso

de Caspe; a los internacionalistas López de Segovia y Arias de Valderas; al creador de las técnicas de nuestro idioma, Antonio de Nebrija; al portentoso escritor Juan Ginés de Sepúlveda; a Pedro Belluga, con su magnífico *Espejo de Príncipes*, y al más alto de los tacitistas españoles, el también magnífico Alamos Barrientos...

De los médicos, están en Bolonia Andrés Vives, Juan Gutiérrez de Vilches, Pedro de Estrada. Hay un gran musicólogo, el primer tratadista de la música, Bartolomé Ramos de Pareja. Y hasta un Santo—el beato Pedro de Arbués, inquisidor de Aragón, cuyo retrato preside la sacristía del Colegio de España.

Ibamos a la cabeza, en número y en calidad de es-

nente la seducción del amor inicial. Un gran bolonés, Luigi Federzoni, dijo aquí en Madrid, con ocasión de su recepción en la Asociación que lleva el nombre del Cardenal, que el colegio albornozano era el primero y el único retoño de la planta de la afinidad espiritual italo-española. Durante ochocientos años Bolonia ha seducido a nuestras mejores inteligencias, y desde hace seis siglos, en el Colegio, políticos, diplomáticos, hombres de ley y de birreta, obispos y magnates, en una ronda fiel, denotaron lo hondamente que cala la cita boloñesa. Los documentos insisten, y Antonio Agustín, Ginés de Sepúlveda, Alamos Barrientos, Biota y otros, no bastan; vienen los literatos, con Cervantes, a hablar de esta ilusión. Y hasta en nuestros días Giménez Caballero—por si no fuera suficiente el testimonio alado, gentil y donosísimo del conde de Romanones.

La misma viveza que al estudiante del siglo XIII nos imprime en el XX Bolonia a quienes acudimos a su Estudio. Con una añadidura: la de que hoy se ofrece a nuestros ojos el recuerdo de España. (Es la ventaja del que puede conocer y sentir el pasado sobre quien solamente lo vivió.) Y con el Colegio, digno y maravilloso documento de historia y de belleza, avivan las memorias españolas: la iglesia dominica, con el sepulcro del fundador de la Orden hispanoitaliana de los Predicadores; un convento de monjitas, próximo al Colegio, con los restos venerados de una beata, paisana nuestra; el Archigimnasio, lleno de nombres de españoles en las paredes, los claustros y los archivos; la catedral de San Petronio, con la capilla de Nuestra Señora de la Paz, muy milagrosa imagen, donde fué coronado Carlos el Emperador...

Y para que no todo se pasado, un edificio nuevo, obra de la fábrica del Colegio, la "Casa de Cervantes", que ya muy pronto va a abrirse, asociando becarios de estudios técnicos a la Institución albornozana, mostrando biblioteca moderna, centro de conferencias e información turística—una mano que ofrecerá a Italia todo lo que pueda interesar a un estudioso, a un curioso o a un sencillo amigo de lo español...

## ENVIO

Aunque ya lo contó Cervantes, al volcar un ambiente, no está mal traerlo a plaza aquí. Que por algo se detienen en la antigua Felsina don Juan de Gamboa y don Antonio de Ysunza, tras recorrer las más famosas ciudades de Italia. Una por una las habían visto cuando pararon en Bolonia, "y admirados de los estudios de aquella insigne Universidad, quisieron en ella proseguir los suyos". De la infinita holganza de sus padres al saberlo y de las peripecias de su vida quede el testimonio singularmente maravilloso de *La Señora Cornelia*, que siendo "de la antigua y generosa familia de los Bentibolles", no hay que decir que dió honor a la palabra; mas no debe faltar en esta ocasión el dato tan valioso de que vino de tales aventuras una correspondencia gentilísima.

Los ricos presentes que el duque de Ferrara enviaba a los dos caballeros estudiantes son los presentes ricos que Italia ha dado a los estudiantes caballeros que desde el siglo XIII han ido a aprender—y a enseñar—en la cita ferviente de Bolonia.

Porque yo tuve en ellos parte, quede mi gratitud en estas líneas.



El cardenal Albornoza

tudiantes, los españoles; pero también en calidad y en número entre los maestros. Aprendimos y enseñamos. Que no fué una simple captación de cultura, sino una aplicación, una actuación propia sobre la cultura captada. ¡Cuántos que fueron a aprender acupan pronto puestos de profesores! Están documentados más de trescientos lectores españoles en aquella célebre Universidad. Ninguna otra nación ha aportado contingentes que se aproximen a los nuestros. Los "hispani" recordados en los rótulos y en los cartularios se pierden en la relación de los más viejos siglos, cuando se les menciona por el propio nombre: Angel, Juan, Lorenzo, García, Pedro, Andrés, Martín... Y con el adjetivo de "español".

## VINCULO Y PRESENCIA

Durante ochocientos años España e Italia han mantenido en Bolonia fidelidad a la primera cita. El vínculo que otros países rompieron llanamente, como en frustrado noviazgo de interés, lo ha mantenido España sobre todos los vaivenes de la política, y aun contra viento y marea de directes y dimes. Con la institución del Colegio de España quedó montado el núcleo que haría perma-



# El soldado italiano en Rusia

Por RENATO CANIGLIA

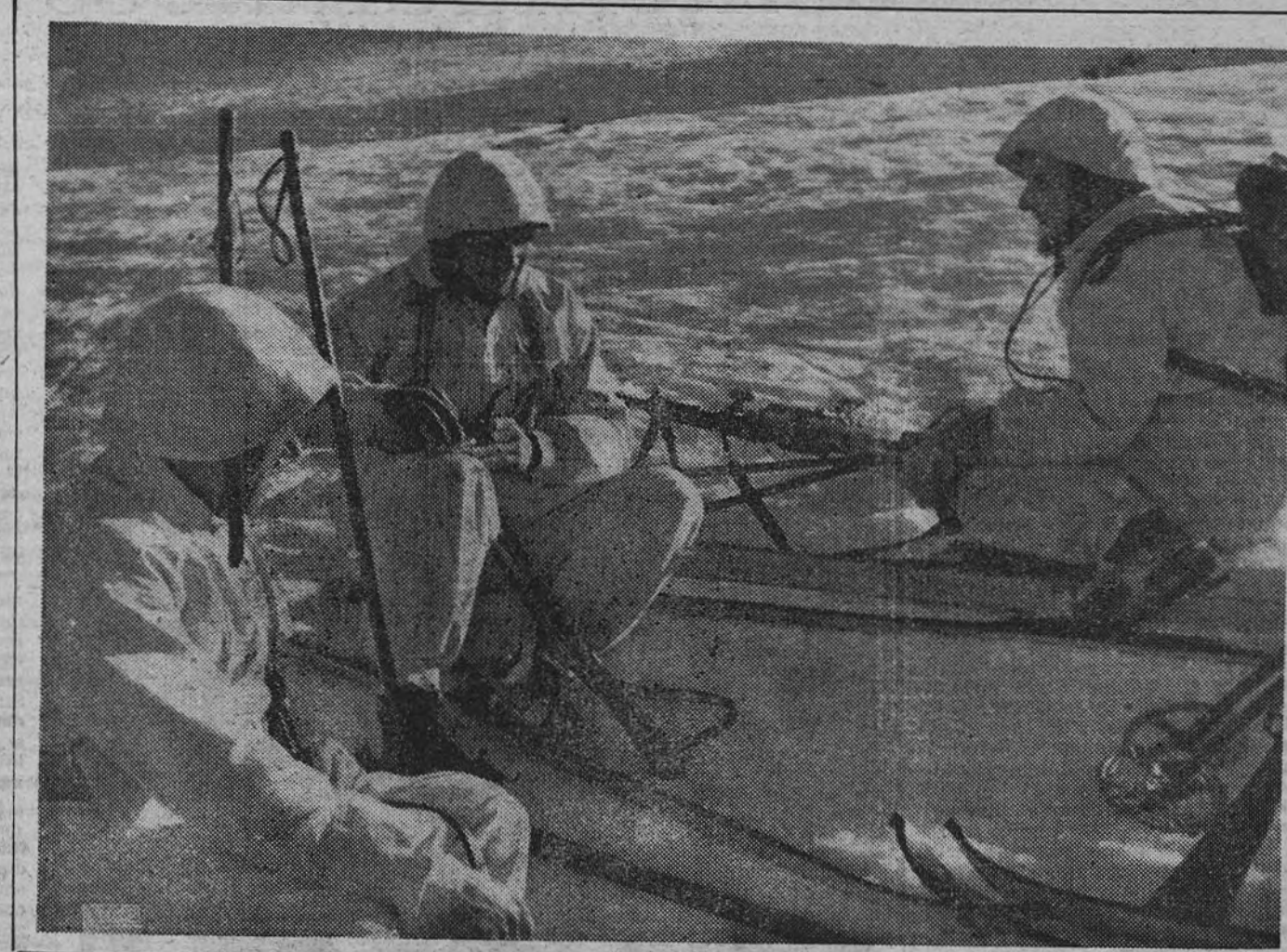


**F**u su discurso ante el Reichstag del 26 de abril pasado, el Führer puso en evidencia las dificultades en que se han encontrado los Ejércitos aliados durante el último invierno. De un modo particular se detuvo sobre el hecho fisiológico de soldados expuestos a temperaturas excepcionales, "como—precisó el Führer—no se habían verificado desde hace más de cien años". Nadie habría podido pensar que organismos humanos habrían podido resistir y que una guerra habría podido continuar en esas condiciones. Sin embargo, el invierno se halla ya a nuestras espaldas con todo el séquito de problemas de carácter psicológico, fisiológico, logístico.

Al tributar su alto elogio a las tropas que han permitido, con su valerosa resistencia, eludir los planes del enemigo y volver inútiles las esperanzas puestas en el llamado "General Invierno", Hitler quiso aludir a los aliados del Gran Reich. Una mención especial hizo para los italianos: "Las tres divisiones italianas han quedado todo el invierno en donde estaban, a pesar de una temperatura particularmente rígida para ellas. Gracias a su valor, todos los ataques rusos han fracasado también en el sector que aquellas ocupaban." Con esta afirmación queda reconocido a los italianos un elevado título de mérito: es decir, haber confirmado algunas dotes de adaptabilidad que les eran peculiares y que más de una vez han llamado la atención de los críticos militares y de los peritos en la materia. Una guerra como la actual presenta dificultades de diversa naturaleza e índole. Pero mientras en un principio parecía que la motorización de los Ejércitos y el adiestramiento de los soldados al uso y al manejo de las armas más modernas y complicadas constituyeran la clave absoluta de todo éxito, esta valoración ha debido ser modificada después. En efecto, hay el factor resistencia orgánica de los individuos, que ha vuelto a tomar su importancia preva- leciente, a despecho de los juicios apresurados y de las interpretaciones arriesgadas. El elemento hombre, en una palabra, que parecía debiera quedar vencido por la máquina, proclamada dominadora absoluta de todas las batallas, ha vuelto a cobrar vigor y valor. El mismo adiestramiento tiene posibilidades limitadas cuando el individuo no se presta a sostener los esfuerzos más impensados sin que su resistencia venga a menos y su eficiencia, en el momento de la prueba, resulta menor. En realidad, entre las características de la última campaña de invierno está, en primer lugar, la siguiente, a diferencia de las anteriores: que mientras, lo más de las veces, en otras guerras era preciso mantenerse en vida entre el frío tormentoso o, como dice el mismo Führer, "paralizante", en el caso actual era necesario combatir también. Ningún descanso invernal; ninguna suspensión que pudiera dar pretexto al adversario para efectuar golpes de mano y esperar un resultado favorable de ello. Era preciso combatir, aun entre condiciones adversas, sin abandonar terreno precioso conquistado ya, y determinar en ese modo puntas de avanzadas peligrosas para la formación entera. He aquí cómo, por lo tanto, el soldado vuelve a ser considerado en su aspecto humano: más que en la dotación de armas y en el adiestramiento, se tienen presentes sus posibilidades físicas para tolerar el frío, que sube hasta la observación astronómica de 52 grados bajo cero, y se invocan esas extremas capacidades de resistencia que ninguna escuela y ninguna práctica habrían podido darle.

La guerra ha presentado una sorpresa: esas "sorpresas" de que habla Calcsu- scovitz y que nunca faltan. Ella ha sido constituida por un invierno precoz, con puntas que tiene recuerdos seculares. En esas circunstancias estaba, naturalmente, mejor preparado quien podía considerarse acostumbrado a climas muy fríos: en escala descendente, los finlandeses, los alemanes del norte, los alemanes del sur y los italianos. Estos últimos se han encontrado frente a una campaña absolutamente imprevista, y que bajo muchos aspectos, recorda las etapas más críticas de la historia militar de su país.

Los problemas inmediatos que el Comandante del C. S. I. R. debió resolver dentro



del más corto plazo de tiempo fueron los que para las tropas meridionales adquirirían un carácter particular. Un hombre estudioso de la materia, el general Pagano, tratando ese argumento, escribió en un diario italiano que dichos problemas son tres: Primero, elegir una línea en donde sistematizar la defensa y que permita disminuir el empleo de hombres y facilite la construcción de asilos, mantenga en eficiencia las defensas de alambrados de púa y las comunicaciones, además del abastecimiento fácil de todo género. Segundo, la organización de un sistema de depósitos, refugios y almacenes que pueda aprovecharse en caso de bloqueo, con motivo de la nieve. Tercero, mantener intactas y libres las comunicaciones con la retaguardia para los abastecimientos y el cambio de escoltas: por consiguiente, instalación de teleféricas, ferrocarriles a trocha angosta, caminos para trineos y para hombres ocupados en libertos de la nieve. Estas son, por decirlo así, las líneas clásicas del invierno en trinchera. Pero con la variante mencionada, ya que en el caso nuestro el enemigo no se cansaba de atacar y era necesario luego prepararse para enfrentarlo y en todo caso contraatacarlo con energía.

Es notorio, además, que los rusos, conociendo tener frente a sí tropas italianas, esperaban poder más fácilmente abrirse una brecha cuando el invierno se crudeciera, con su terrible ataque en el sector centromeridional. En efecto, los comandos rusos también consideraban que nuestros soldados no resultarían aptos para tolerar el hielo de las llanuras de Ucrania, y que, antes o después, habrían cedido el sector confiádoles.

Pero los soldados italianos poseían no tan sólo una experiencia en esa materia, sino una completa tradición militar en su favor. Las expediciones anteriores a Rusia, efectuadas por los italianos en repetidas ocasiones, demostraban que, en definitiva, estos contingentes habían tenido un porcentaje mínimo de enfermos y de muertos: es decir, que las posibilidades de adaptación individuales eran superiores a las que la ubicación y el clima medio de nuestro país dejarían suponer. Sin aventurarse a épocas demasiado lejanas, que pudieran servir como piedra de toque, podemos indicar la gran experiencia de la primera guerra mundial, en la que no tan sólo los alpinos, especialmente entrenados y preparados, sino la misma Infantería, se encaró con tres inviernos muy duros en las Dolomitas, en los ventisqueros de Ortler y del Adamello, en las colinas desier-

tas del Carso. Esta historia bélica es conocida por demás, y ha constituido muchas veces el tema de trataciones amplias y prolifas para que debamos insistir en ello. Al contrario, lo que no ha sido puesto nunca en su luz debida es la contribución dada por el Ejército italiano, bajo las llamas del voluntarismo legionario, en la campaña por la liberación de España. Allí, al contrario de lo que comúnmente se piensa, la lucha se desarrolló a menudo en zonas batidas por el frío lo mismo que las alpinas, con el éxito que todo el mundo conoce y con cifras muy bajas en hombres puestos fuera de combate por los factores meteorológicos.

Débase, además, tener presente que el soldado italiano está acostumbrado a la temperatura de nuestra península, en donde los rigores del clima no son excesivos, ni siquiera en el otro sentido. En efecto, si exceptuamos algunas zonas del Tavoliere de las Pullas y el centro de Sicilia, no tenemos tampoco excesos de calor ni en la misma estación más calurosa. Sin embargo, el soldado italiano no ha hallado frente a las tórridas temperaturas del Sahara — en la campaña libica actualmente —, para las que se halla preparado, como podía estarlo para el frío de Ru-

sia. Es un lugar común pensar que los italianos puedan estar acostumbrados al calor: bastaría comparar los "maximuns" de verano de los mayores centros de la península con los de las zonas continentales europeas para constatar que una uniformidad relativa de la temperatura no presenta oscilaciones demasiado fuertes en ningún período del año.

Africa y Rusia han sido, por consiguiente, la piedra de toque para el elemento hombre. El soldado italiano ha sabido arrostrar con serenidad de espíritu las nuevas dificultades que han puesto a prueba sus capacidades de resistencia. De las noticias hasta ahora llegadas puede, sin más, afirmarse que tanto en Libia como en Rusia los porcentajes de enfermos y de eliminados del servicio por resistencia deficiente han sido muy inferiores a lo que podía temerse.

"Es el espíritu que domina y dobla la materia", afirmó una vez el Duce. El Cuerpo de expedición italiano, recientemente elogiado por Hitler, ha ofrecido una nueva demostración de las posibilidades de vencer cualquiera dificultad cuando esté presente esa segura fe en la victoria que es común a todos los Ejércitos alineados en armas contra el bolchevismo.

**G. NUZZO & C. DE ROMEDIS, S. L.**  
**MADRID**

**Avenida José Antonio, 27**

**Teléfono 28131 - Telegramas: NUZZO - Madrid**

**PIELES, LANAS, PELO, MATERIAS PRIMAS**

**IMPORTACION - EXPORTACION**



# Pintores y escultores italianos contemporáneos

Por JOSE R. ESCASSI



Las obras de los artistas italianos de hoy son apenas conocidas en España. De vez en cuando nos llegan en alguna revista unos cuantos fotograbados y más de tarde en tarde aparece en los escaparates de alguna librería un nombre de pintor italiano. Sin embargo, la producción artística de la Italia actual—acompañada por una crítica inteligente y eficaz—es bastante considerable. El arte, en cuanto a su vitalidad y su ambición, es una realidad tan viva como en los mejores tiempos de su historia. Porque es un arte dirigido plenamente hacia el futuro y porque en la Italia fascista hay una auténtica preocupación por él y por todo lo que a éste pueda referirse, empezando por los artistas, sin necesidad de que estén ya consagrados o que representen tendencias más o menos discutibles. Los pintores modernos italianos pintan y buscan horizontes nuevos para expresarse, como en su día lo hicieron Giotto o el Ticiano, y el Estado se preocupa de ellos, no dictándoles normas, sino encargándoles pintura u organizando Exposiciones. Apenas se construye un edificio oficial de alguna importancia que no lleve en sus muros un buen espacio dedicado a esculturas o pinturas nuevas. Así, a las magníficas creaciones ya logradas del fresco o bajorrelieve hay que añadir otras tradicionalmente italianas, como es el mosaico, que tan maravilloso efecto decorativo y rico produce.

La obra del pintor, como la del escultor, está siempre supeditada a los encargos—el espléndido tesoro de nuestra pintura religiosa así nos lo enseña; hoy casi ningún pintor español pinta asuntos religiosos, porque no se los encargan—. Por el encargo se pone el artista en contacto con el tema, es decir, con el espíritu de la época. Lejos de atentar contra la libertad interior del artista, el tema así suscitado puede originar una serie de posibilidades plásticas que antes no existían.

Son muchos los artistas que actualmente en Italia tienen una labor estimable. Sería difícil hablar en unas líneas de todos los que representan un estilo o una tendencia. Campigili, De Chirico, Carrà, son mundos tan distintos que no los separa una personalidad de estilo o de técnica, sino diferencias más hondas de criterio. Y,

sin embargo, en todos se ve una raíz clásica más o menos evidente, en todos se ve el país que los ha formado. Campigili, por ejemplo, reduce el mundo de sus creaciones a un esquema; sólo maneja determinados elementos: figuras sueltas, elementales de forma y de color. No hay perspectivas ni escorzos; sus figuras, de frente, recortadas sobre un fondo claro, muchas veces blanco ligeramente matizado,

recuerdan a los mosaicos bizantinos de Rávena; sus temas son inteligentes, críticos, y su aspecto de una gran fuerza decorativa. De Chirico, en cambio, es pintor de poesía y de misterio. Sus caballos en la playa, sus paisajes horizontales con alguna figura al fondo o con alguna estatua han sido temas elegidos para gran cantidad de cuadros inolvidables; el paisaje romano ha sido tan claro y tan honestamente

expresado por De Chirico como los tipos madrileños lo fueron por Goya. He aquí dos artistas—De Chirico y Campigili—que se nutren de las fuentes más antiguas y más puras de su país; el uno, de la obra y del sentir de artistas anteriores; el otro, del ambiente y el espíritu de su tierra. Junto a éstos, y con obras y personalidad tan rica como la de ellos, están Carena, Tossi, Carrà, Severini, Conti, Sironi, Funi, etcétera, entre los ya consagrados pero aún maduros de posibilidades.

Se puede decir—dándole al término un sentido puramente espiritual, que son «pintores de raza». Su postura ante el arte es la que nos parece más cierta y honrada; imitan a sus maestros, colocándose, como ellos, ante el problema, ante el cuadro; pero no tratan de pasar como discípulos con una falsa apariencia.

Todas las tendencias modernas han tenido en su momento justo un eco más o menos dilatado en Italia. En algún caso, como ocurrió con el «futurismo», no ha habido eco, sino voz propia, ya que la misma Italia había sido su punto de partida. Sin embargo, tomada en su conjunto la obra de los artistas ya citados, hay en ella, a pesar de sus orígenes tan diversos, un íntimo sentido plástico que le da carácter nacional.

De la escultura moderna puede decirse que es tan importante como la pintura, o aun más. Porque no se ha limitado a producir excelentes obras aisladas de taller, sino también y en primer lugar grandes conjuntos en alto y bajorrelieve. Casi ningún escultor de importancia ha dejado de ejercitarse por encargo oficial en estos últimos. Y así se ha revelado plenamente el talento de Arturo Martini, escultor vecino a los mejores tímpanos románicos por su enorme fuerza expresiva y su sentido de la composición. Sin entrar en estudio detallado, quiero subrayar el hecho, insólito en Italia, del medievalismo de este artista.

En la decoración mural del Palacio de Justicia de Milán acompañan dignamente a Martini, Bazzi y Romanelli, entre otros, aunque, a mi juicio, sus obras quedan a alguna distancia de la de aquél.

Para terminar, citaré sólo los nombres de Manzù, sobre todo en la escultura religiosa; Marino Marini, Mirco, Mazzacurati, Lucarda, que, con algunos otros que se me olvidan, forman el destacado grupo de artistas que hacen de la escultura moderna italiana una de las primeras—si no la primera de todas—en la hora actual.



Arturo Martini: «Justicia fascista». (Relieve en el Palacio de Justicia de Milán.)

## LA ARQUITECTURA EN ITALIA

Por LUIS M. FEDUCHI

Al llamado modernismo de los primeros años sigue después de la Guerra Europea una arquitectura llamada funcional o racionalista, con representantes sobre todo en Francia y Alemania. Hoy día conocemos este momento, que no es propiamente «estilo», con el nombre de estilo alemán o de Le Corbusier, nombre de uno de los arquitectos más representativos.

En Italia también penetra este movimiento; pero no hace escuela. Recordemos que en los siglos XII y XIII el gótico, que triunfaba en Europa, penetró difícilmente en Italia, y pronto fué sofocado por el Renacimiento, que no había muerto en la Península.

Lo mismo podemos repetir ahora. En Alemania, Francia y España, principalmente desde hace unos años, se observa una vuelta a lo clásico, y aún mejor, al neoclásico del siglo XVIII, y esta corriente se afianza cada vez más. Pues bien; en Italia esta vuelta no ha sido necesaria, pues nunca se han apartado de su bulto al clásico, a Roma y al Renacimiento, por la visión constante y la formación tradicional del arquitecto en Italia.

Hemos visto recientemente en Madrid una Muestra Extraordinaria de la Arquitectura actual en Alemania, orientada ya hacia un romano colosal y grandioso que personaliza y refleja perfectamente al pueblo alemán, y que nunca puede ser orientación para nosotros, pueblo latino, con

rasgos e ideas distintas a los pueblos germánicos. Prueba de ello la exposición paralela de los proyectos de la Dirección General de Arquitectura, enfocados con una orientación certera de nuestro neoclásico, personificado en Villanueva, como su más feliz intérprete, y que dió lugar a un número de proyectos bellísimos, más ligeros y meridionales que los de la Gran Alemania.

Es lástima que una Exposición de este género no se haga del tercer gran país totalitario y mediterráneo, que es, sin duda, el que lleva una orientación más clara, firme y conseguida; orientación del máximo interés para nosotros por la multitud de semejanzas entre ambos países. En muchas obras italianas observamos esta orientación clásica, pero con una corrección exquisita en las proporciones, fundamental en toda obra y más si es arquitectónica. En el detalle y las líneas secas, simples y sencillas, quizás no encontremos elementos arquitectónicos clásicos, como columnas, capiteles o entablamentos—éstos muy cuidados en las obras alemanas—; pero la esencia, la armonía, la composición de las fachadas y el concepto de las plantas es absolutamente clásico.

En Italia es constante la sucesión de nuevas obras arquitectónicas; desde el advenimiento fascista el número de obras oficiales, del Partido y particulares que se levantan venciendo las dificultades que ahora nos parecen extraordinarias en España

—hierro y cemento—, con un desarrollo de la técnica extraordinaria, es incontable.

Observamos también en estas obras levantadas en la Era Fascista la evolución de aquel «estilo» de postguerra hasta las obras de los últimos años, completamente clásicas, aunque, repetimos, no en los detalles, sino en su esencia y en sus proporciones; es decir, fundamentalmente clásicas. Es, sin duda, al genio del Duce al que se debe este desenvolvimiento de la arquitectura.

Con sus obras de urbanización en Roma—Vía del Imperio, Exposición Universal para la expansión de Roma hacia el mar y Agro Pontino—da lugar a concursos, muchos ya ejecutados, y multitud de proyectos de gran belleza y poco conocidos en nuestra Patria, pues no olvidemos que el gran turismo con Italia se puede decir que no existe desde el 36, precisamente cuando se consiguen allí las obras más bellas.

Imposible citarlas todas, y no es este nuestro objeto. Para el aficionado, solo con ojear las revistas «Stylus», «Architettura», «Casabella» y aun «Domus»—todas se reciben en España—tiene una noción clara de la importancia y el desenvolvimiento que la arquitectura tiene en Italia.

En el Foro Mussolini, con los edificios anejos; en los de la Exposición Universal, de concepción verdaderamente genial, y en las ciudades del Agro Pontino, hay ejemplos suficientes para satisfacer esta curiosidad.

Pero no sólo es en Roma donde la arquitectura oficial levanta obras de importancia, sino en todas las ciudades del Imperio—Italia y África—y en los edificios del Partido, muchos de ellos maravillosamente hermanados con edificios antiguos (Osvietto, Vicenza, Venecia), y en edificios particulares—éstos, sobre todo, en Turín y Milán—, son bellas muestras de una arquitectura que camina con una orientación segura y cierta.

Las soluciones se multiplican diversas y oportunas para cada caso y para cada problema. Por ejemplo: las grandes estaciones de ferrocarril en ciudades como Roma y Florencia, cuya silueta hay que cuidar extraordinariamente para no descomponer la línea urbana de las viejas ciudades encajadas en el paisaje.

Son un ejemplo en este sentido las estaciones de Florencia y Nueva de Roma, estudiadas en horizontal, sin esas horribles marquesinas—recordemos las nuestras del Norte y Mediodía—que desarmarían un conjunto urbano. Y más si éste tiene en su fondo un duomo de Santa María o una cúpula de San Pedro.

No se olvida tampoco Italia de la arquitectura religiosa, y además de los nuevos templos de las ciudades del Agro nos ofrece numerosos templos de líneas finas y sencillas en este estilo clásico, actual y moderno que Italia ha sabido erigir con su eterno sentido católico para las nuevas generaciones.



# La revolución fascista en el campo

(Viene de la página 16.)

Irán a la clínica, hospital o sanatorio adecuados. Recuerdo, cuando visité la inaugurada «Casa de Littoria», que la Caja Mutua de Enfermedades había distribuido, en indemnizaciones de un año, casi el millón de liras. El Servicio de Estadística recuerdo era perfecto, cada obrero tenía su ficha y así se conocía su historia sanitaria de modo completo.

Y en la «C-sa del Campesino» había un «Dopolavoro», un buen cinema, donde se daban conferencias y estaba decorada con buenas estatuas y pinturas para saciar el ansia de cultura y educación artística del rural.

No olvidemos que a la «casera rural» se le dedican atenciones y protección especiales.

## LAS VENTAJAS ECONOMICAS LOGRADAS

Gracias a la insistente labor educativa y formativa del labrador y campesino italiano, la «batalla del trigo», iniciada en 1925, cuando la media productiva por hectárea era de 10,24 quintales métricos, pasó en pocos años, gracias a la mayor intensidad en el cultivo, variedades selectas, intenso abonado, empleo de maquinaria, etc., a transformarse en la «Victoria triguera», ya que en 1938 el rendimiento unitario alcanzó a los 16,3 quintales métricos. Casi se niveló la producción con el consumo en el quinquenio 1934-38, y las importaciones se redujeron, de 18,1 millones de quintales que anualmente importaba Italia, a solo 4,9 millones.

Contribuyó a la «Victoria triguera» la puesta en cultivo de tierras antes malásicas, llenas de mosquitos, donde apenas podía vivir ser humano, donde la «bonifica integral» transformó totalmente la fisonomía del agro, o también sirvió para modificar aquellas tierras mal aprovechadas para el cultivo. La «Ley Mussolini» en diez años alcanzó a 5,7 millones de hectáreas; 7,8 millones de hectáreas en montaña y otros 15 millones de hectáreas de tierras varias. Desde 1870 al 1922 el Estado italiano gastó 702 millones en obras públicas de bonifica; en la Era fascista se han gastado más de 6.579 millones de liras. Se aumentó en el cultivo triguero la superficie en 350.000 hectáreas; para el regadío se rescataron 830.000. Se construyeron, a los diez años de la citada ley, 17.520 kilómetros de canales; 10.720 de carreteras, 34.425 casas rurales, 43.962 casas accesorias y 608 kilómetros de conducciones de agua potable para los poblados rurales.

Y lo más destacado fue la velocidad vertiginosa con que todo se hizo: gracias al impulso y vigilancia del Duce. Donde los godos, romanos, ni varios papas, ni los gobiernos anteriores al Fascismo pudieron extirpar el paludismo, la revolución fascista hizo el milagro. Luego, el Duce decía: «Hay que rescatar la tierra, y con la tierra los hombres y con los hombres la raza». El programa se ha cumplido.

## CONSIDERACIONES FINALES

Cuando el desarrollo sindical y corporativo parecía que restaba importancia y misión al ministerio de Agricultura y Montes de Italia, el tiempo ha demostrado todo lo contrario. La organización económica hoy está en manos del ministerio de Agricultura. Si bien la Federación de Consorcios, organismo que hace poco festejó

su I. aniversario, maneja anualmente 30.000 millones de liras, sin embargo el control de tan gigantesca Banca agrícola no escapa al ministerio de Agricultura. Es más: para ciertos productos se ha reorganizado su economía y hoy se adopta un sistema más ágil, más expeditivo, y parece inspirado en los Comités y Comisiones reguladoras que con tanto acierto se

crearon en Burgos. La política económica realista italiana, desde que se crearon nuestras Comisiones reguladoras, siguió su evolución y estudió sus resultados.

La evolución del hoy muy bien formado ministerio de Agricultura italiano, nos la dicen mejor que las palabras las cifras de su presupuesto desde el Fascismo hasta la fecha:

Años	Gastos en Agricultura
1922-23	130 millones de liras
1935-36	583 » » »
1939-40	926 » » »
1940-41	1.326 » » »
1941-42	1.577 » » »
1942-43	1.666 » » »

Luego el ritmo del crecimiento—en veinte años—es de más de 12 veces, pero a tal cifra hay que agregar, además, lo que se dedicará a «bonifica integral», unos 1.121 millones de liras, así como los de regulación de los precios, o sea, la política de precios, que oscilarán en unos 10.000 millones de liras. En definitiva, el Gobierno italiano dedicará este año la ingente cifra de 12.800 millones de liras para fomentar e impulsar su política agraria.

Hace pocos días se lanzó la consigna a los rurales italianos: «Todo terrón, cultivado», y seguramente que responderán al consejo. En el año pasado se aumentó la superficie cultivada en 250.000 hectáreas, porque se dedicaron premios suplementarios grandes cantidades. Para la próxima campaña cerealista se aumentan las primas hasta 2.500 millones de liras, para que el precio no varíe, a más de dedicar cinco millones de premios para fomentar la producción rural.

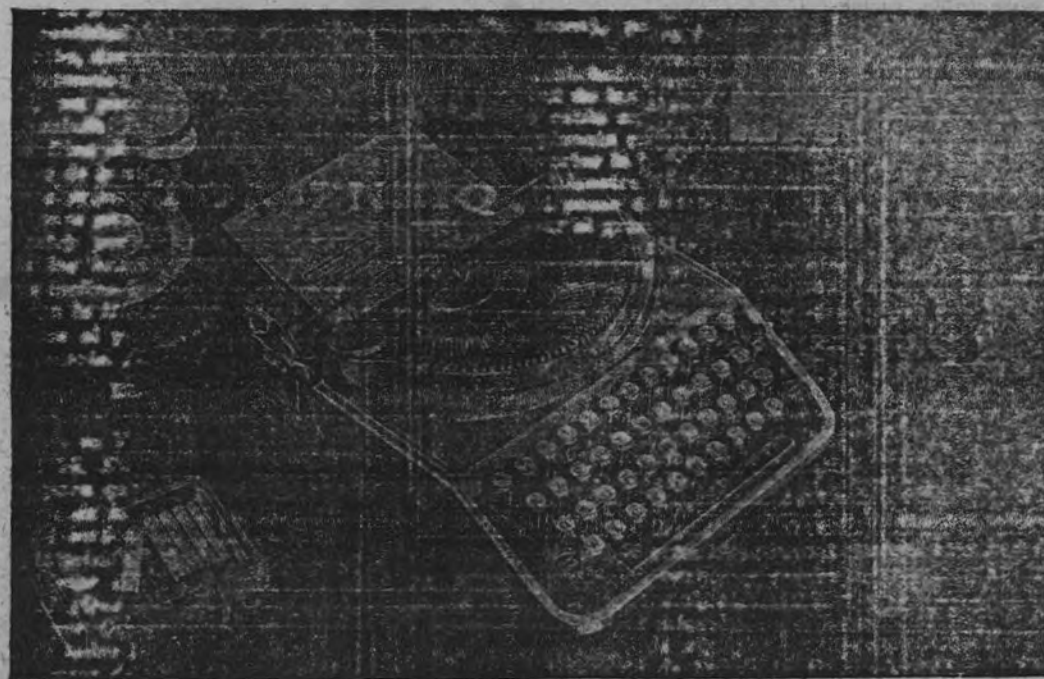
En definitiva, el Fascismo ha realizado una constante y uniforme transformación rural, una verdadera revolución que al cabo de veinte años muestra sus resultados. En plena guerra, teniendo que abastecer a Italia, a los ejércitos del Este europeo y africanos, enviando a Grecia y Albania considerables cantidades de alimentos y también a Alemania, sin embargo, el rural italiano sigue aumentando la producción y, además, está compenetrado con el régimen en su misión de intensificación progresiva.

El campesino italiano hoy sabe perfectamente cuál es su posición en Europa, y espera confiado en el resultado final para aportar en el nuevo orden la contribución eficaz—por su excelente formación sindical y corporativa—que el futuro exigirá. La revolución fascista, como todas las convulsiones de arraigo, tiene una honda característica social que le permite esperar confiada en el porvenir, afianzándose en sus categorías rurales sanas, optimistas y preparadas.

E. MORALES FRAILE

Si eres falangista pon en tus cartas el sello «José Antonio»

# FIAT TIERRA MAR CIELO



El uso de la máquina de escribir en las relaciones particulares se ha introducido en el espíritu de los nuevos tiempos, armonizando totalmente con el aspecto exterior de la casa moderna

SI REDACCION  
ADMINISTRACION  
Y TALLERES DE  
"ARRIBA"  
LARRA, 8  
Teléfono 32610

o l i v e t t i



# GLORIA Y MEMORIA DEL DUQUE DE AOSTA EL PRINCIPE SAHARIANO

Por AMADEO TOSTI



UE el mariscal De Bono quien, durante el primer siglo de las grandes operaciones en la región de la Sirte, definió a Amadeo de Saboya Aosta como un «sahariano perfecto»;

y entre sus demás títulos, este de «príncipe sahariano» fué siempre el predilecto del duque.

Inmediatamente después de la Gran Guerra, en la que, como es sabido, había querido participar como voluntario sin tener todavía diez y siete años, y distinguiéndose en muchas ocasiones, en las que obtuvo dos Medallas de plata, el joven duque obedeció a la primera y fascinadora llamada del Africa.

Junto con su madre y con su tío, el duque de los Abruzzos, hizo largos e instructivos viajes a los lagos ecuatoriales, al Congo y a Benadir; en esta última región, sobre todo, recibió una gran lección de vida de Luis de Saboya, que quiso colocar a su joven sobrino solo frente a la vida, sin facilidades ni privilegios: enamorarlo, como él mismo lo estaba, de la lucha y de lo desconocido.

La enseñanza y el ejemplo de su pariente no fueron vanos; basta recordar que Amadeo de Saboya, ocultando su verdadero nombre, entró a trabajar como simple obrero en una fábrica de jabón en Stanleyville, en el Congo belga, donde trabajó durante trece meses silenciosa y disciplinadamente, hasta que, cuando llegó a ser nombrado vicedirector de la misma Sociedad para la que había trabajado como simple obrero, reveló su nombre y volvió a su patria contenta por haber enriquecido su propia experiencia y conquistado un «grado humano» que nadie podía disputarle.

Vino luego la gran prueba de Libia. El trienio 1925-27 fué para el príncipe el período de su noviciado africano; en las soledades de la Sirte y de Ghibla se entregó al estudio del ambiente, de los hombres y de la situación, aprendió el lenguaje y hasta los gestos de los indígenas y conoció los secretos y las leyendas de las más misteriosas kabilas.

Durante varios meses vivió una existencia casi franciscana como comandante de una pequeña guarnición avanzada en una posición remota: voluntaria y excelente preparación para el memorable periplo africano que había de terminar en el Fezzan y en Cufra.

La primera parte de este periplo consistió en las operaciones de reconquista de la Sirte y de Giofra, en las que el duque, con sus grupos saharianos, tomó parte importantísima. Por ese instinto secreto e inflexible que lleva a los hombres del desierto a reconocer las virtudes de mando y a doblegarse a las mismas, los soldados indígenas consideraban y amaban al príncipe como a un gran jefe; y la misma fuerte sugestión obró en relación con el enemigo. En febrero de 1930, cuando los Tuareg de



Duque de Aosta

Ubari se presentaron a someterse, su «Seek», después de haber hablado con el príncipe, e ignorando quién fuera éste, le dijo de repente: «¡Tú eres un verdadero jefe!»

Sólo quien tuvo ocasión de ver al príncipe

erguido junto a su tienda, junto a un gran fuego encendido de noche, bajo las estrellas; quien lo vio levantarse antes que ninguno por la mañana cuando el bramar de los camellos anunciaba las primeras luces; quien lo vio envuelto en su blanca

«gandura», con aquella suave sonrisa que le iluminaba el rostro, puede comprender en qué consistía su fascinación, fascinación a la que nadie podía sustraerse.

El augusto comandante dedicó especiales cuidados a los grupos saharianos, estudiando el modo de darles una organización nueva y original para hacer de ellos las verdaderas «tropas rápidas del desierto». La prueba la dió durante las operaciones del segundo ciclo líbico, las que se desarrollaron desde noviembre de 1929 hasta febrero de 1930 para la nueva ocupación de El Fezzan. El príncipe entró el primero, a la cabeza de sus saharianos, en Sebha, Murzuk y Ubari, y en todas partes constituyó un ejemplo de valor y una señal de victoria.

Por último, a partir de diciembre de 1930 hasta finales de enero de 1931 tomó parte en la gran empresa de Cufra, en la cual (mientras tanto y a fines de 1926 había obtenido el título de aviador) se lanzó en vuelo sobre el desierto de arena, alcanzando y causando el desorden en el adversario. Y no se dió punto de reposo hasta que la bandera italiana ondeó sobre la roca de Esf-Tag.

Estas gestas gloriosas le valieron al príncipe ser condecorado con la Orden Militar de Saboya, acompañada de una soberbia exposición de motivos.

El 21 de diciembre de 1937 Amadeo de Saboya—que mientras tanto había llegado a ser duque de Aosta y general de Aviación—era nombrado virrey de Etiopía.

Harto ardua aparecía ya entonces la misión que se le confiaba, pero él se dedicó a ella con su acostumbrado entusiasmo, y salido es lo sagaz y constructiva que fué su obra de gobierno en aquella región.

Al estallar la guerra, el príncipe fué el alma de la defensa del Imperio. Para obtener una mayor libertad de maniobra y vivir junto a sus tropas, no dudó en abandonar la capital y llegar a las líneas más avanzadas del frente.

En las operaciones de Keren y en Amba Alagi, Amadeo de Saboya fué el protagonista de una lucha desesperada y heroica, en la que, a sus órdenes, los soldados de Italia, más por un alto sentimiento del honor militar y por mantenerse fieles al concepto de resistir el mayor tiempo posible, que por la esperanza de una imposible victoria, parecieron lanzar sus almas más allá del propio destino. El mismo adversario, al concederles los honores de las armas, quiso mostrar el estupor y la admiración sentidos por tan sublime heroísmo.

Luego, y con serena fuerza, el duque, aceptando las leyes de la guerra, quiso seguir hasta el final la suerte de sus soldados; y murió allí, en aquella tierra de Africa, que tan estrechamente lo había conocido. No lejos de su tío, el duque de los Abruzzos, descansará como una escolla avanzada italiana superviviente y como una penda sagrada e ideal del inflexible regreso de Italia a Etiopía.

## S. M. EL REY EMPERADOR



Hoy hace veinte años, Su Majestad el Rey Victor Manuel encargaba la formación de Gobierno a Benito Mussolini, Duce de los «camisas negras» acampados a las puertas de Roma, inaugurando así la Era Fascista, que habría de hincar sobre la tierra antigua los cimientos del nuevo Imperio.

CREDERE  
OBBEDIRE  
COMBATTERE

LA MUERTE ES  
UN ACTO DE  
SERVICIO